

UNA AVENTURA DE
PERRY MASON

# el caso de la esposa bígama

ERLE STANLEY GARDNER



Un hombre, cuyo hermano tiene antecedentes penales, es víctima de un chantaje.Una mujer, enamorada de su marido, comete involuntariamente delito de bigamia. Y un misterioso asesinato que sólo podía solventar la habilidad del famoso abogado Perry Mason.



Erle Stanley Gardner

# El caso de la esposa bígama

**Perry Mason - 65**

**ePub r1.1**
**Titivillus** 29.12.2014

Título original: *The Case of the Bigamous Spouse*
Erle Stanley Gardner, 1961
Traducción: Alfredo Crespo

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



# Prólogo

Llevo muchos años tratando de hacer comprender al público la importancia de la medicina legal.

Recientemente, he tenido ocasión de tratar con doctores japoneses que han adoptado esta especialidad.

De vez en cuando he dedicado mis libros a personalidades de la medicina forense. He observado cómo estas personalidades han eliminado al *testigo* experto que hace unos años era el oprobio de la profesión y lo han substituido por el *experto* testigo que siente devoción por la verdad y cuya lealtad únicamente se basa en la precisión científica, cuyo único objetivo es ayudar a la justicia mediante el desarrollo de los hechos reales en el campo de la investigación científica.

Pocas personas comprenden la importancia de los descubrimientos que se han hecho respecto a la sangre y a los grupos sanguíneos.

Gracias a la abnegada labor de los hematólogos, ahora podemos enfocar el reflector de la precisión científica sobre muchos casos de paternidad dudosa, y estamos en condiciones de salvar muchas vidas que de lo contrario se perderían.

El doctor Yokoyama me ha explicado que los hematólogos son ahora capaces de clasificar aproximadamente cuarenta sistemas sanguíneos, setenta factores sanguíneos y más de cien mil millones de genotipos teóricamente posibles.

Constantemente, noche y día, estos científicos consiguen que avancen las fronteras del conocimiento.

El científico japonés está peculiarmente dotado en este aspecto porque combina la paciencia del oriental con sus facultades inherentes de observación y su pasión por el detalle con la devoción celosa de un científico.

Recientemente he estado en contacto con el doctor Mitsuo Yokoyama, quien, aunque hombre relativamente joven, ha conseguido sin embargo fama internacional por sus trabajos en el campo de la hematología.

Y como quisiera que mis lectores comprendieran parte de la importancia vital que tiene la medicina legal, y reconocieran los grandes avances que ha hecho la profesión médica japonesa en el campo de la investigación, dedico respetuosamente este libro a mi amigo:

MITSUO YOKOYAMA, M. D., Ph. D.

*ERLE STANLEY GARDNER*

# Capítulo 1

Della Street, secretaria particular de Perry Mason, tenía un resplandor inequívoco en la mirada, mientras mantenía su mano derecha oculta tras la espalda.

—Buenos días, jefe —dijo.

El abogado levantó la vista de su mesa, captó la expresión de la joven, se recostó en su sillón giratorio y dijo:

—¿Qué sucede?

—Quería una información.

—Dispara.

—¿Puedes contarme el principio en que se basa el teléfono; cómo una voz puede ser transformada en vibraciones eléctricas, ser enviada por un alambre y después esas vibraciones volver a convertirse en sonidos audibles de modo que la voz parezca salir del aparato?

—Ciertamente —dijo Mason—. Basta con que introduzcas una moneda en la ranura preparada al efecto.

—¿Puedes explicarme por qué son las doce en Nueva York cuando sólo son las nueve en Los Angeles?

—Desde luego —dijo Mason—. Es que la gente de Nueva York se levanta tres horas antes.

—Prueba éste —dijo ella—: ¿Por qué durante el día cálido en el desierto de California resulta posible contemplar las altas cordilleras y observar que están cubiertas de nieve?

La frente de Mason empezó a fruncirse ligeramente.

—Eres demasiado mayor para que te dé una azotaina y demasiado útil para que te despida, pero si no tienes la amabilidad de exponerme cuál es la idea…

—Hace sólo unos días te quejabas de que la práctica de la abogacía viene a convertirse en una rutina; que así como los diarios

mencionan crímenes, robos y violaciones día tras día, con la única diferencia de los nombres de las personas afectadas, la práctica de la abogacía tiende a volverse uniforme y monótona. Pues bien, yo he pensado que quizás podría convencerte de que aquí tenemos algo nuevo.

—¿Y qué relación puede haber entre la nieve de las montañas de California con una novedad en la profesión legal?

Della Street adelantó la mano que había mantenido detrás de su espalda y mostró un folleto multicolor.

—En esta página —dijo—, hay treinta y siete preguntas que tus hijos pueden hacerte. ¿Sabes las respuestas?

Pasó la página.

—Aquí hay quince fenómenos físicos que a menudo son mal interpretados, y aquí, en la página siguiente, hay cincuenta hechos interesantes que pocas personas comprenden.

—Supongo —dijo Mason—, que en la última página habrá un contrato con un espacio para la firma y un recibo para el primer pago.

—No un contrato —contestó ella—, sino un cupón mediante el cual, la persona que lo firma, recibe información detallada sobre un librito titulado: *Realidades prácticas para los padres*. E impreso en él hay un nombre, *Gwynn Elston*, con una dirección y un número telefónico en los que se puede encontrar a miss Elston.

—¿Y crees tú que debería firmar a fin de estar preparado para cuando me convierta en padre? —preguntó Mason gravemente.

—No será necesario —dijo Della Street—, porque miss Elston espera pacientemente en el antedespacho. Me ha dado este folleto porque lleva su nombre y dirección. Le he preguntado si tenía una tarjeta, y sólo tenía esto.

—Bueno —dijo Mason—, me parece que deberás decir a miss Elston que no estoy interesado en… Déjame ver.

Mason cogió el folleto y buscó algunas preguntas interesantes.

—Dile que me importa un comino saber por qué las ballenas lanzan un surtidor de agua cuando salen a la superficie. No me interesa saber por qué ciertos animales invernan ni tampoco por qué los días son más largos en verano que en invierno. Considero que puedo seguir viviendo sin saber por qué el agua que se conserva en un recipiente poroso se mantiene más fresca que la colocada

dentro de una botella de cristal.

—No se trata de esto —dijo Della Street—. Miss Elston no desea venderte su libro; quiere saber si puedes traducirle ciertos caracteres chinos y si un pedazo de ropa que trae contiene estricnina.

—¿Esto es todo?

—Por el momento, parece que sí —dijo Della Street—, aunque me atrevería a afirmar que surgirán otras cosas. Ella parece muy alterada y excitada. Pese a la lluvia, está tan seca como un hueso. Debe haber dejado el impermeable en su auto. ¡Y vaya piernas que tiene!

—¿Es joven? —preguntó Mason.

—Unos veintitantos años —dijo Della Street—. Y esto para tu información privada y confidencial: es un bombón. Nada detonante, nada voluptuosa, pero llena de esto, de aquello y de lo de más allá; ojos grandes y expresivos y una voz que sería seductora de no estar ligeramente asustada.

—Y pensar que hace solo un rato que me quejaba de que nuestra profesión se estaba volviendo rutinaria… Aprisa, Della, haz pasar a miss Elston. ¿Y qué hay de ese pedazo de ropa que trae?

—Lo lleva en el bolso.

—¿Y quiere saber si contiene estricnina?

Della Street asintió con la cabeza.

—¿Por qué?

—Alguien ha tratado de envenenarla.

—¿Tal vez una esposa furibunda?

—Aparentemente, ha sido el marido de su mejor amiga.

Perry Mason dijo con seriedad:

—¿Crees tú que hay alguna probabilidad de que este caso sea la décima parte de interesante de como tú me lo pintas?

—Yo no sé por qué, tengo la idea de que es aún más interesante; aunque reconozco que he tratado de aderezarlo un poquito.

—Echemos una ojeada a esa joven —dijo Mason.

Della Street asintió con la cabeza y salió silenciosamente por la puerta que comunicaba con el antedespacho.

## Capítulo 2

Gwynn Elston saludó al abogado, se sentó, se estiró la falda sobre las rodillas, sonrió y dijo:

—Mr. Mason, a fin de que comprenda mi problema, debe usted saber algo sobre mi trabajo.

El abogado asintió gravemente con la cabeza.

—Tengo una zona determinada en la que vendo libros destinados a facilitar a los padres las respuestas sobre temas que los niños quieren saber. Los libros están preparados con tanta inteligencia que, en realidad, no existe límite de edad. No sólo se trata de respuestas a preguntas que harán los muy jóvenes, sino que hay informaciones que incluso los adultos…

Se interrumpió con una breve carcajada.

—Lo siento Mr. Mason, pero he repetido esto tantas veces que, cuando empiezo, no sé detenerme o resumirlo. Le estoy soltando lo que en la profesión llamamos «el disco». De todos modos se habrá hecho cargo de lo que se trata.

Mason dijo:

—Creo, miss Elston, que no me interesa lo que…

—¡Válgame Dios! —exclamó ella—. No trato de venderle nada. Yo… temo que voy a verme mezclada en un asesinato.

—Esto es distinto —dijo Mason—. ¿Y cuál será su posición en el crimen?

La joven contestó:

—Creo que estoy destinada a ser lo que podría llamarse la *pièce de résistance*.

—¿Quiere decir la víctima?

Ella asintió.

—Prosiga —dijo Mason.

—Lamento molestarle con tantos detalles, Mr. Mason, pero tiene

usted que conocerlos, porque, de lo contrario, lo que le contaré le parecería demasiado absurdo y pensaría que soy víctima de mi imaginación exaltada.

El abogado inclinó la cabeza en una muda invitación a que prosiguiera.

—La compañía editora nos da toda clase de ayuda para la venta, hace publicidad y obtiene listas de posibilidades a fin de que no tengamos que perder el tiempo en una peregrinación infructuosa de puerta a puerta. Esas posibilidades nos son facilitadas a un ritmo de diez por día. A veces les envían publicidad por correo y otras les telefonean. Se espera de nosotros que hagamos diez nuevas visitas por día, además de proseguir las gestiones ya iniciadas.

—¿Qué es una posibilidad? —preguntó Mason.

—Una familia con un ingreso de seis mil o más dólares al año, con dos o más hijos y por lo general con los padres más bien jóvenes. Son más… Bueno, más progresivos.

Mason asintió de nuevo.

—Nell Arlington es mi mejor amiga —prosiguió Gwynn Elston —. Se casó con Felting Grimes y vino a vivir aquí a la ciudad. Tienen una casa muy bonita. Hay una habitación extra y otra para los invitados… Supongo que la habitación extra se destinaba originariamente a la servidumbre. Tiene su propio lavabo y water, pero también comunica con el cuarto de baño que hay en la planta baja. Y ahora fíjese usted bien, Mr. Mason, porque todo esto es importante.

El abogado siguió asintiendo.

—Hace aproximadamente un año ocurrió algo en mi vida —dijo Gwynn Elston—. Sufrí un contratiempo que me dejó muy afectada, tanto emocional como financieramente. Nell insistió en que fuera a vivir con ella unas cuantas semanas, hasta que las cosas mejoraran.

»Nell está llena de ideas y de iniciativas, y por indicación suya contesté a un anuncio y me convertí en vendedora de esta editorial. Desde entonces no he hecho otra cosa que vender.

—¿Qué tal congenian usted y el marido de Nell?

—Esta es la cuestión, Mr. Mason. Desde luego, al principio me toleró, pero después empezó a mirarme con ojos ávidos. Tiene usted que hacerse cargo de que en la intimidad del hogar él tenía muchas oportunidades para verme… bueno, cómo le diré yo, cuando no

estaba completamente vestida.

—¿Ayudó usted a que surgieran tales oportunidades?

—¡Válgame el cielo, no! —contestó ella con calor—. Detesto a ese hombre.

—Pero, ¿ocurrió algo en sus relaciones mutuas?

—Sí.

—¿Qué?

—Que me hizo insinuaciones.

—¿Y usted quiso marcharse?

—Sí.

—¿Y qué ocurrió?

—Nell se rio de mí. Dijo que sabía que él se me había insinuado; que todos los hombres hacen eso con una mujer atractiva; que confiaba en mí para que cuidara de que el asunto no adquiriera mayor importancia.

—¿Y usted lo hizo?

—Lo hice, tal vez demasiado bruscamente, hasta que Felting Grimes, sintiéndose herido en su vanidad, empezó a mostrarse hosco, iniciando después una serie de acciones insignificantes destinadas a deshacerse de mí.

—Y supongo que ahora está a punto de tener éxito…

—¡No, no, Mr. Mason! Ni en mil años adivinaría lo que ocurre.

—Bueno —dijo Mason—, no dispongo de esos mil años; en cambio tengo una cita dentro de treinta minutos, de modo que será mejor que me lo explique usted.

—Felting Grimes pasa mucho tiempo fuera de su casa. Se dedica a negocios indeterminados. Nell siempre se ha mostrado muy vaga cuando habla de lo que él hace. Yo supongo que es porque en realidad él nunca se lo ha contado. El caso es que él viaja mucho, realiza inversiones y parece tener siempre mucho dinero, pero en todo el tiempo que les conozco, nunca he podido averiguar lo que hace exactamente.

—¿Se lo ha preguntado?

—No; lo he preguntado a Nell.

—¿Y qué dice Nell?

—Nell se ríe y dice que no quiere preocuparse con asuntos del trabajo, que cuando Felt llega a casa lo único que desea es compañía femenina, pastel de manzana con mucho azúcar y una

oportunidad para olvidar sus preocupaciones.

—Su amiga Nell parece ser todo un carácter —dijo Mason.

—Lo es… Bueno, yo creo que ya le he descrito lo bastante el ambiente para que comprenda lo que voy a contarle.

»Ayer, la lista de posibilidades que me enviaron, incluía a Frankline Gillett… ¿Sabe dónde está la finca de George Belding Baxter, cerca de Vista del Mesa?

—Aproximadamente.

—Bueno, esto está en Tribly Way, cosa de medio kilómetro más allá de la propiedad de Baxter. Es un nuevo suburbio.

—¿Y fue usted a visitar a Frankline Gillett? —preguntó Mason.

—A Mrs. Gillett. Siempre tratamos de combinar las visitas a fin de que nuestro primer contacto sea con la señora de la casa, y con mucha frecuencia ni llegamos a ver al marido. Uno de los requisitos que necesitamos para ocupar este empleo, es tener personalidad… y bueno, una figura atractiva.

»A veces, la señora de la casa desea que conozcamos a su marido, sobre todo cuando la transacción está a punto de cerrarse, pero en general, las mujeres prefieren transmitir a sus maridos la proposición y contestarnos al día siguiente. De esta manera, no llegamos a conocer el marido.

—¿Y las mujeres no sienten ciertos recelos ante el aspecto de ustedes? —preguntó Mason.

Gwynn Elston sonrió ligeramente.

—Algo hay de eso —dijo—. De hecho, tenemos instrucciones de vestirnos con mucha mayor sobriedad cuando vamos a hacer una visita en la que hemos de encontrarnos con el marido. Durante el día se nos aconseja que nos vistamos… bueno, muy llamativamente. La Compañía tiene la teoría de que a las mujeres les interesa hablar con otras mujeres que tienen lo que la Compañía describe como personalidad, atractivo y piernas bonitas… En realidad, Mr. Mason, me estoy extendiendo demasiado, pese a saber lo ocupado que está usted. Me ha pedido que vaya al grano… y bueno, helo aquí en dos palabras: Frankline Gillett es en realidad Felting Grimes.

Mason enarcó las cejas.

—¿Cómo lo sabe?

La muchacha contestó:

—Para empezar, cuando visité a Mrs. Gillett, a mitad de nuestra

conversación se abrió una puerta y su hijo entró corriendo en la sala.

—¿De qué edad es? —preguntó Mason.

—Tiene siete años.

—Prosiga.

—Aquel muchacho era el vivo retrato de Felting Grimes. En toda mi vida había recibido una sorpresa igual. Traté de seguir hablando y no pude. Por fin tuve la presencia de ánimo de fingir un ataque de tos.

—Muchas veces, esos parecidos son puramente casuales —observó Mason.

Gwynn asintió y dijo:

—Me hago cargo de esto, Mr. Mason. Créame, no le molestaría a usted si no estuviese… Bueno, si no estuviese segura y si no hubieran surgido otras complicaciones.

—Está bien —dijo Mason—, prosiga. Oigamos el resto.

—Bueno, superé mi ataque de tos y me mostré muy amable con el joven Frankline haciéndole varias preguntas acerca de su padre. Le pregunté si su papá había sido soldado. Ha de saber que Felt, es decir, Felting Grimes, estuvo en las Fuerzas Aéreas sirviendo en la China Nacionalista y, desde luego, el joven Frankie Gillett me explicó que su papá había estado en las Fuerzas Aéreas y había servido en China. Le pregunté si tenía una foto de su papá y él fue y me trajo una. Bueno, era el retrato de Felting Grimes, hecho en China y… Bien, supongo que no demostré mucho tacto. Le hice demasiadas preguntas sobre su padre y Mrs. Gillett dijo a Frankie que se marchara a jugar.

—¿Dijo usted algo a la señora que le hiciera sospechar que había reconocido la fotografía? —preguntó Mason.

—No, ¡no, por Dios! Me concentré en la ventana y realicé un buen trabajo. Ella me pidió que volviera hoy a última hora de la tarde… En la fotografía que me había enseñado Frankie había varios caracteres chinos pintados en un hangar; más tarde hice memoria y reproduje cuatro de ellos. Aquí los tiene.

»Ahora bien, Felting Grimes estuvo con las Fuerzas Aéreas en China; si puede usted hacer traducir esos caracteres chinos, podremos identificar la base aérea, lo que me dará pruebas suficientes para que pueda enfrentarme con Nell… si he de hacerlo.

—¿Cuándo efectuó usted la visita a Mrs. Gillett? —preguntó Mason.

—Ayer, ayer por la tarde.

—¿Y le pidió que regresara esta tarde porque su marido estaba en casa?

—No lo sé, Mr. Mason. Sólo me preguntó si podía regresar mañana noche a las diez treinta. Es decir, esta noche.

—Muy bien —dijo Mason—. Ahora, hábleme del veneno.

—Anoche regresé a casa de Nell y desde el primer momento me di cuenta de que Felting Grimes sospechaba algo. Me preguntó dónde había estado, cómo iban los negocios, cuántas visitas había hecho y a qué personas había visto.

—Pero usted no tenía por qué decirle que había estado en casa de los Gillett —dijo Mason.

—Este es el problema, Mr. Mason. Lo hice. Compréndalo, a veces la Compañía nos manda una lista de posibilidades y otras nos la da por teléfono. Cuando he terminado la lista que tengo, telefoneo a Nell por si ha llegado otra, y ella me la lee. Si la Compañía telefonea, Nell contesta, y cuando sabe que quien llama es el representante de la Compañía que pregunta por Gwynn Elston, Nell se limita a decir: «Al habla miss Elston», y entonces ellos le dan la lista de posibilidades y Nell las anota.

—¿Y qué ocurrió ayer?

Gwynn Elston dijo:

—Tal vez Nell dejase la lista en algún sitio donde Felt pudo haberla visto y por lo tanto estar enterado de que había ido a visitar a los Gillett.

»De modo que ya puede imaginar mi apuro. Si le mentía y le decía que no había estado allí, entonces sabría que sospechaba. De modo que lo único que me pareció correcto fue fingir que el nombre de Frankline Gillett representaba para mí lo mismo que el de cualquier otra posibilidad.

—¿Y lo hizo así?

Ella asintió.

—¿Y qué?

—Bueno, todo salió bien, pero a última hora, cuando nos tomamos una última copa que él había preparado, la mía tenía un gusto tan amargo que busqué un pretexto para ir a mi habitación, y,

una vez allí, tiré la bebida al lavabo, lavé la copa, la llené a medias de agua, regresé y me la bebí como si se tratara de la ginebra con tónico original.

»Más tarde, cuando me fui a dormir, empecé a meditar sobre todo aquello. Me acerqué al lavabo, me humedecí un dedo y lo pasé por el interior de la cubeta, llevándomelo después a la boca; tenía un gusto amargo tremendo. De modo que cogí este pedazo de ropa y limpié bien el lavabo. Quería saber si… Bueno, si había estricnina.

—Y si resultara que había estricnina, ¿qué? —preguntó Mason.

—Bueno, entonces habría que… ¡Por Dios, Mr. Mason, hágase cargo! El hombre está desesperado. No puede permitir que Nell se entere de la doble vida que lleva y me mataría sin ningún remordimiento para impedir que la cosa se sepa. En Felting Grimes hay algo terriblemente siniestro. Nell le ama, o por lo menos cree amarlo. De todos modos, es feliz. Supongo que físicamente se compenetran muy bien. Nell es muy tolerante, no hace preguntas, no es celosa y no tiene ninguno de esos… Bueno, ya sabe, esos síntomas de frustración.

—¿Tienen hijos? —preguntó Mason.

—No, pero… En una situación así, ya imaginará lo que ocurriría. Nell podría arruinar por completo a ese hombre. De hecho, si se supiera… Bueno, yo creo que el castigo incluye una condena en presidio, ¿verdad?

—¿Cuál de las dos sería la esposa número uno y cuál la esposa bígama? —preguntó Mason.

—No lo sé.

—Pero usted sabe que el joven Frankline Gillett, o Frankie, como le llaman, tiene siete años y…

—Esto no significa nada, Mr. Mason. Creo que éste es uno de los motivos por los que Mrs. Gillett le hizo marcharse de la habitación cuando empecé a hacerle preguntas. Muy bien pudieron tener una aventura y Frankie ser… bueno, ya sabe, hijo ilegítimo. Luego, más tarde, ella pudo haber persuadido a Felting para que se casara… ¡Cielos! ¡Vaya lío tremendo!

—Bien —dijo Mason—, dadas las circunstancias, sería mejor que aclaráramos el asunto. Convendría que no volviera usted a su casa hasta que…

—Oh, tengo que hacerlo, Mr. Mason. De lo contrario, a Nell le

daría un ataque de nervios. Llamaría a la policía y… No, he de volver. Felting Grimes se ha marchado esta mañana en uno de sus viajes de negocios. No regresará durante una semana. Nell y yo tenemos la casa para nosotras solas.

—En tal caso, esta noche —dijo Mason—, tal vez Frankline Gillett regrese de uno de sus viajes de negocios.

Ella asintió.

—¿Se propone hacer la visita? —preguntó Mason.

—Tengo que hacerla, Mr. Mason. He de actuar como… Compréndalo. Es mi única probabilidad. Si puedo portarme como si no sospechara nada tal vez consiga una tregua.

—¿Y usted no cree que esta noche se encontrará con el marido?

—Oh, no. Si regresa a casa y Mrs. Gillett le dice que yo he de ir, buscará un pretexto para estar ausente. Ciertamente, no permitirá que le vea y le reconozca, a menos que estuviese preparado para matarme allí mismo.

—No es probable que lo haga —dijo Mason.

—Esta es también mi opinión. Creo que no existe el menor riesgo de que él esté allí. Y si soy lo bastante buena actriz para actuar como si se tratara de una visita normal, de una venta que trato de realizar… bueno, entonces seguro que estaré a salvo.

—Pero usted no quiere que Nell siguiera viviendo en esta ignorancia…

—¡Cielos, no! Pero tampoco quisiera quedarme en su casa mucho tiempo después de que Felting Grimes haya regresado. A menos que eso de la estricnina sea sólo producto de mi imaginación.

—Y tan pronto como esté segura, ¿se lo contará a Nell?

—Sí; pero he de estar completa y absolutamente segura, Mr. Mason.

El abogado asintió.

—En tal caso —prosiguió Gwynn Elston pensativamente—, deberá decírselo a Nell, aunque sólo Dios sabe lo que ella hará. Es muy capaz de callarse y seguir viviendo con él como si tal cosa. La que armará el alboroto será Mrs. Gillett.

—¿Cree usted?

—Estoy segura. Es una de esas personas de labios delgados y carácter decidido, amables y corteses, pero de una manera fría… En

fin, no es espontánea y temperamental como Nell. Mi amiga es muy comprensiva y tolerante; tiene ideas muy peculiares. Dice que si una mujer no puede tener satisfecho a su marido, otra mujer se encargará de ello.

—¿Y Mrs. Gillett no es de ese tipo?

—En absoluto —contestó Gwynn, sacudiendo con vehemencia la cabeza—. Créame, después de haber llamado a tantas puertas como he hecho yo, se llega a conocer bien a las personas…

—Bueno —dijo Mason—, si esta noche quiere ir allí, adelante, pero recuerde esto: no coma nada ni beba nada mientras esté en aquella casa. Si el marido estuviera presente y resultara ser Felting Grimes, no haga ninguna escena ni ninguna acusación, no diga nada que haga sospechar a Mrs. Gillett que es una esposa bígama. Cuando la presente a su marido no demuestre que le conoce ya. Sin embargo, aquí tiene una tarjeta mía. Désela a él y dígale: «¿Conoce a Perry Mason, el abogado? Esta mañana he hablado con él y cree que le conoce. Dice que le convendría a usted ponerse en contacto con él».

—¿Cree usted que lo hará? —preguntó ella.

—Tal vez sí, tal vez no —dijo Mason—, pero le hará comprender que me lo ha contado usted todo y que nada ganaría con eliminarla.

—Oh, entiendo… Todo este asunto suena tan teatral e imposible comentado en la seguridad de un despacho, con libros de leyes y… —sonrió a Della Street— una simpática secretaria… Siento ganas de pellizcarme para cerciorarme de que no sueño. Seguro que después me consideraré una estúpida por haberle venido a molestar.

—En absoluto —dijo Mason—. Se sorprendería si supiese cuántos relatos extraños se me han hecho entre estas cuatro paredes. Algunos de ellos parecían completamente inverosímiles… ¿Está segura de que esta noche quiere hacer esa visita?

—Oh, sí, he de hacerla, Mr. Mason. De lo contrario, Felting Grimes sabría que había olido algo. No, estoy convencida de que por ahora no corro ningún peligro, cuando menos hasta que Felting Grimes regrese a su casa. E incluso entonces estaré a salvo si esta noche juego mis cartas con habilidad. Sin embargo, no es mi seguridad la que me preocupa. Soy amiga de Nell y… Bueno, lo que ella quiera hacer es cosa suya, pero tiene que conocer la verdad. Me despreciaría a mí misma si siguiera viviendo con ella y no se lo

contara todo.

—¿Han sido siempre muy amigas?

—Oh, sí. De estudiantes ocupábamos la misma habitación y nos lo explicábamos todo sobre los muchachos que se nos insinuaban.

—¿Y sobre los que no?

Ella rio de buena gana.

—No los había.

—Muy bien —dijo Mason—; deje su dirección a Della Street, así como su número de teléfono y ya tiene usted mi tarjeta. Si esta noche quisiera ponerse en contacto conmigo, aquí tiene el número de teléfono de la agencia de detectives Drake. Es una agencia que está en este mismo piso. Paul Drake colabora siempre conmigo. Tienen servicio las veinticuatro horas del día. Les dejaré recado que si llama usted esta noche, me transmitan la comunicación.

—Es usted muy amable —dijo ella—. ¿Y… y respecto a su anticipo?

Mason indicó con la barbilla la cartera que ella llevaba.

—¿Cuánto dinero gana con eso? —preguntó.

—A veces bastante. Me saco un promedio de seiscientos o setecientos dólares al mes. Estoy pagando algunas viejas deudas, pues sufrí un quebranto financiero bastante notable, y tengo ahorrados unos setecientos dólares. ¿Le parece bien un anticipo de cien?

—Dejémoslo en cinco —dijo Mason sonriendo— y extiéndame un cheque por ese importe. Entonces será usted mi cliente. Más tarde, cuando sepamos a qué atenernos, ya hablaremos de los honorarios. Y ahora, saque ese trapo. Así. Métalo en este sobre, ciérrelo y escriba su nombre delante a fin de que podamos identificarlo.

Della Street entregó un sobre a Gwynn Elston. Esta metió dentro la ropa, cerró el sobre y firmó en él.

—Vuelva a firmar en la solapa del sobre —dijo Mason.

Gwynn Elston obedeció. Después alzó la mirada y dijo:

—Válgame Dios, Mr. Mason, actúa usted como si se tratara de una prueba en un caso criminal.

—Puede serlo —dijo Mason.

Ella meneó la cabeza.

—No le denunciaría aunque hubiese tratado de asesinarme. Sólo

quiero… Bueno, averiguar con lo que me enfrento.

—Es usted una joven muy valiente —dijo Mason.

Ella sacó un talonario de cheques, extendió uno por cinco dólares, se lo entregó a Della Street, se puso en pie, se alisó cuidadosamente la falda y sonrió al abogado.

—En esta profesión hay que ser valiente —contestó—. Le mantendré informado, Mr. Mason.

Della Street la acompañó hasta la puerta y después volvió junto al abogado.

Mason dijo:

—Telefonea a Paul Drake y ponle en antecedentes, Della. Después llama a John Downey, el toxicólogo, para que examine ese pedazo de ropa, por si el gusto amargo que notó no fuese producto de su imaginación. Paul puede enviar un mensajero al laboratorio de Downey.

—¿Crees capaz a Grimes de haber adoptado una resolución tan radical? —preguntó Della Street.

—Cualquiera sabe —dijo Mason—. Tratamos con un hombre que es una incógnita. Tendremos que averiguar muchas cosas sobre esa incógnita. Y tendremos que hacerlo aprisa.

—¿Quieres que Paul Drake inicie una investigación sobre Frankline Gillett?

Mason meneó la cabeza.

—Esto sería poner en peligro a nuestra cliente, Della. Tal vez Paul dejara algún rastro. Nos mantendremos a la expectativa hasta mañana… Tengo la impresión de que Gwynn Elston es muy capaz de cuidar de sí misma. Creo que es… Bueno, que sabe desenvolverse.

—Y —dijo Della Street, sonriente—, ¿disculpas el que Felting Grimes se la insinuara?

—Soy como Nell. —Mason sonrió—. Muy tolerante.

—Me he fijado en cómo la mirabas cuando salía del despacho —comentó Della Street.

—Desde luego. Y ahora llama a Paul Drake. Procura que Downey nos dé rápidamente una respuesta concreta sobre si hay estricnina o no en ese trapo. Y asegúrate de que no lo utiliza todo para hacer el ensayo. Hemos de guardar un pedazo como prueba.

# Capítulo 3

A las cuatro y media, Della contestó al teléfono, diciendo:

—Un momento. —Enarcó las cejas mirando a Mason y añadió—: El doctor Downey al aparato.

Mason asintió y cogió el teléfono.

—Hola, John. Aquí Perry. ¿Qué has descubierto?

—He recibido un sobre de Paul Drake —contestó el doctor Downey— en el que había escrito el nombre de Gwynn Elston. Lo he abierto. Dentro había un pedazo arrugado de tela. He cortado aproximadamente una tercera parte del pedazo y lo he sometido a una prueba en busca de estricnina.

—¿Y qué has encontrado?

—Estricnina.

—¿Cuánta?

—Algo más que un rastro. No lo suficiente para medirla, pero desde luego hay estricnina en ese trapo.

—Muy bien —dijo Mason—, guarda con cuidado esa tela. Consérvala en el sobre original. Mételo todo en otro sobre, sellado y guárdalo en tu caja de caudales. Y prepárate a declarar, si es necesario.

—¿De qué se trata? —preguntó Downey.

—Aún no lo sé.

Downey dijo:

—Temía que mis noticias fuesen malas para ti porque por lo general actúas de defensor.

—No, esto es algo distinto —dijo Mason—. Trato de proteger a alguien.

—Bueno, pues si es esa Gwynn Elston, será mejor que construyas una valla a su alrededor porque no hay duda de que alguien puso estricnina en un lugar donde ella pudo recogerla.

—Muchas gracias —dijo Mason—. Guarda esa prueba de manera que puedas identificarla si es necesario.

Mason colgó el aparato.

—Bueno, Della, creo que esto lo decide. Tendremos que movernos esta misma noche. Telefonea a Paul Drake y pídele que venga.

Unos momentos después, la llamada característica de Drake sonó en la puerta del despacho particular de Mason. Della Street le hizo pasar.

Drake contempló a Della Street con ojos admirados.

—Hola, preciosa. —Dirigiéndose al mullido sillón reservado a los clientes, se acomodó en su posición favorita y sonrió a Perry Mason—. Dispara.

Mason dijo:

—Esta noche espero una llamada de urgencia, Paul.

—¿Tienes idea a qué hora?

—Entre las ocho y media y las nueve y media. Una joven llamada Gwynn Elston.

—Este es el nombre escrito en el sobre que mi empleado llevó al despacho del doctor Downey —dijo Drake.

Mason asintió.

—Para tu información, Paul, ese sobre contenía un pedazo de tela con rastros evidentes de estricnina.

—Oh, oh —dijo Drake, y al cabo de un momento añadió—: ¿Cómo es ella, Perry?

Della Street colocó los brazos en postura horizontal, con las palmas encaradas, y después bajó las manos trazando una serie de movimientos ondulantes.

—Así, ¿eh? —preguntó Drake.

—Todavía más —contestó Della.

—Maldita sea, siempre te llevas lo mejor —se quejó Drake—. Cuando una mujer me visita para que realice alguna investigación, siempre es un esperpento con alucinaciones o un basilisco. Las chicas que tú representas tienen buena carrocería, da gusto mirarlas y…

—Y tarde o temprano tú también intervienes en el caso —le interrumpió Mason—, de modo que deja de lamentarte. Bueno, he aquí lo que quiero que hagas. A partir de las ocho, deberás estar en

tu oficina. Ten el coche a punto y repostado. Quiero que tengas a mano por lo menos a un hombre capaz de enfrentarse con cualquier situación que se presente; un detective bueno, inteligente, vigoroso y con experiencia, que sepa desenvolverse si las cosas se ponen difíciles.

—¿Pueden ponerse difíciles? —preguntó Drake.

—No lo sé.

—¿Dónde estarás tú? —preguntó Drake.

—A los ocho y media en punto, Della Street y yo estaremos cenando en el Hollywood Brown Derby —dijo Mason—. Puedes localizarnos allí.

—Siempre ocurre lo mismo —dijo Drake, sonriendo a Della Street—. Tengo que quedarme en la oficina para contestar al teléfono. Si me entra apetito, puedo pedir que me suban bocadillos y café. Mientras, tú y Perry estaréis instalados en el Brown Derby, saboreando algunas de las especialidades de la casa.

—El motivo de esta estrategia —explicó Mason—, es que nos coloca a Della y a mí unos cuantos kilómetros más cerca del escenario de los sucesos. Tal vez tengamos que salir a toda prisa y presentarnos en el lugar de autos. En tal caso, queremos estar seguros de que tú nos sigues con refuerzos. Ha dejado de llover, pero las calles están aún empapadas. Y se prevé más lluvia. No me gusta conducir aprisa por terrenos mojados.

—Todo esto suena muy misterioso —dijo Drake.

—Lo es.

—¿No me cuentas nada más?

Mason meneó la cabeza.

—No puedo. Por lo menos de momento, Paul.

—Está bien —dijo Drake con resignación—, andaré a ciegas. Pero he de conocer a esa chica, Perry.

—La conocerás —le prometió Mason.

Drake se levantó sin esfuerzo del sillón, hizo un guiño a Della Street y salió del despacho.

—¿Crees que no ocurrirá nada antes de las ocho y media? —preguntó Della Street.

Mason meneó la cabeza.

—Esta es la hora de su cita con Mrs. Gillett, y Felting Grimes se ha ido esta mañana y no estará en casa.

Della Street dijo:
—Hay que reconocer que esa chica tiene mucho valor, Perry.
Mason asintió.
—Y no sé por qué, tengo la idea de que si las cosas se ponen difíciles, esa chica puede resultar bastante peligrosa.
—¿A qué te refieres? —preguntó Mason.
—Bueno, ella no nació ayer.
—¿Cuántos años tendrá?
—Veinticuatro o veinticinco, pero ha escuchado gran cantidad de preguntas y conoce las respuestas.
—En la actualidad ocurre lo mismo con todas —dijo Mason.
—Pero esa chica es muy atractiva y hay algo en ella, una especie de… Bueno, ya oíste lo que dijo: todos se le insinuaban.
—Creía que esto era una cosa corriente en estos días —dijo Mason.
Della se rio.
—Juzgas a todo el mundo cogiendo a Paul Drake como modelo… Supongo que trabajaremos hasta las ocho y media.
—Hasta las ocho —dijo Mason—. Después nos marcharemos con tiempo suficiente para poder llegar sin prisas al Brown Derby y esperar una llamada.
—Bueno —dijo Della Street—, si piensas seguir trabajando después de cerrar la oficina, será mejor que nos ocupemos del expediente de Nelson.
Mason asintió, consultó su reloj y dijo:
—Cerremos ahora la oficina, descansemos media hora para tomar un café y después pongámonos a trabajar en ese expediente.
Mason y Della Street trabajaron hasta las siete cuarenta y cinco. Entonces el abogado guardó en un sobre el abultado expediente y lo empujó a través de la mesa.
Della Street cerró su libreta de taquigrafía, consultó su reloj y dijo:
—Diez minutos para empolvarme la nariz y ponernos los impermeables.
A las ocho menos cinco cerraron la puerta de la oficina, se dirigieron hacia el ascensor y, al pasar frente al despacho de Paul Drake, entraron en el mismo. Mason dijo a la telefonista:
—Dígale a Paul que nos vamos al Brown Derby. A partir de las

ocho y media estaremos allí.

La telefonista asintió.

—¿Desea hablar con Mr. Drake?

—No es necesario —contestó Mason, sonriendo—. Sólo serviría para darle envidia. Dígale que esté alerta.

Al entrar en el Brown Derby, exactamente a las ocho y veinticinco, Mason dijo al *maître*:

—Gus, espero unas llamadas telefónicas muy importantes. ¿Quiere cuidarse de avisarme sin pérdida de tiempo?

—Haré más que esto, Mr. Mason. Conectaré un teléfono en su mesa y lo dejaré allí. Así, la telefonista, le pasará la llamada en el momento en que la reciba.

—Esto será magnífico, Gus. Gracias —dijo Mason.

Él y Della Street se sentaron a una de las mesas que quedaban junto a la pared. Mason estaba de espaldas a la sala mientras Della Street se situaba de modo que pudiera observar a la gente que entraba y salía. Tomaron un combinado y después cenaron parsimoniosamente.

—Eran las nueve y cuarto cuando Mason descolgó el teléfono y llamó a Paul Drake.

—¿Alguna noticia, Paul? —preguntó cuándo el detective le hubo contestado.

—Nada en absoluto —dijo Drake—. Creo que te has equivocado.

—Bueno —contestó Mason—. Nos entretendremos aquí con los licores durante otros veinte minutos. Después volveremos a llamar.

Eran las nueve cuarenta cuando el camarero hizo señal a Perry Mason para que descolgara el teléfono.

El abogado cogió el aparato y la telefonista dijo:

—¿Mr. Mason?

—Sí.

—Hay una llamada para usted.

Un momento después la voz de Drake sonó en el auricular.

—Acabo de hablar con tu amiga, Perry.

Mason se puso en tensión.

—¿Algo malo?

—Estaba más alegre que unas castañuelas —dijo Drake—. Hemos charlado un ratito. Quería saber dónde estabas tú, y le he contestado que esperabas ahí y que si llamaba al Derby podía

ponerse en comunicación directa contigo. Ella ha seguido hablando durante unos minutos de cosas sin importancia, y… ¡Chico, esa chica tiene una voz seductora!

—Espero que no le habrás propuesto una cita para más tarde —dijo Mason.

—No soy tan torpe —contestó Drake—. Este es un asunto profesional. Pero creo que la he decepcionado. Tiene esa clase de voz que indica que está acostumbrada a que la gente la corteje, incluso por teléfono.

—Bueno, será mejor que cuelgues. Probablemente estará tratando de telefonearme.

—Después vuelve a llamarme y dime si tengo que esperar.

—Muy bien, pero probablemente no hará falta.

Mason colgó el aparato. Transcurrido menos de un minuto, recibió otra señal del camarero.

El abogado descolgó el teléfono; dijo:

—¿Sí?

Oyó la voz de Gwynn Elston que preguntaba:

—¿Hablo con Mr. Perry Mason, el abogado?

—En efecto.

—Aquí Gwynn, Mr. Mason.

—Oh, sí. ¿Dónde está usted?

—Estoy en una estación de servicio que hay en un cruce, entre Burbank y Chatsworth. Hay un pequeño caserío: Vista del Mesa. Si quiere, puedo darle el número del teléfono.

—No se preocupe por eso, de momento —dijo Mason—. Lo que quiero saber es cómo le ha ido.

—Todo va estupendamente —dijo ella con acento triunfal—. He conseguido desvanecer cualquier peligro. Nadie sospecha nada.

—¿Su marido no estaba?

—No, claro que no. Ella me ha dicho que se había retrasado y no podría verme, aunque le hubiese gustado que hubiera hablado conmigo; de todos modos habían decidido que en este momento no les venía bien hacer el gasto. Tenían varios pagos en perspectiva y no querían incurrir en más. Le he contestado que lo sentía muchísimo y me he marchado sin tratar de averiguar nada más. Ella no ha recelado nada. Estoy convencida de que he actuado muy bien. Me he quedado casi una hora, exponiéndole todos los aspectos

de la operación por si más adelante decidían realizarla. Es lo que se suele hacer. Ella se ha mostrado muy amable conmigo.

—¿No ha estado recelosa?

—En absoluto. Ya sabe lo que ocurre cuando se cuenta una mentira gorda. De alguna manera, uno sabe cuándo el otro se la traga. Cuando no ocurre así, se siente una peculiar sensación de incomodidad. Entonces es cuando el aficionado trata de hablar aprisa y cubrir los puntos débiles y cuando se encuentra en un apuro por haber hablado demasiado.

Mason dijo:

—Habla usted como una mentirosa consumada.

Ella rio de buena gana.

—Lo soy. Le sorprendería saber las muchas veces que una chica tiene que mentir, Mr. Mason.

—Muy bien —contestó éste—. Ahora que está convencida de que todo marcha bien, ¿se va ya a su casa?

—Sí.

—Tengo noticias para usted —dijo Mason—. Aquel pedazo de tela que me ha dejado, ha dado reacción positiva.

La joven vaciló durante varios segundos y después dijo con lentitud:

—Estaba casi segura de que sería así. ¿Ha averiguado algo sobre los caracteres chinos?

—Aún no. ¿Altera sus planes esa estricnina?

—Me asusta. Ahora sé la clase de sujeto que es Felting Grimes. Alguien debería matarle. El mundo se quedaría mucho más tranquilo.

—No hable de esta manera —dijo Mason.

—No puedo evitarlo. Lo digo tal como lo siento… Y oiga, Mr. Perry Mason, tengo que reñirle por algo.

—¿De qué se trata?

—Creía que iba a dejar el asunto completamente en mis manos.

—¿Y qué?

—¿No es usted responsable del policía que esperaba junto a las puertas de la posesión de Baxter?

—No —contestó Mason—. Hábleme de eso.

—¡Oh, vamos! Conmigo no es necesario que finja. Aquel hombre era de la agencia de detectives Drake y estaba allí para protegerme.

—Cuénteme eso —dijo Mason, mirando a Della Street y apartando ligeramente de su oído el auricular, a fin de que Della acercando su mejilla a la de Mason, pudiera oír lo que se decía.

—Bueno —dijo Gwynn—, era muy guapo y muy amable. Me ha gustado de veras. Ha fingido que necesitaba ayuda, pero no me ha engañado ni un momento. He comprendido que estaba allí para protegerme. Ha afirmado que había aguantado toda la lluvia, pero tenía las ropas completamente secas.

—¿Dónde estaba? ¿En la residencia de Gillett?

—No. Junto a la puerta de la finca de Baxter. Su auto tenía un neumático pinchado y la rueda de recambio también estaba deshinchada. Quería llegar hasta una estación de servicio para que alguien le acompañara a reparar el neumático. Se ha mostrado amable de verdad.

—¿Y usted se ha detenido y ha hablado con él?

—Me ha hecho señales. Ha utilizado una linterna y después me ha mostrado su placa. Me ha dicho que era policía, que estaba en apuros y que quería acompañarme hasta Vista del Mesa. Ahora le telefoneo desde aquí, ¿sabe?

—¿Le ha llevado usted en su auto? —preguntó Mason.

—Esto es. Nos hemos detenido en esta estación de servicio desde donde le telefoneo. Él está hablando con el encargado para que vaya a recoger su auto.

—¿Y qué piensa hacer usted?

—A menos que decida permitir que este guapo detective me convenza para que acepte salir con él, me marcharé a casa. Diré a Nell que tengo jaqueca y que me voy a la cama. Si mañana pudiese usted concederme un rato, me gustaría ir a verle para tratar de este asunto más detenidamente.

—De acuerdo —dijo Mason—, nos veremos mañana. ¿Seguro que está bien ahora?

—Oh, enteramente.

Mason dijo:

—Bueno, permítame que le diga algo, Gwynn. Esta noche no salga con nadie. Cuando llegue a casa, hable con Nell y márchese a la cama. Si Felting Grimes estuviese cuando usted llegue o compareciera más tarde, *márchese inmediatamente de esa casa*. Coja su auto, váyese a algún hotel y llame sin pérdida de tiempo a la

agencia de detectives Drake. ¿Lo ha entendido bien?

—Oh, sí, Mr. Mason. Ya había decidido hacer algo por el estilo en caso de que fuera necesario, pero Felt no estará en casa.

—¿Cómo lo sabe?

—Oh, estoy segura de que no. Se ha marchado para uno de sus viajes de negocios.

—¿Y cuánto tiempo emplea en esos viajes?

—Por lo general, una semana, pero nunca puede saberse. A veces, se presenta por sorpresa.

—Esta puede ser una de las noches en que se presente por sorpresa —dijo Mason—. Y mañana no deje de venir a mi oficina.

—¿A qué hora?

Mason miró a Della Street.

Della frunció el ceño tratando de recordar las citas de Mason para la mañana siguiente. Después, con el índice, trazó en el mantel el número diez treinta.

—¿Le vendría bien a las diez y media? —preguntó Mason.

—¿A las diez y media? Allí estaré, Mr. Mason.

—Estupendo. La esperaré y así podremos discutir con calma el caso.

El abogado esperó hasta que ella hubo colgado y tuvo la línea libre. Entonces llamó al despacho de Paul Drake.

—Paul —dijo Mason cuando tuvo al detective al aparato—, no has enviado a ninguno de tus hombres con órdenes de vigilar a esa clienta mía, ¿verdad?

—¿Enviado a dónde?

—Junto a la finca de George Belding Baxter, en Vista del Mesa.

—Diablos, no, ni siquiera sabía que existiera. He seguido tus instrucciones. Tengo a un hombre sentado aquí en la oficina, dispuesto a salir y a enfrentarse con lo que sea. Es lo único que he hecho. ¿Por qué?

—No es más que una coincidencia —dijo Mason—. Muy bien, Paul. Esta noche ya no ocurrirá nada nuevo, pero deja recado a tu telefonista de que si llamara Gwynn Elston tiene que comunicármelo inmediatamente. Creo que todo está conforme, pero más vale asegurarse.

—Por mí no hay inconveniente —dijo Drake—. ¿Puedo decirle que se marche a este hombre que tengo aquí?

—Sí, que se marche a su casa —dijo Mason—. No le necesitaremos por esta noche.

El abogado colgó el aparato, volvióse hacia Della Street y dijo:

—Bueno, creo que será mejor que nos retiremos. Me parece que nuestra clienta ya no corre peligro por ahora.

Della Street asintió y después dijo:

—No sé por qué, pero tengo la idea de que tu clienta sabría arreglárselas por sí sola, llegado el caso.

—Probablemente —dijo Mason—, aunque creo que no le será necesario. Vámonos.

# Capítulo 4

A las diez treinta y cinco, Della Street dijo:

—Tu vendedora de libros con personalidad atractiva parece que se retrasa cinco minutos.

Mason frunció el ceño.

—Debería estar aquí, pero supongo que ahora ya no está tan preocupada con el asunto.

—Bueno —dijo Della Street—, podríamos aprovechar este rato para contestar estas dos cartas que han llegado esta mañana.

—Buena idea —dijo Mason.

El abogado terminó las respuestas de las cartas a las diez cuarenta y cinco. Consultó su reloj, miró a Della Street, frunció el ceño y dijo:

—¿Dónde está ese lugar en que ella vive, Della?

—En el número 367 de Mandala Drive.

—¿Tiene teléfono?

—Sí. Aquí tengo anotado el número.

—Llámales —dijo Mason—. Veamos qué noticias hay.

Della Street marcó el número y al cabo de un momento dijo:

—¿Puedo hablar con Gwynn Elston, por favor? Creo que vive ahí, ¿verdad…? Oh, gracias… ¿Puedo saber con quién hablo…? Bueno, muchísimas gracias, Mrs. Grimes… No, no importa. Soy una amiga suya y no se trata de nada importante. No es preciso que le dé ningún recado. Llamaré más tarde. Gracias.

Della Street colgó el aparato antes de que Mrs. Grimes pudiera añadir nada más y dijo:

—Hablaba con Nell Grimes. Quería coger el recado; me ha parecido algo curiosa y un poco insistente. Para tu información, Gwynn Elston se ha marchado poco antes de las nueve. Mrs. Grimes no sabe exactamente cuáles eran sus planes ni dónde se la puede

localizar, pero cree que tal vez miss Elston telefonee algo más tarde. Si le dejo mi número ella me llamará.

Mason se quedó pensativo.

—¡Caramba, Della! Si le ocurriera algo a esa chica, nunca me lo perdonaría. Después de todo, eso de poner estricnina en una bebida…

—Pero ella ha estado allí hasta las nueve de esta mañana —dijo Della—, o un poco antes…

—Esto es lo que dice Mrs. Grimes —contestó Mason—. Voy a…

El teléfono interior que había en la mesa de Della Street lanzó una llamada. Della cogió el aparato y dijo:

—Sí, Gertie. Oh, ¿está aquí? Un momento.

Volvióse hacia Perry Mason y le dijo:

—Tu clienta desaparecida está en el vestíbulo, sana y salva. —Y añadió al tiempo que consultaba su reloj—: Llega veinte minutos tarde.

—Dile que pase —ordenó Mason—. O quizá sería mejor que salieras a recibirla tú, Della. Explícale que he de distribuir con mucha precisión mi tiempo y que, cuando concierto una cita, en…

—Le daré un rapapolvo verbal —le interrumpió Della—. ¡A mí sus piernas no me impresionan!

Y salió por la puerta.

Tres minutos más tarde, la secretaria estaba de regreso llevando a remolque a Gwynn Elston.

Mason, alzando la vista se fijó en el rostro de Della Street, captando las señales frenéticas que ésta le hacía con su rápido parpadeo. Entonces se volvió hacia Gwynn Elston.

—Bueno —dijo Mason—, parece que…

—Miss Elston está en un apuro serio —dijo Della Street.

Mason enarcó las cejas.

—Será mejor que se siente, miss Elston —prosiguió diciendo la secretaria—, y que repita a Mr. Mason lo que acaba de explicarme.

Mason estudió el rostro pálido y tenso de Gwynn Elston mientras decía:

—Supongo que Mr. Grimes habrá regresado inesperadamente.

Ella meneó la cabeza, trató de decir algo, se interrumpió, miró a Della Street y por último manifestó:

—Mr. Grimes nunca más volverá a ninguna casa. Está muerto.

—¿Quién? ¿Grimes?

Ella asintió.

—Bueno, pero usted, ¿cómo lo sabe?

—He visto el cadáver.

—¿Cuándo?

—Hará cosa de tres cuartos de hora.

—Espere un momento —dijo Mason—. Hemos hablado con su esposa hace apenas diez minutos y ella…

—Ella aún no sabe nada —dijo Gwynn Elston—. Nadie lo sabe. Ha sido asesinado.

—¿Le ha matado usted?

Ella meneó la cabeza.

—Será mejor que me lo cuente todo —dijo Mason—. Y no me pierda el tiempo con ataques de histerismo ni con sollozos ni espere a que yo le vaya sacando las palabras. Empiece a hablar. Deme los hechos escuetos. ¿Dónde le ha visto?

—En la finca de George Belding Baxter.

—¿Qué había ido a hacer allí?

—He ido a hacer indagaciones acerca del policía que anoche me dio el revólver.

—¡El revólver! —exclamó Mason.

Ella asintió.

—Prosiga —dijo Mason, con expresión sombría.

—¿Quiere que le hable del revólver, o que empiece por el principio…?

—Empiece por el principio y hable aprisa. Fue usted a ver a los Gillett. Mr. Gillett no estaba en casa. Mrs. Gillett le dijo que, dado los gastos que les esperaban, no podían comprar los libros en este momento. Usted estuvo allí casi una hora. ¿Qué hizo después?

—Me marché.

—Está bien. ¿Qué ocurrió entonces?

—Bueno, recordará que estuvo lloviendo todo el día. Al anochecer había llovido con mucha fuerza, pero después la lluvia se convirtió en una llovizna helada. Conducía lentamente y al llegar junto a las puertas de la finca de Baxter, vi una linterna que lanzaba sus destellos directamente hacia mis ojos.

—¿Qué hizo usted?

—Al principio frené, pero después recordé ciertas cosas y…,

bueno, aceleré.

—¿Y entonces?

—Entonces aquel hombre, saliéndome a la carretera, frente a mí, me enfocó la linterna a la cara a través del parabrisas. De modo que me detuve.

—¿Qué clase de linterna era? ¿Una de mano o…?

—Era una de esas linternas de mano, pero muy potente; una de esas linternas en las que hay una lámpara potente montada directamente en la pila y…

—Muy bien, se detuvo usted —dijo Mason—. ¿Y qué ocurrió después?

—Aquel hombre tenía allí su auto. La puerta del portaequipajes estaba abierta. Me contó que tenía un neumático pinchado y carecía de gato, por lo que necesitaba llegar a la estación de servicio más próxima a fin de que le repararan su vehículo. Me preguntó si permitiría que me acompañara. Era guapo, pero no llevaba impermeable y tenía la ropa seca. Por entonces, la lluvia se había convertido en llovizna, pero… llevaba muy poco rato allí, seguro. Supongo que debió permanecer en su auto, esperando a que pasara alguien. Cuando vio la luz de mis faros salió del coche y me hizo parar.

—¿Y qué?

—Mantuve cerrada la puerta del auto. Bajé el cristal un par de centímetros a fin de poder oír lo que me decía. Hágase cargo, me he visto en muchas situaciones delicadas…

—Lo supongo —la interrumpió Mason—. Olvídese de eso. Bajó usted el cristal un par de centímetros. ¿Y qué?

—El sacó una cartera de cuero del bolsillo y me mostró una placa. Me dijo que era policía y me ordenó que abriera.

»Rehusé y él, riendo nerviosamente, dijo: «Oiga, no puedo perder aquí toda la noche discutiendo con usted. No trato de conquistarla. Soy policía. Le daré mi revólver. Si intento algo contra usted, puede detener el coche y hacer que me apee».

—¿Y qué hizo él?

La muchacha contestó:

—Metió por la rendija su revólver, manteniéndolo sujeto por el cañón, y lo dejó caer en el asiento.

—¿Y usted?

—Cogí el arma, abrí la puerta y le dije que entrara.

—¿Y después?

—Después le conduje hasta aquella pequeña colonia, Vista del Mesa. Está…, oh, a unos tres kilómetros de la finca de Baxter. Allí había una estación de servicio abierta. Conque dijo que hablaría con el encargado acerca de la reparación.

—Muy bien —dijo Mason—. ¿Y qué ocurrió?

—Bueno, me detuve allí. El encargado estaba atendiendo un coche, de modo que me dirigí a la sala de espera y desde allí le telefoneé.

—¿Y luego?

—Luego esperé y esperé, pero él no compareció. Así es que, finalmente, me acerqué al encargado preguntándole si ya había hecho lo necesario para ir a cambiar el neumático del auto. El hombre quiso saber de qué auto se trataba, a lo que le contesté que era el del individuo que acababa de hablarle. Dijo que a él nadie le había hablado de aquello. Que me había visto llegar y cómo un hombre se apeaba del coche y se dirigía hacia la sala de espera. Luego tuvo trabajo con el auto de que se ocupaba y había supuesto que no deseábamos ningún servicio, por lo que ya no volvió a acordarse de nosotros.

—Bueno, ¿y qué hizo entonces?

—Pedí al hombre que mirara en el lavabo para caballeros.

—¿Y no estaba allí su amigo?

Ella meneó la cabeza.

—¿Qué hizo usted?

—Miré en el lavabo para señoras. Tampoco estaba. De modo que me marché a casa.

—¿Y el revólver?

—El revólver estaba a mi lado, en el asiento.

—Muy bien —dijo Mason—. Se marchó a casa. Piense que disponemos de poco tiempo. Aclarémoslo todo de una vez. ¿Qué ocurrió?

—Bueno, vi a Nell. Le dije que tenía una jaqueca atroz y que me iba a la cama. Hice lo que usted me había recomendado…

—¿Y en realidad se fue a la cama?

—Lo intenté, pero Nell vino diciéndome: «Oye, Gwynn, no sé lo que te ocurre, pero no te portas como de costumbre. Para tu

información, te diré que eres una pésima embustera. Ahora siéntate y cuéntame lo que ocurre. ¿Se trata de una aventura con mi marido? En tal caso, ¿es una de esas pasiones desastrosas que destrozarán nuestra amistad? ¿O no se trata más que de un capricho pasajero que pronto se os ha de pasar y por el que no vale la pena preocuparse?».

—¿Le contó usted todo el asunto? —preguntó Mason.

—No, señor. Le dije que no tenía ninguna aventura con su marido. Le dije que estaba algo preocupada porque me había detenido un policía que me había entregado su revólver y después se había marchado sin recuperarlo. Pero no le hablé de mis sospechas, ni de dónde había estado, ni de usted.

—¿Y después?

—Bueno, ella trató de interrogarme. Me dijo que los policías no van dejando sus revólveres en los regazos de las chicas, y que estaba segura de que Felt tenía alguna preocupación que se relacionaba conmigo. Quiso saber si se me había insinuado de nuevo y si yo le había dado pie para ello, y… Bueno, hablamos así durante un rato. Después ella pareció muy aliviada. Dijo: «Voy a prepararte algo para cenar y te arroparé bien en la cama. Luego yo también me acostaré».

—¿Y qué ocurrió?

—Cenamos ligeramente y charlamos un rato. Después me fui a dormir… Bueno, yo creía que no me sería posible dormir, que los nervios me mantendrían despierta, pero en toda mi vida he dormido mejor.

»Al levantarme esta mañana, Nell ha querido interrogarme de nuevo. Ha dicho que cuanto más pensaba en mi historia del policía y del revólver, más extraña le parecía. Ella se figuraba que le ocultaba algo.

—¿Y qué?

—He cogido el revólver, se lo he enseñado y… bueno, hemos abierto el tambor, para examinarlo. Una bala había sido disparada.

—¿Una bala? —preguntó Mason.

Ella asintió.

—Prosiga —dijo el abogado.

—Bueno —dijo—, no le he contado nada a Nell. He tratado de presentarlo como un asunto sin importancia, pero he decidido que

sería mejor hacer averiguaciones acerca de aquel policía y saber quién era. Y el único lugar donde podía encontrar una pista era en la finca de Baxter.

—¿Y qué ha hecho?

—He conducido hasta esa finca. Me ha parecido que tenía tiempo sobrado para llegar hasta allí, hacer indagaciones y después regresar a tiempo para mi cita de las diez y media con usted.

—¿Y qué ha ocurrido?

—La cancela estaba abierta. He entrado y me he dirigido hacia la casa. He tocado el timbre. Nadie ha contestado. He dado la vuelta con el coche hasta la parte posterior…

—¿Por qué en el coche? ¿Por qué no ha ido caminando?

—Tenía miedo de los perros. Quería estar en el auto por si tenían algún perro de guardia.

—Está bien, prosiga.

—He rodeado la casa y, como no me interesaba dejar el auto en mitad del camino, he empezado a hacerlo girar dándole marcha atrás. Recordará que anoche llovía y junto al camino la hierba estaba mojada. Me he salido demasiado del camino y una de las ruedas posteriores ha empezado a resbalar cuando trataba de hacer avanzar el coche. De modo que lo he dejado allí, he abierto la puerta y, apeándome, me he encaminado hacia la casa. Entonces he visto un pie que asomaba por entre un matorral. He adelantado un par de pasos más y he visto una pierna de hombre con los pantalones y el zapato; después la otra pierna, doblada. He apartado el matorral y me he encontrado cara a cara con el cadáver de Felting Grimes.

—¿Estaba muerto? —preguntó Mason.

—Muerto y helado.

—¿Le ha tocado?

—Sí, me he inclinado y le he tocado el rostro. Estaba frío.

—¿Qué le hace pensar que le han asesinado?

—En el pecho tenía un balazo.

—Está bien, prosiga. Oigamos lo demás. ¿Qué ha hecho?

—Me ha entrado miedo. He corrido hasta el coche, he subido y he tratado de ponerlo en marcha. Las ruedas han resbalado por un momento, pero por fin han cogido y me he marchado a toda velocidad.

—¿Y el revólver? —preguntó Mason.

Ella contestó:

—He perdido la cabeza. Cuando iba a trasponer la cancela de la finca, he aminorado la marcha del coche. Junto a la puerta había unos arbustos muy frondosos, conque apeándome del vehículo he tirado el revólver tan lejos como he podido. Después he vuelto a subir al auto y me he dirigido a casa de Nell a fin de contárselo todo… pero entonces he recordado mi cita con usted, de modo que… Bueno, aquí estoy.

Mason miró a su cliente, después a Della Street, y dijo:

—¿Sabe, Gwynn? Me estoy acordando de lo que su amiga Nell Grimes le dijo anoche.

—¿Qué?

—Que es usted una pésima embustera.

La muchacha se sonrojó. Empezó a levantarse con aire indignado, pero después permaneció sentada, muy erguida y rígida, en el borde del sillón.

—No me gusta eso, Mr. Mason.

Mason dijo:

—Este relato suyo es…

—Es la verdad —interrumpió ella—. Lo que no me gusta es que me llame una pésima embustera. Soy una mentirosa muy buena, y, de haber mentido, habría ideado un relato mucho más plausible que éste e incluso más gracioso.

»Sé que parece extraño que un policía meta su revólver por la ventanilla de mi automóvil a fin de que pueda protegerme contra sus insinuaciones, pero él sabía que no le dejaría entrar a menos que hiciera algo así, y *tenía* que subir en mi auto. Estaba desesperado… Le he dicho la verdad.

—Está bien —dijo Mason, sombríamente—. Es usted mi cliente. Voy a actuar suponiendo que me ha dicho la verdad. Si me ha mentido, ha cogido un billete directo hacia la cámara de gas. ¿Lo entiende bien? La peor equivocación que puede cometer una persona es mentir a un abogado. Es tan malo como que un enfermo trate de mentir a un médico. ¿Lo entiende bien?

Ella asintió.

Mason dijo:

—No tengo tiempo para interrogarle. No tengo tiempo para

comprobar nada de lo que me ha dicho. Tendré que tocar de oído, y además a toda prisa. Deberé actuar suponiendo que me ha dicho la verdad. Y una vez haya supuesto esto, ya no podré apartarme de mi camino. Si me ha mentido, todo cuanto haga redundará en su perjuicio. Todo lo que prepare con el propósito de protegerla, caerá sobre usted. ¿Lo entiende?

Ella volvió a asentir.

—Está bien —dijo Mason—. ¿Tiene usted una lista de posibilidades que cada día se le da por teléfono?

—Algunos días me la envían por correo.

—¿Tiene que visitar alguna posibilidad de esas?

—Oh, sí, desde luego. Me espera un día muy ocupado.

—Pues márchese y visítelas —dijo Mason.

—Pero, ¿no tengo que…? ¿No es obligatorio denunciar el hallazgo de un cadáver y…?

—Haga exactamente lo que le digo —contestó Mason—. Lárguese de la oficina. Empiece a visitar clientes.

—Pero, ¿y el cadáver?

—Tiene usted que dar parte del hallazgo de un cadáver. Me lo ha comunicado a mí. Soy su abogado. Yo me encargo de todas sus cosas. Entiéndalo bien, no quiero que haga nada que pueda interpretarse como una huida. Quiero que se dedique a su trabajo y…

—¿Y no se lo he de decir a Nell?

—No se lo ha de decir a nadie. A causa de las circunstancias especiales que rodean esta muerte, a causa de su descubrimiento acerca de la posibilidad de que Nell Grimes sea la esposa bígama y de que Felting Grimes sea en realidad Frankline Gillett, y que por lo tanto Mrs. Gillett sea la primera esposa, en consecuencia la legítima, tiene que ponerse en mis manos y seguir mis instrucciones. Yo le ordeno que se marche, empiece a vender libros. No telefonee a Nell ni se ponga en contacto con nadie hasta que termine el día. Siga su proceder habitual y cuando acabe de trabajar márchese a su casa.

—¿Como si nada hubiera ocurrido?

—Exactamente. Como si nada hubiera ocurrido —dijo Mason—. Si nadie le dice nada antes de esa hora, o bien la estaré esperando en casa de Grimes o bien tendré alguien allí, esperándola. Y ahora,

en marcha.

Gwynn Elston se puso en pie, se alisó automáticamente la falda y se encaminó hacia la puerta. De repente se volvió, sonrió a Perry Mason y dijo:

—De veras, Mr. Mason, le he dicho la pura verdad. Si hubiese mentido, mi embuste hubiera sido mucho más artístico.

—Esperémoslo así —contestó Mason mientras ella trasponía el umbral.

Mason miró a Della Street.

—Vete a ver a Paul Drake. Dile que queremos el nombre del policía cuyo automóvil estaba aparcado anoche junto a la finca de Baxter. Queremos saberlo aprisa. Nos interesa conocer este dato antes que todo el mundo.

»También queremos saber qué individuo de la estación de servicio de Vista del Mesa fue a la finca de Baxter y cambió el neumático de un coche.

»Que Paul Drake se ponga en movimiento. Dile que emplee tantos hombres como sean necesarios y que después venga aquí para que pueda darle más detalles.

—¿Y el cadáver? —preguntó ella—. ¿Piensas…?

—Voy a hablar con el teniente Tragg, de homicidios. Dile a Gertie que le localice. Después vete a la oficina de Paul Drake y no pierdas tiempo.

Della Street asintió.

—Me marcho —dijo.

Mason esperó hasta que Gertie hizo sonar el timbre y entonces descolgó su aparato.

—¡Ah, hola teniente! ¿Cómo está usted? Al habla Perry Mason.

—Su telefonista me lo ha dicho —contestó secamente Tragg—. Supongo que querrá información, ¿no?

—De momento no —dijo Mason—. Quiero darle información.

—¡Cuánta amabilidad! ¿Me permite asegurarle que esto es algo desacostumbrado en usted, Mr. Mason?

Este contestó.

—Esta vez quiero comunicarle lo que evidentemente es un asesinato.

—Bien, bien —dijo Tragg—, adopta usted una nueva estrategia. Por lo general, nos deja descubrir el cadáver, sólo para averiguar

que… Bueno, dejemos esto ahora. ¿Puede darme el nombre de la víctima?

—Creo que el muerto se llama Frankline Gillett. Vive en Tribly Way, cerca de Vista del Mesa. Para su información, esto queda a poca distancia de la extensa finca de George Belding Baxter, que según creo está rodeada por una verja de hierro forjado. El cadáver de Mr. Gillett está entre la hierba, junto al camino, cerca de la fachada de la casa. Está parcialmente oculto por un arbusto.

—¿Y cómo sabe todo esto? —preguntó Tragg.

—Tengo un cliente que ha descubierto el cadáver —dijo Mason.

—¿Dónde está ahora ese cliente?

—No puedo decírselo, pero sí que acaba de marcharse de mi oficina.

—No se saldrá con la suya —dijo Tragg—. Queremos interrogar a ese cliente. Hágale, o hágala volver.

Mason dijo:

—La ley exige que, como abogado, dé cuenta de un crimen tan pronto como sepa que se ha cometido. Pero la ley no exige que mi cliente haga ninguna manifestación más, aparte de dar cuenta del hallazgo del cadáver, ni tampoco exige que yo descubra la identidad de mi cliente.

—Pero…

—Muchísimas gracias, teniente. Esto es todo.

Y Mason colgó el aparato antes de que Tragg pudiera añadir ni una palabra más.

# Capítulo 5

Paul Drake avanzó con su caminar característico, un caminar que hacía que sus movimientos pareciesen cansinos y sin embargo estaban tan perfectamente sincronizados como los de un malabarista o un boxeador. Se instaló en el butacón de cuero reservado a los clientes y dijo:

—Ya está, Perry. He seguidos tus instrucciones y mis hombres han empezado a trabajar. Ahora me gustaría saber el motivo de tantas prisas.

Mason contestó:

—Saca tu agenda, Paul. George Baxter tiene una gran finca en Tribly Way. Allí es donde anoche estaba aparcado el automóvil. ¿Qué sabes de ese Baxter, en líneas generales? Quiero respuestas rápidas.

—Es un deportista millonario —dijo Drake—. Ha hecho gran cantidad de inversiones de diversas clases.

—¿Edad?

—Unos cincuenta y cinco años.

—¿Casado o soltero?

—Soltero. Hace cuatro o cinco años hubo un divorcio escandaloso. Ella se llevó una buena tajada, un par de millones de dólares.

—Averigua todo lo que puedas acerca de él —ordenó Mason.

—¿Algo más?

—Mucho más. Un hombre llamado Frankline Gillett vive en Tribly Way, tiene un hijo, Frankline, de siete años; también tiene esposa. Fue asesinado anoche o esta madrugada, y la policía ha recibido aviso de que el cadáver está en la finca de George Belding Baxter.

—¡Diablo! —exclamó Drake—. ¿Quién ha avisado a la policía?

—Yo.
—¿Tú?
—Eso es.
Drake empezó a levantarse del sillón.
—Caramba, Perry, no puedes hacer una cosa así.
—¿Qué cosa?
—Notificar un crimen a la policía y después llamar a un detective.
Mason dijo:
—Y si no lo hubiese comunicado a la policía, ¿qué?
Drake le miró con expresión exasperada.
—No quiero discutir contigo. Sólo te lo digo.
—Está bien, ya me lo has dicho. Ahora he aquí algo para tu información confidencial. Tengo motivos para creer que tal vez haya un revólver de calibre treinta y ocho entre los arbustos próximos a la cancela. Mira, te dibujaré un croquis.
Mason trazó apresuradamente unas líneas.
—El revólver estará en algún punto de por aquí.
—¿Qué he de hacer? —preguntó Drake.
—Vete allá —dijo Mason—. Si no puedes entrar en la finca, mantente junto a la verja y vigila el sector. Si la policía encuentra el arma, quiero saberlo.
—¿Y si no la encuentran?
—Si no la encuentran, pregunta a la policía si te permiten entrar para que les ayudes en la búsqueda. Desde luego, no te dejarán, pero esto les dará ciertas ideas.
—¿Quieres que encuentre el revólver? —preguntó Drake.
—Diablo, no. ¡De ninguna manera! Te indico el lugar en que no quiero que busques el revólver. Pero sí quiero que la policía encuentre un arma allí. Y cuando ocurra, quiero saberlo.
Drake dijo:
—Uno de estos días te van a llevar directamente a una penitenciaría.
—No te preocupes por eso —dijo Mason—. Haz lo que te digo. Quiero que averigües cuanto puedas sobre Baxter. Y lo mismo sobre Frankline Gillett. Investiga también acerca del crimen. Quiero que te ocupes personalmente de esto. A la policía le molestará tu presencia. Se enfadará conmigo. Deberás hacer uso de toda tu

astucia y de grandes dosis de diplomacia.

—¿Cómo puedo explicarles que estoy enterado del crimen? ¿He de decirles por cuenta de quién trabajo?

—Diles que yo te he hablado del asesinato y que actúas siguiendo órdenes mías. Si la policía encuentra un revólver allí, quiero saberlo, y aprisa.

»Y ahora, he aquí detalles sobre el auto que quiero que localices. Anoche, entre las nueve y las diez, ese coche estaba detenido junto a las puertas de la finca de Baxter. Lo tenía un policía o un detective privado. Averigua todo lo que puedas sobre ese vehículo. Consigue huellas de sus neumáticos, si te es posible. Recoge cualquier envoltorio de cigarrillos, cualquier cosa que pueda constituir una pista. Después quiero que visites todas las estaciones de servicio de Vista del Mesa. Quiero que hables con los hombres que estaban de guardia anoche. Localiza al que recuerde a una joven a quien su acompañante abandonó allí. Si es posible, quiero que obtengas una descripción de ese acompañante. Y asegúrate bien de que la policía no te sigue cuando vayas a ese sitio.

»Luego comprueba en todas las estaciones de servicio y garajes con autos-grúa de los alrededores de Vista del Mesa, quién fue que reparó un neumático de ese automóvil. Obtén la matrícula del mismo, quién es su propietario y quién ordenó la reparación. Esto representa mucho trabajo, pero quiero que pongas a tus hombres a trabajar sobre ello y que actúen aprisa. No repares en gastos para inspeccionar todo el territorio.

—Tengo a mis hombres investigando en Vista del Mesa. Telefonearán pidiendo más instrucciones. ¿El auto tenía un neumático deshinchado?

—Eso es. Aparentemente, la rueda de recambio también estaba deshinchada. Alguien encargó a un empleado de una estación de servicio que fuera allí a reparar el neumático: bien a colocar uno nuevo, bien a hinchar el de recambio a fin de que el individuo pudiera marcharse. Quiero que averigües quién era ese hombre y procura que nadie sepa que estás…

La puerta que comunicaba con el antedespacho se abrió y compareció el teniente Tragg, con el sombrero ligeramente echado hacia la nuca. Iba acompañado por un detective de paisano que se mantuvo dos pasos por detrás del teniente observando un silencio

ostentoso.

—Estupendo, teniente —dijo Mason con sarcasmo—; sobre todo, no se moleste en llamar.

—Siempre lo hacemos —dijo Tragg alegremente—. Ya se lo he explicado en otras ocasiones, Perry, especialmente en casos como éste. Aumenta nuestra eficiencia.

—No ha perdido el tiempo en venir aquí —dijo Mason—. Creía que estaría en la finca de Baxter.

—Sabía que lo pensaría —dijo Tragg—. Por eso he venido. Veo que está hablando con su detective, sin duda dándole instrucciones.

—En efecto —dijo Mason—, y creo que ya he terminado. Bueno, Paul, empieza a trabajar.

Tragg sonrió a Paul Drake y dijo:

—Cuidado con lo que hace, Paul. Supongo que no le gustaría que le retirásemos su licencia.

—Siéntense, caballeros —dijo Mason.

—Me parece que no tenemos tiempo —contestó Tragg—. Quiero saber quién es su cliente en este caso.

Mason meneó la cabeza.

—No tengo por qué decirle esto.

—Supongo que conocerá la ley sobre la complicidad.

—Claro que sí. Y también conozco la ley sobre aconsejar a los clientes. Y la ley sobre la ocultación de pruebas. Y la relativa a la denuncia de un crimen. En realidad, teniente, le he hecho un favor. Le he dado cuenta de un crimen cuando no tenía por qué hacerlo.

—Oh, sí, sí tenía —dijo Tragg—. Hubiese sido cometer un acto criminal si llega a ocultar un asesinato sabiendo que se había cometido.

—¿Qué quiere decir con eso de que lo sabía? —preguntó Mason —. No he visto ningún cadáver.

—Usted sabe que allí hay uno.

—Alguien me ha dicho eso.

—Bueno, pues ya es suficiente.

—No, no lo es —rectificó Mason—. Sólo se trata de un rumor. Yo puedo decirle ahora mismo que hay un cadáver en el cruce de la Séptima Avenida y Broadway. Pero usted no será culpable de ningún crimen aunque no corra a un teléfono para llamar a la policía y comunicarle: «Hay un cadáver en el cruce de la Séptima

Avenida con Broadway».

—Porque no hay ningún cadáver en este sitio —dijo Tragg.

—¿Cómo lo sabe?

—Por el tono de su voz, por una serie de circunstancias…

—Entonces, ¿no tiene por qué comunicarlo a la policía?

—En efecto.

Mason dijo:

—Entonces, todo depende del acierto con que una persona juzgue el tono de la voz de otra. Ojalá se me hubiera ocurrido esto antes, teniente, porque ahora que lo menciona me parece recordar que el tono de la voz de mi cliente era…

—Está bien, está bien —le interrumpió Tragg—. En realidad, sólo le hago una visita de vecino, Perry, porque me gusta verle por ahí. Lamentaría tenerle encerrado en un sitio desde donde no le fuera posible intervenir en los asuntos. Para usted sería una molestia y yo le echaría en falta.

—Y yo también a usted —contestó Mason—. Siempre me gusta tener amigos policías que en un momento dado puedan indicarme lo que dice la ley.

—Y en el momento en que empiece a ayudar y encubrir a un asesino…

Mason sonrió.

—Entonces me convierto en cómplice. Pero examine el código penal, teniente, y dígame si encuentra alguna ley que prohíba ayudar a una persona inocente a la que se acusa injustamente de un crimen.

—Me refiero a una persona culpable —dijo Tragg.

—Y yo me refiero a una inocente.

—Bueno —dijo Tragg—, me marcho, Mason. Sólo he venido a saludarle.

—Y ver si podía atrapar a mi cliente cuando salía del edificio —añadió Mason.

—También esto —admitió Tragg—. Hemos rodeado el sector tan aprisa como hemos podido, pero con lo llenas que están las calles supongo que su cliente se nos ha escabullido de entre los dedos. Después de todo, resulta difícil pedir a la policía que vigile a las personas que salen de un edificio comercial como éste y que localice a alguien que tenga pinta de cliente de Perry Mason.

—¿Y ha hecho esto? —preguntó Mason.

—Oh, hemos hecho algo mejor —dijo Tragg—. No somos tan estúpidos, Mason. Hemos lanzado nuestras redes.

—¿Y han pescado algo?

—Demasiado —admitió Tragg, sonriendo—. Los muchachos los están ahora revisando. Probablemente habrá una docena de iracundos ciudadanos que estarán maldiciendo la policía. Cuando uno trata de conseguir que la ley triunfe, los ciudadanos se enojan. Cuando se muestra descuidado, escriben cartas a los diarios solicitando una buena limpieza.

Mason se quedó pensativo.

—Me parece que le he subestimado, teniente. He imaginado que saldría corriendo hacia la finca de Baxter.

—Oh, también hacemos esto —dijo el teniente Tragg—. Cubrimos mucho terreno, ¿sabe? Aquel sector que queda a lo largo de Tribly Way está dentro de los límites de la ciudad y por lo tanto bajo nuestra jurisdicción. Por lo que hemos de mostrarnos razonablemente eficientes. Hubiese llegado aquí algo antes, de no haber tenido que supervisar personalmente varias llamadas telefónicas. Los ascensoristas pueden sernos de bastante ayuda. Cubrimos todas las posibilidades, Perry. Nos movemos mucho.

—Estoy seguro de ello —dijo Mason pensativamente.

—Desearía preguntarle algo —prosiguió Tragg—. ¿Cómo ha sabido su cliente que se había cometido un crimen en la finca de Baxter?

—No estoy seguro de que mi cliente lo sepa —dijo Mason—. Alguien puede haberle dicho que allí había un cadáver y mi cliente puede habérmelo contado y yo puedo haber aconsejado a mi cliente que lo más prudente sería dar parte a la policía.

—Desde luego, es posible —dijo Tragg—, pero, no sé por qué, lo considero muy improbable.

—Si mi cliente hubiese asesinado a la víctima —dijo Mason—. Yo no lo hubiese comunicado a la policía. Me hubiese limitado a aconsejar a mi cliente que no era preciso que hiciera ninguna declaración que pudiese resultar perjudicial para él, y habría considerado la confesión de mi cliente como secreto profesional.

Tragg frunció el ceño pensativo y dijo:

—Dadas las circunstancias, Perry, lo único que se me ocurre es

que hay allí alguna prueba que teme ir a buscar personalmente; pero se siente muy ansioso de que la policía se apodere de ella antes de que pueda ocurrirle cualquier cosa. ¿Qué clase de prueba puede ser?

—Puede estar seguro de que no lo sé —dijo Mason.

Tragg se encaró con el detective de paisano que le acompañaba mientras hablaba con expresión pensativa:

—Podría tratarse del arma del crimen, Jim… Bueno, me parece que aquí ya no nos queda nada por hacer. Marchémonos a ver qué podemos averiguar por Vista del Mesa. Encantado de haberle saludado, Mason.

—Muchas gracias por la visita —contestó el abogado.

—No tiene importancia. Siempre me gusta hacerlo cuando paso por estos alrededores.

Tragg y el detective abandonaron el despacho.

# Capítulo 6

Mason dijo a Della Street:

—Bueno, Tragg ya ha tenido tiempo de alejarse del edificio. Tal vez haya dejado a alguien para que me vigile. Sin embargo, siento grandes deseos de hablar con Mrs. Felting Grimes. De modo que mejor será que cojas el coche y…

Mason se interrumpió porque el teléfono empezó a sonar frenéticamente, con una serie de timbrazos breves indicadores de que la telefonista trataba de hacerle una señal.

Antes de que Mason pudiera hacer otra cosa que indicar a Della Street que cogiera el aparato, se abrió la puerta y entraron en el despacho el teniente Tragg y el detective de paisano. Gwynn Elston iba entre ambos.

—Tal vez se sorprenda al vernos regresar tan pronto —dijo alegremente Tragg—. Esta señorita es miss Gwynn Elston, Perry. Quisiera saber si puede identificarla.

Mason, con el rostro impasible dijo:

—¿Por qué? ¿Quiere cobrar un cheque?

—Según las matrices de su talonario de cheques, ya ha dado un cheque, un cheque a Perry Mason por cinco dólares. Eso fue ayer.

—No tenían ustedes derecho a examinar su talonario de cheques o su bolso sin una orden de registro —dijo Mason.

—Lo sé —contestó Tragg—. Supongo que ocasionalmente cometemos pequeños errores; pero hágase cargo, era importante que averiguáramos esto y… Desde luego, no pensamos utilizarlo como prueba, Perry.

—Este es el asunto —dijo Mason—. Cree usted que me ha atrapado en un error técnico porque no he denunciado un crimen basándome sólo en rumores, y entonces salta y viola todas las leyes del código relativas a registros sin darle la menor importancia.

—Bueno, nosotros trabajamos en interés de la justicia —dijo Tragg.

—¿Y cómo sabe que yo no? —preguntó Mason.

—Bien, esto es un asunto que me gustaría discutir con usted —dijo—. Veamos: esta joven parece mostrarse muy reticente sobre el motivo por el que le dio un cheque de cinco dólares y sobre el lugar en que ha estado durante esta última hora.

Mason dijo:

—¿No quiere sentarse?

Tragg se volvió hacia Gwynn Elston y le dijo, no sin cierta amabilidad:

—Será mejor que se siente usted, señorita. Nosotros nos quedaremos de pie.

—¿A qué viene esta visita, teniente? —inquirió Mason.

Tragg dijo:

—Esto es lo malo de ustedes, las personas extraordinariamente inteligentes. Es usted una especie de genio, Perry, y todas sus ideas son brillantes y sensacionales; pero no toma en consideración el trabajo lento y rutinario.

»Tomemos por ejemplo a esta joven. Tan pronto como nos ha telefoneado para hablarnos del crimen, hemos adoptado unas precauciones rutinarias. Hemos telefoneado a la compañía de taxis que tiene una parada frente al edificio y le hemos pedido que radiara órdenes para que cualquier taxi que hubiera embarcado pasaje frente a este edificio durante los últimos quince minutos, lo comunicara telefónicamente. Después hemos llamado a los dos aparcamientos que hay en el sector a fin de pedirles que entretuviesen a cualquier persona que hubiese dejado su coche allí durante la última hora, especialmente si parecía tener prisa.

»Desde luego, esta técnica no resulta demasiado buena respecto a las relaciones públicas. Hemos tenido que verificar la identidad de dos personas que habían cogido sendos taxis ahí enfrente. Y me temo que un pobre diablo habrá perdido el avión. Amenaza con denunciar a la ciudad, a la policía, al jefe y a la compañía de taxis, pero hemos comprobado su identidad. Hemos tratado de hacerlo de la manera menos incómoda posible; lo malo es que iba con el tiempo justo para alcanzar el avión.

»Había también una docena de personas retenidas en los dos

aparcamientos que protestaban a voz en grito. Pero hemos acudido y hemos solucionado la situación con bastante rapidez hasta llegar a esta joven.

»El relato de esta joven no ha sido muy convincente. Es una mala embustera. Supongo que es una buena chica y no tiene práctica en soltar enredos. Después de haber examinado su permiso de conducir, registrado su automóvil y empezado a hacerle preguntas, de repente ha dicho que no contestaría ninguna más hasta que hubiese visto a su abogado. Entonces, como había abierto el bolso para enseñarnos su permiso de conducir, hemos echado una ojeada al talonario y hemos encontrado esa matriz con fecha de ayer, indicativa de que había hecho un pago de cinco dólares a Perry Mason.

»Bueno, después de meditar sobre el asunto, hemos decidido que tal vez sea esta joven la que le ha hablado del hallazgo del cadáver de Frankline Gillett en la finca de George Belding Baxter, y es lógico que hayamos querido averiguar cómo se ha enterado de ello.

—¿Y se lo han preguntado? —inquirió Mason.

—En efecto, pero nos ha contestado que antes quería hablar con usted.

—¿Y usted cree que un anticipo de cinco dólares es suficiente para pagar mis servicios en un caso de asesinato? —preguntó Mason.

—En absoluto —dijo Tragg, sonriendo—. Ese cheque es de ayer. Ella le consultó acerca de algún asunto sin importancia y hoy ese asuntillo se ha convertido en un asesinato.

Mason miró a Gwynn Elston. Los ojos de la mujer mostraban una elocuente súplica.

Casi imperceptiblemente, el abogado meneó la cabeza.

—Bueno —dijo Tragg—, ¿qué me contesta?

—Miss Elston es cliente mía —dijo Mason—. Deseo hablar a solas con ella.

—Me parece que de momento no va a ser posible —dijo el teniente Tragg—. Aún no se la ha acusado de nada, pero la hemos interrogado y estoy seguro de que el fiscal también querrá hacerlo. Me parece que Hamilton Burger, el fiscal, se enfadaría mucho si yo le permitiera que conversara a solas con ella.

—Entonces, ¿está detenida?

—Está detenida en cierto modo —contestó Tragg—. Escuche, Perry, no queremos cometer ninguna injusticia en este caso. He aquí a una mujer joven y atractiva que se niega a contestar nuestras preguntas. Reconozca que esto constituye un acto sospechoso.

—Esto es lo que ocurre por querer colaborar con la policía —dijo Mason—. Si hubiera esperado media hora y después le hubiera telefoneado…

—Entonces habría estado ocultando una prueba —le interrumpió Tragg—. ¡Oh!, desde luego es usted muy listo, Perry. Sabe moverse. Puede aconsejar a su cliente para que haga cualquier cosa que sirva para proteger sus derechos constitucionales, pero por lo que a usted respecta, como abogado, al comunicársele que se había cometido un asesinato, su deber era dar parte inmediatamente a la policía. Como no quería faltar a la ley, nos ha llamado por teléfono y al mismo tiempo ha hecho que se marchara de su despacho miss Elston.

»Es lo que le decía hace un rato, Perry. Ustedes las personas muy listas menosprecian a veces la eficacia de la rutina policíaca.

Mason se encaró con Gwynn Elston.

—Miss Elston —dijo—, como consejero legal suyo le recomiendo que no conteste ninguna pregunta de la clase que sea, que no haga ninguna declaración hasta que haya tenido tiempo de examinar bien el asunto… Y deseo decirle que ya lo estoy haciendo. Espero que dentro de unas pocas horas me habré enterado de muchas más cosas.

»El teniente Tragg adoptará una actitud paternal hacia usted. La policía le dirá que desde luego no desea cometer ninguna injusticia y que si es usted inocente, procurarán evitar que su nombre aparezca en los periódicos. Le dirán que si puede justificar sus movimientos durante las últimas veinticuatro horas, estarán encantados de soltarla. Lo intentarán todo para conseguir que hable.

»Pero usted calle. No diga ni una palabra. Manténgase firme. Declare que yo hablaré en su nombre.

—Bueno —dijo Tragg, suspirando—, esto es todo lo que queríamos saber, Perry. Sólo queríamos asegurarnos de que ésta era la cliente que le había contado lo del crimen. Me parece que deberá usted acompañarnos, miss Elston.

Gwynn dijo:

—Mr. Mason, ¿puedo…?

—No puede —la interrumpió el teniente Tragg—. Queda usted detenida como sospechosa de asesinato en primer grado.

—Y recuerde que en todo momento tiene usted derecho a los consejos de un abogado, miss Elston —dijo Mason.

—Una vez se confirme su detención —observó Tragg—. De momento, nos la llevamos a jefatura para interrogarla.

—Acuérdese —dijo Mason a Gwynn—. No conteste nada. Pregunten lo que pregunten no conteste. Ni siquiera las cuestiones más inocuas. No les diga dónde vive. No les diga nada.

Mason pronunció con énfasis sutil la frase relativa al lugar donde vivía.

El teniente Tragg abrió la puerta e hizo un ademán al detective.

—Bueno, Jim —dijo—, vamos a llevárnosla. Lamento hacer esto a una joven atractiva, pero si no facilita nuestra investigación, tal vez la tengamos bastante tiempo detenida.

Mason dijo:

—No les dé ni siquiera la hora, miss Elston. Sus derechos constitucionales han sido violados. Han registrado su bolso sin motivo plausible.

Tragg sonrió a Mason por encima del hombro y dijo:

—Ahora ya tenemos el motivo plausible, Perry —y salió al pasillo.

Mason esperó hasta que el trío se hubo alejado de sus oficinas y después dijo a Della Street:

—Baja y coge mi coche, Della. Pon en marcha el motor, quédate en el aparcamiento durante diez minutos justos, entonces sal y condúcelo hasta la entrada del edificio.

—Y si no puedo encontrar un sitio donde estacionarme…

—No necesitarás hacerlo —dijo Mason—. Te esperaré en la acera. Tú conduce y yo subiré en marcha.

—¿A la residencia de Felting Grimes? —preguntó Della Street.

—Exactamente —dijo Mason—. Es el único sitio en el que llevamos ventaja a la policía. Y no nos conviene perder esta ventaja.

—Pero, ¿no averiguarán esto también?

—Oh, claro está que lo averiguaran —dijo Mason—. Nuestra única esperanza es que obtengamos allí otra pista que nos permita

seguir un poco delante de ellos… Bueno Della, consulta tu reloj; recuerda que dentro de diez minutos tienes que estar ante la puerta principal del edificio.

# Capítulo 7

Della Street detuvo el automóvil frente a la residencia de los Grimes, en el 367 de Mandala Drive.

—Nada de notas —dijo Perry Mason sosteniendo la puerta abierta.

Della salió de detrás del volante, se deslizó por el asiento, mostrando a su jefe el espectáculo de sus hermosas piernas y bajó a la acera, donde se alisó la falda.

—Muy bien, jefe, vamos.

Atravesaron la acera.

Della Street preguntó en voz baja.

—¿Qué piensas decirle?

—No lo sé —contestó Mason—. Iré con precaución. Veremos lo que sucede.

Mason apretó el timbre.

Nell Grimes acudió a la puerta.

—Buenos días —dijo Mason—. Me llamo Mason y soy abogado. Le presento a miss Della Street, mi secretaria. Desearíamos charlar un rato con usted, si no tiene inconveniente.

—¡Perry Mason! —exclamó ella, abriendo mucho los ojos.

—Esto es —contestó el abogado.

—¡Qué maravilloso! He leído mucho sobre usted en los diarios y su rostro me resulta familiar. Pasen, por favor.

Les condujo hacia la salita de estar.

Mason dijo:

—Tendré que hacerle varias preguntas y me temo que deberá usted confiar sólo en mi palabra.

—Empiece cuando guste —contestó ella—. Pregúnteme lo que quiera. Estaré encantada de ayudarle.

—Las preguntas se relacionan con Gwynn Elston —dijo Mason.

Mrs. Grimes dio un respingo de sorpresa.

—¡Gwynn! Pero, ¿cómo es posible…? ¿Qué ha hecho ella?

Mason contestó:

—Tengo entendido que miss Elston ha estado viviendo con usted.

—Sí. Tiene su habitación y se desayuna aquí. A veces la invitamos a cenar. Pero el acuerdo financiero se refiere a la habitación y al desayuno.

—¿Se dedica a vender libros?

—Sí.

—¿Sabe dónde estuvo anoche?

—Anoche —dijo Nell Grimes, escogiendo con cuidado sus palabras—, realizó cierta misión llena de misterio.

—¿Le dijo algo sobre su encuentro con un detective?

—Me habló de que un policía la había hecho detener y le había entregado su revólver a fin de que pudiera protegerse en caso de que él… se propasase.

—¿Creyó usted su relato?

—Desde luego que no.

—¿Es amiga de miss Elston?

—Hace años que nos conocemos. Es mi mejor amiga.

—¿Le había mentido alguna vez?

—Sí, en alguna ocasión había eludido la verdad. Y yo he hecho lo mismo con ella, pero esto… Bueno, esta vez es distinto.

—¿Le enseñó el revolver?

—Sí.

—¿Abrió el cilindro para que pudiese ver el interior?

—Sí.

—¿Observó algo anormal en ello?

—Cielos, Mr. Mason, no sé lo suficiente sobre armas para distinguir lo normal de lo anormal. Gwynn sabe algo más, pero yo lo desconozco todo sobre ella, excepto lo que Gwynn me contó.

—¿Qué le contó?

—Dijo que en el tambor había un cartucho vacío. Yo observé que uno de los cartuchos tenía en el centro esa pequeña concavidad que, según creo, significa que la bala ha sido disparada. Y eso es todo lo que sé, aparte del relato de Gwynn sobre que alguien le dio el revólver para que se protegiera, marchándose después sin

recuperar el arma.

—¿Y no creyó usted sus palabras?

Nell Grimes meneó la cabeza.

—Lo siento, pero no quiero mentirle a usted, Mr. Mason. No creí sus palabras.

—¿Se le ocurrió que alguien pudo haber cometido un crimen con el revólver y, sabiendo lo peligroso que era, quiso deshacerse de él?

Ella meditó por un momento y después dijo:

—No, no se me había ocurrido. Para ser completamente sincera con usted, Mr. Mason, saqué la impresión de que Gwynn se había visto metida en un enredo y había ideado esta historia del policía contándomela a mí para ver si colaba o no.

—¿Le indicó usted su incredulidad?

—Claro que sí. Me conoce lo bastante para saber que yo no iba a tragarme eso ni por un segundo.

—Entonces, ¿sabe dónde pudo haber obtenido el revólver?

Ella meneó la cabeza.

—¿No sabe dónde está ahora el revólver?

—Gwynn se lo ha llevado.

—¿Sabe dónde se encuentra Gwynn en este momento?

—No. No he tenido noticias suyas desde que se ha marchado esta mañana. Ha habido una llamada para ella… Una mujer con voz atractiva que no ha querido dejarme su número.

—¿Está en casa su esposo?

—No. Está de viaje. A veces permanece ausente dos o tres semanas seguidas. Felt, mi marido se llama Felting, pero solemos llamarle Felt, está ausente muy a menudo. Se marchó ayer en viaje de negocios. Me dijo que no regresaría hasta dentro de una semana.

—¿Viaja mucho?

—Sí.

—¿Por avión?

—La mayoría de las veces, sí. No obstante, tiene su coche y yo tengo el mío.

—¿Dónde está ahora el coche de su marido? —preguntó Mason.

—Supongo que en el aparcamiento del aeropuerto. Se marchó ayer por la mañana. ¿Por qué me hace todas estas preguntas?

—Trato de averiguar todo lo posible sobre Gwynn Elston.

—¿Qué tiene que ver con ello mi marido?

—En apariencia, nada.

—Hay algo, Mr. Mason… No sé si debería decírselo…

—¿Qué es?

—Bueno… Ayer ella cogió del botiquín unas tabletas de estricnina. Dios sabe para qué las querría.

—¿Guarda estricnina en un botiquín?

—Sí. No tenemos niños. Me pareció que había ratones en la cocina y envenené unos pedacitos de carne.

—¿Gwynn lo sabía?

—Sí.

—¿Cuándo cogió esas tabletas?

—Ayer mañana. Por lo menos fue entonces cuando las encontré en la habitación de ella.

—¿Dónde?

—Sobre el *buró*.

—¿Le hizo alguna pregunta?

—No. Me limité a guardarlas en su sitio. Pensaba preguntárselo, pero se me fue de la cabeza. Ella se ha estado portando un poco… bueno… un poco anormal. Me ha mentido. Estoy casi convencida de que ella y mi marido tienen algún lío… Al fin y al cabo, si es así, no se les puede reprochar. Ella es atractiva y algo exhibicionista. Le gustan los sueters ceñidos y las faldas cortas y a veces anda por ahí medio desnuda, y desde luego, Felt se fija en esas cosas, como todos los hombres.

Mason dijo:

—Escuche Mrs. Grimes, voy a mostrarle parte de mi juego. Gwynn se encuentra en un apuro.

—¿Qué clase de apuro?

Mason contestó:

—Aún no sé lo grave que es. La policía la está interrogando. Quiero que me ayude usted.

—Pero, ¿qué puedo hacer? Diré la verdad. No pienso mentir… ¿No puede decirme algo más, Mr. Mason? ¿Y por qué la policía?

Mason dijo:

—Deseo obtener el máximo de detalles posibles sobre lo que ocurrió anoche, cualquier información directa o indirecta. Y eso antes de que la policía venga.

—¿La policía vendrá aquí?

—La policía vendrá aquí —repitió Mason—. Y la interrogarán. Puede llegar en cualquier momento.

—¿Qué desea que haga?

—Quiero que se marche de aquí —dijo Mason.

—¿Que huya?

—No es eso. Sólo quiero que coja su coche y empiece a dar vueltas por ahí. Yo le acompañaré y así podremos charlar. Mi secretara nos seguirá en el mío.

—¿Y a dónde iremos?

—Nos limitaremos a andar por ahí a fin de poder hablar sin ser interrumpidos.

Repentinamente ella adoptó una decisión.

—Está bien, Mr. Mason. Haré lo que sea por Gwynn. Incluso mentiré. No cometeré perjurio ante un tribunal, pero aparte de eso, haré lo que sea. Si cree usted que así la ayudaré, cuente conmigo.

Mason se puso inmediatamente en pie.

—Vámonos —dijo—. En cualquier momento puede presentarse un coche de la policía.

Mrs. Grimes les indicó el camino hasta el garaje. Quedaba en la parte posterior. Masón abrió la puerta del mismo. Nell Grimes se puso al volante de su automóvil. Se subió la falda para tener libertad de movimientos, pisó el acelerador un par de veces, dio vuelta a la llave de contacto, quitó el freno de mano y dijo:

—Retorceré hasta la calle. ¿Su secretaria nos seguirá?

—Irá pegada a nosotros.

—¿En qué dirección quiere que vayamos?

—En la que le parezca. Adonde no haya mucho tránsito y podamos hablar.

Nell Grimes sacó el auto del garaje, lo condujo hasta la calle y emprendió la marcha Mandala Drive abajo.

Della Street les siguió a una treintena de metros de distancia.

—¿Qué desea usted saber en especial, Mr. Mason?

El abogado respondió:

—Quisiera que me contara todo lo posible acerca de los negocios de su marido.

—En esto no podré serle de ninguna ayuda. Lo único que sé es que mi marido tiene varios negocios y que nunca me habla de

ellos… Pero sigo sin ver la relación que puede tener esto con Gwynn.

—¿Hacen una declaración de impuesto conjunta?

—En realidad, no. Felt hace la suya. Yo no la firmo, ni la veo, ni sé nada de ella.

Mason frunció el ceño.

—¿No es esto extraño?

—Usted lo sabrá mejor que yo —dijo ella—. Es abogado. Este es mi primer matrimonio.

—¿Conoce a George Belding Baxter? —preguntó Mason.

—Baxter… Baxter —dijo ella—. He oído el nombre… George Belding Baxter. Me suena, pero no creo conocerle, no.

—¿Sabe si su marido le conoce o tiene negocios con él?

—No, no lo sé.

—¿Sabe cómo se llama esa familia a la que miss Elston visitó anoche?

—Gillett. Viven en Tribly Way, cerca de Vista del Mesa. ¿No se lo ha contado Gwynn?

—Desdichadamente, las cosas han ocurrido tan rápidamente que…

—Mr. Mason, quiero saberlo. No quiero andar a ciegas así. Quiero saber de qué se trata. Me temo que mi marido haya estado cortejándola y… Oiga, no les habrán sorprendido juntos en un hotel o algo por el estilo, ¿verdad?

Mason dijo:

—Si ha estado pensando en algo así, ¿por qué no le ha pedido a Gwynn que se marche?

—No, de ningún modo. He pensado que Felting debe ver a muchas chicas atractivas y… Esa no es manera de retener a un marido, Mr. Mason. No es posible apartar de su camino *todas* las tentaciones.

—Pero no necesita usted tener una ante sus propias narices —dijo Mason.

—Bueno… Oh, no lo sé. Tal vez Gwynn pueda coquetear con él, pero nunca me lo robará.

—¿Mira su esposo a las demás mujeres?

—Mr. Mason, una puede confiar en que un hombre no traicione su amor, pero un hombre es esencialmente egoísta y, si alguna

muchacha lista empieza a mirarlo con ojos de cordero degollado, él se figura que es un conquistador.

Bruscamente, ella adelantó la mano y puso en marcha la radio.

—¿Por qué? —preguntó Mason señalando la radio.

Ella dijo:

—A esta hora, hay un noticiario local. Siempre lo escucho. Es mi programa favorito… Voy a decirle algo, Mr. Mason, pero le sacaré los ojos si lo repite a alguien. Sé que en la vida de Felt hay otra mujer, aunque ignoro quién es. Hasta hace poco, el pensamiento de que pudiera tratarse de Gwynn no había cruzado por mi mente.

—¿Cómo sabe eso? —preguntó Mason.

—Hay una docena de detalles, de insignificancias… y algunas de ellas… Bueno, no voy a comentarlas con usted Mr. Mason, pero sé que hay otra mujer. La ha habido desde hace algún tiempo.

El locutor dio un anuncio comercial, después comentó brevemente el tiempo y pasó a las noticias.

«Hace poco rato, el cadáver de un hombre identificado de momento como Frankline Gillett, ha sido hallado en la magnífica finca de George Belding Baxter, el conocido millonario. El cuerpo yacía boca arriba entre unos arbustos próximos al camino de coches. Le habían disparado en el corazón una bala de calibre 38, y la policía calcula la hora de la muerte entre las nueve y las doce de la noche.

»Aunque el hombre llevaba un permiso de conducir y papeles de identidad demostrativos de que era Frankline Gillett y que vivía en Tribly Way, cerca de Vista del Mesa, la policía acaba de descubrir un automóvil detenido junto a la piscina de la finca de Baxter. El automóvil está registrado a nombre de Felting Grimes, de Mandala Drive, y en el compartimiento para guantes la policía ha encontrado una cartera de cuero con documentos de identidad y permiso de conducir a nombre de Felting Grimes. Las huellas dactilares que hay en ambos permisos de conducción son idénticas, y la policía está ahora…».

El resto de las palabras del locutor quedó ahogado por el chirrido de los neumáticos cuando Nell Grimes frenó tan bruscamente que Mason estuvo a punto de estrellarse contra el parabrisas. El auto resbaló hasta quedar pegado al bordillo.

Mason miró hacia atrás con atención y vio que Della Street

esquivaba con justeza la parte posterior del automóvil.

Nell Grimes miró a Mason con ojos abiertos, sorprendidos. Su mandíbula parecía haber perdido toda la fuerza. Sus manos soltaron el volante.

Luego, de repente, exclamó:

—¡De modo que es eso! ¡Ha matado a mi marido! ¿Me oye, Perry Mason? Ha matado a mi marido y usted trata de engañarme para que me ponga de su parte.

La voz de Mrs. Grimes se elevó con acentos de histerismo.

—¡Esto es lo que ha hecho! ¡Ha matado a mi marido! ¡Márchese de aquí, Perry Mason! ¡No se atreva a volverme a hablar! Sé lo que ha ocurrido… Yo… Esa mala pécora tenía el revólver. Lo había planeado así. Probablemente ha creído que me protegía… ¡Salga de este auto! ¡Salga, salga!

Mason dijo:

—Espere un momento, Mrs. Grimes. Cálmese un poco y escuche lo que voy a contarle.

Ella giró sobre sí misma, sacó las piernas de debajo del volante y empezó a lanzar patadas al abogado.

—¡Salga, salga! —chilló—. ¡Baje de este auto! ¡Le golpearé, le arañaré! ¡Le mataré! Trataba de hacer que traicionara a mi propio marido. ¡Salga!

Mason vio los altos tacones que le amenazaban el rostro. Paró un par de patadas, hasta que, abriendo apresuradamente la puerta del coche, saltó a la acera.

—Mrs. Grimes —dijo—. Está usted histérica. Llega a conclusiones apresuradas. Si quisiera calmarse por un momento…

Ella volvió a adoptar su posición normal, apretó el acelerador y puso el auto en movimiento, dejando a Mason plantado.

Della Street detuvo su coche ante el abogado y preguntó:

—¿Puedo llevarte a algún sitio?

Mason se quedó contemplando un momento el vehículo que se alejaba.

—Bonitas piernas —dijo Della—. ¿O no te has fijado?

—Sólo he tenido tiempo para vigilar esos tacones —dijo Mason.

—Aseguraría que no es la primera vez que se ha defendido de esa manera —dijo Della Street—. Desde luego, ha actuado con gran rapidez y pericia. Ha sacrificado el recato, pero ha utilizado dos

armas muy dañinas. ¿Qué le has dicho?

—No es lo que yo le haya dicho —contestó Mason—. Ha sido lo que ha dicho el locutor por la radio. La policía cree tener pruebas de que Frankline Gillett y Felting Grimes son una misma persona.

—¿Y qué? —preguntó Della.

—Pues que Mrs. Grimes ha pensado que yo trataba de engañarla para conseguir que ayudara a la persona que había asesinado a su marido.

—¿Ha llegado a la conclusión de que Gwynn es culpable?

—Había llegado a muchas conclusiones, incluso antes de que llegáramos nosotros —dijo Mason.

—No hubieses debido permitir que te atacara con los pies —dijo Della—. Esos tacones eran muy peligrosos. Hubiese podido sacarte un ojo o desgarrarte el rostro… Ojalá hubiese tenido mi cámara fotográfica. Hubiese constituido un reportaje magnífico… Bueno, ¿qué hacemos ahora?

Mason se instaló en el auto junto a Della y dijo:

—Vamos a acercarnos a la finca de George Belding Baxter y echar una ojeada.

—¿Estará allí Paul Drake?

—Paul Drake estará allí. Pero supongo que el teniente Tragg habrá dado órdenes para que no se le permita acercarse a la escena del crimen a fin de que no tenga ni la menor probabilidad de descubrir algo útil.

# Capítulo 8

Una docena de automóviles estaban aparcados en la carretera, junto a la entrada de la finca de George Belding Baxter.

Mason encontró a Paul Drake recostado en la verja de hierro forjado, fumando un cigarrillo.

—¿Dónde está todo el mundo? —preguntó Mason.

—Los periodistas han entrado con un pase —dijo Drake—. Muchas otras personas también. Nosotros no.

—¿Qué nos detiene?

Drake señaló al policía que había junto a la puerta.

—Ese.

Mason dijo:

—Vamos.

El abogado, Della Street y Paul Drake se acercaron al policía.

—Deseo entrar —manifestó Mason.

—¿Tiene un pase, una tarjeta de prensa, algo?

—Tengo mi documento profesional —dijo Mason—. Soy Perry Mason, abogado. Represento a Gwynn Elston, a quien se interroga en relación con este asesinato.

El policía dijo:

—Consiga un pase y le dejaré entrar.

—¿Dónde puedo conseguirlo?

—Depende. Unos pases están firmados por el teniente Tragg, de Homicidios, otros por la oficina del *Sheriff*. También se puede entrar con un carnet de prensa. Mejor dicho, no puede entrar en la casa pero sí en la finca.

—Muy bien —dijo Mason—. ¿Hay manera de comunicar con la casa?

—¿A qué se refiere?

—¿Está dentro el teniente Tragg?

—No estoy autorizado a dar información sobre el teniente Tragg.

—Desearía ponerme en contacto con él.

—Lo mismo le sucede a mucha gente.

—¿No dispone de ninguna comunicación telefónica?

—No llevamos con nosotros aparatos portátiles, si se refiere a eso.

—¿Ves lo que quiero decir? —preguntó Drake—. Somos el público. Somos unos parias.

—Ya veo —dijo Mason.

El abogado sacó del bolsillo una pitillera de plata, la abrió y la alargó al agente.

—¿Quiere fumar? —preguntó.

El policía meneó la cabeza.

Mason la ofreció a Della Street, quien dijo:

—No, gracias.

Drake cogió un cigarrillo.

Mason sacó un encendedor, lo alargó a Drake, encendió su cigarrillo, cerró la pitillera y, con indiferencia, la lanzó por encima de la verja a los arbustos del otro lado.

—Eh, ¿qué diablos está haciendo? —preguntó el policía.

Mason dijo:

—¿Qué sucede, agente?

—No puede echar cosas ahí dentro.

—¿Lo prohíbe alguna ley?

—Claro está que sí. No se puede echar basura en la propiedad ajena.

—Vamos, vamos —dijo Mason—. Eso no es basura. Es una pitillera muy valiosa. Ahora, fíjese en esto. Es un encendedor de elevado precio.

Y el abogado lanzó el objeto en pos de la pitillera.

—Bueno, Paul —dijo—, me parece que aquí no nos queda nada por hacer.

—Eh, espere un momento —ordenó el guardia—. ¿Cuál es la idea? ¿Qué se propone hacer?

—Nada —dijo Mason—. Ya lo he hecho.

—No puede sembrar pruebas.

—¿Pruebas de qué?

—No lo sé —dijo el policía.

—De eso estoy seguro —contestó Mason.

El agente se acercó a un coche policía aparcado junto a la puerta; por la parte interior, comunicó con jefatura; se llevó un micrófono a los labios y habló durante un rato, tras de lo cual escuchó lo que aparentemente eran instrucciones.

Por fin el policía colgó el aparato, salió del auto y acercóse a Perry Mason mirándole con aire belicoso.

—¿Ha dicho que se llama Mason y que es abogado?

—En efecto —dijo Mason.

El abogado se desperezó, bostezó, inspiró profundamente el humo del cigarrillo, hizo un guiño disimulado a Drake y dijo:

—Bueno, vámonos, Paul.

—No puede marcharse —dijo el policía.

—¿Cómo? —exclamó Mason—. ¿Quiere decir que no tengo libertad para marcharme?

—Espérese un minuto.

—¿Va a permitirme entrar?

—No.

—En tal caso, no me queda nada que hacer aquí. Me voy.

—Le he dicho que espere. El teniente Tragg quiere hablar con usted.

—Cuando he manifestado mi deseo de hablar con él, usted me ha contestado que a mucha gente le ocurría lo mismo. Ahora me dice que él quiere hablarme. Para su información, muchas personas quieren hablar conmigo.

—Bueno, amigo, tómeselo con calma. Usted ha tirado pruebas ahí dentro.

—¿Pruebas de qué?

—Bueno, ha estado tirando cosas por encima de la verja.

—En cuanto a eso, lo reconozco, y me gustaría tener la oportunidad de recuperar esos objetos personales.

El policía miró con ansiedad hacia el interior de la finca.

Un momento después, el teniente Tragg, acompañado por un detective de paisano, asomó por el camino cubierto de grava.

—Bien, bien —dijo—. Parece que tenemos aquí a toda la colección: Miss Street, Perry Mason y Paul Drake.

Tragg se encaró con el policía.

—¿Qué sucede, agente?

—Este individuo —dijo el aludido, señalando a Mason—, ha sacado una pitillera del bolsillo, ha invitado a fumar y luego la ha tirado a esos arbustos por encima de la verja. Luego, cuando le he dicho que no puede hacerlo, ha cogido un encendedor y ha hecho la misma operación.

Tragg semicerró los ojos.

—¿Le ha estado observando todo el rato que ha permanecido aquí?

—Sí, señor.

—¿Y esos objetos son lo único que ha tirado?

—En efecto.

—¿Y él? —preguntó Tragg, señalando a Paul Drake.

—Lleva ya una hora por aquí.

—¿Qué ha hecho?

—Oh, únicamente dar vueltas.

—¿Ha permanecido junto a esta verja?

—Estaba recostado contra ella, fumando y…

Tragg dijo con rabia:

—Fumando y colocando pruebas. Él ha sido quien lo ha hecho… Bueno, averigüemos qué es todo este lío. La acción de Mason no ha sido más que una añagaza. Usted no hubiese tenido que permitir que Paul Drake permaneciera junto a la verja.

—Pero usted me ha dicho que no dejara entrar a nadie. Y él estaba fuera.

—Utilice la cabeza —dijo Tragg—. Cualquiera puede recostarse a la verja y, mientras usted está distraído, meter la mano entre los barrotes y tirar cualquier cosa entre los arbustos.

—¿Tirar qué? —preguntó el policía.

—¡Cómo diablos voy a saberlo! Pero lo averiguaré. Echemos una ojeada. Veamos, ¿hacia dónde ha tirado Mason la pitillera y el encendedor?

—Ahí enfrente. Hace un momento he visto cómo la luz se reflejaba en uno de los objetos. Si se desplaza un poco, podrá verlo… Mire, allí está. ¿Ve el reflejo?

Tragg dijo al detective de paisano:

—Bueno, Dick, entre y yo le guiaré desde aquí. Una vez dentro, obsérvelo todo bien.

Tragg se quedó mirando pensativamente a Mason.

El agente de guardia dijo:

—Un poco más a la derecha… un poco más lejos… Así; ahora un poquito a la derecha. Ahí lo tiene. Está encima.

El detective gritó:

—Tengo el encendedor, teniente.

—La pitillera ha caído un poco más lejos y un poco más a la derecha —contestó el agente—. La he observado cuando ha caído al suelo. Ha dado en la rama de un arbusto y ha rebotado. Está…

—Ya la veo —gritó el hombre—. Voy a cogerla…

—Bueno, ¿qué más hay? —preguntó Tragg, cuando el detective enmudeció de repente.

—Aquí hay un revólver, teniente.

—Me lo figuraba —dijo el teniente. Tragg—. Este es el motivo de tanta pantomima. Paul Drake ha tirado el revólver y Mason quería estar seguro de que lo encontrábamos.

—Esto es formular una acusación bastante grave contra un detective particular de reputación intachable —dijo Mason.

Tragg meditó por un momento y después dijo:

—Está bien, está bien, sólo pensaba en voz alta. No me dirigía a nadie en particular. Olvídenlo, amigos. Meta un lápiz por el cañón del revólver, Dick, y tráigalo. Echémosle una mirada.

El detective salió de entre los arbustos con un revólver de calibre 38 que sostenía con un lápiz que había introducido en el cañón.

—Vaya, ¡qué le parece! —exclamó el teniente Tragg, cogiendo el lápiz y examinando cuidadosamente el revólver—. Bueno, llevémoslo al laboratorio, a ver qué podemos descubrir. Tal vez encontremos algo que lo relacione con la persona que lo ha dejado ahí.

—¿Y la pitillera y el encendedor? —preguntó Mason—. ¿Me los devuelve?

Tragg le sonrió:

—No se los devuelvo —dijo—. Por lo menos, de momento. Y cuando los recupere, tendrán mis iniciales grabadas… Ha de comprender, Perry, que se han convertido en pruebas del caso.

—Pero entretanto —preguntó Mason—, ¿qué he de hacer para fumar?

—Un paquete corriente de cigarrillos nos da muy buen resultado

a los policías —dijo el teniente Tragg—, y una caja de cerillas realizará muy bien su misión. Ahora, agente, colocaremos una cuerda entre esas dos puertas a fin de que nadie pueda acercarse a la verja.

—¿Cierra el establo después de que le han robado el caballo? —preguntó Mason.

—Sólo quiero impedir que la gente deje pistas falsas —dijo el teniente Tragg—. No queremos encontrarnos con exceso de pruebas.

—Eso es verdad —contestó Mason—. Entretanto, mejor sería que lo registrase todo bien, por si hay otra pitillera y algún otro encendedor.

—Y otro revólver —dijo Tragg, pensativamente—. A veces, Mason, nuestros pensamientos coinciden de manera notable. Dick, consiga una cuerda para proteger todo el sector. Agente, impida que cualquiera se acerque a esta verja. No nos interesa tener más conflictos.

—Esta es nuestra despedida, Della. Ha llegado el momento de retirarse —dijo Mason.

—A veces capta usted maravillosamente las indirectas, Mason. Quisiera saber por qué estaba tan ansioso de que encontráramos ese revólver y también cómo sabía usted que el arma estaba aquí.

Mason se volvió hacia Drake y dijo:

—Esto es lo que ocurre cuando se es oficial de policía, Paul. Uno se vuelve cínico y escéptico. Echo una pitillera a las aguas y sale un revólver.

—Desde luego, usted nos ha colocado esas pruebas —dijo Tragg—, pero aún no podemos valorarlas y saber lo que significan exactamente.

—Cuando encuentre el otro revólver —dijo Mason—, tal vez haya conseguido algo importante.

—Le diré una cosa —prometió Tragg—. Vamos a seguir la pista de este revólver desde que salió de la fábrica hasta que ha sido tirado aquí y si tiene alguna relación con usted tendrá noticias nuestras.

—¿Es ilegal tirar un arma en una propiedad particular?

—Es ilegal falsificar pruebas —dijo Tragg.

—Vamos, vamos, teniente, será mejor que lea otra vez el Código Penal. ¿Qué hay de falso en ello y por qué es una prueba?

Tragg señaló con el pulgar el automóvil aparcado allí cerca.

—Mejor será que se vaya —dijo—. Aquí nos les queda nada que hacer.

Mason se volvió hacia Della Street.

—En vista de la situación, Della, será mejor que vayamos a comprar cigarrillos. Ven, Paul, te invito a comer.

# Capítulo 9

Poco después de las cuatro de la tarde, habiendo regresado Mason y Della Street al despacho del abogado, se presentó Paul Drake con una serie de noticias.

Mason, que había estado paseando impacientemente por el despacho, se detuvo cuando Paul Drake sacó unos papeles de la carpeta diciendo:

—Bueno, Perry, tratamos de mantenernos delante de la policía, pero resulta difícil.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Mason—. A estas horas ya nos habrán alcanzado.

—No, todavía no —dijo Drake—. He conseguido algo.

—Adelante —dijo Mason—, ¿de qué se trata?

—Quería averiguar cuál era el verdadero nombre de la víctima, si Gillett o Grimes, así es que he hecho algo que la policía, por lo visto, no ha considerado necesario. He buscado las partidas de nacimiento de Felting Grimes y de Frankline Gillett. No hay ninguna a nombre de Felting Grimes, pero sí de Frankline Gillett. Bueno, voy a omitir todas las cosas secundarias para referirme a las importantes, pues parte de ello parece muy importante y tal vez quieras actuar sin pérdida de tiempo.

—Prosigue —dijo Mason.

—El padre de Frankline Gillett era Gorman Gillett. Creo que su padre huyó cuando él era un muchacho. La madre presentó demanda de divorcio, basándose en abandono del hogar, y después murió. Nadie parece saber lo que fue de Gorman Gillett, es decir, lo respectivo a los documentos del divorcio.

»Y ahora viene algo interesante, Perry. Gorman es un nombre poco frecuente. Yo he hecho algunas comprobaciones y, por descontado, tengo una serie de agentes que se ocupan del caso.

»Uno de esos agentes tiene un chalet de montaña en Pine Haven. Se trata de una población montañosa cercana al distrito de Walker Pass. Dice que allí había un individuo llamado Gorman Gillett que vivía como recluido. El…

—¿Vivía? —interrumpió Mason.

—En efecto —dijo Drake—. Mi agente ha puesto una conferencia telefónica y se ha enterado de que el individuo murió hace tres días. Las autoridades de allí no han podido encontrar ningún pariente, y el encargado de las pompas fúnebres se ha hecho cargo del cadáver con la esperanza de que comparezca alguien a pagar el funeral.

«Ahora bien, Gorman es un nombre poco corriente; existe la posibilidad… La edad parece correcta y se diría que todo concuerda.

Mason se quedó pensativo, como asimilando la noticia.

—¿Le conocía bien tu agente, Paul?

—No muy bien. El individuo era todo un personaje. Últimamente estaba hecho una ruina. Iba vestido con andrajos, no se afeitaba ni cortaba el cabello durante largos períodos y nadie sabía exactamente de qué vivía.

—¿Y no tenía parientes?

—No.

—¿Qué más has averiguado?

—Una serie de detalles rutinarios. Tengo una fotografía de Frankline Gillett.

—¿Y Mrs. Grimes?

—Oh, así que se ha separado de ti, ha ido al encuentro de la policía y les ha contado que tratabas de convencerla para que se ocultara y… En fin, entre unas y otras cosas, creo que tu nombre no tardará en aparecer en la prensa, Perry.

—¿Tienes copia de los permisos de conducción?

—Sí. Frankline Gillett medía un metro setenta y ocho, tenía treinta y dos años, cabello oscuro y ojos castaños, y pesaba ochenta y tres kilos. Un periodista me ha facilitado una copia de su fotografía, pero dentro de un par de horas aparecerá también en la prensa.

—¿Qué hay del automóvil con un neumático pinchado que había junto a la puerta de la finca de George Belding Baxter?

—No había ninguno —dijo Drake—. Mejor será que desde ahora aceptes este hecho.

—¿Y pues?

—No ha existido tal auto.

—Tiene que haberlo habido —insistió Mason.

Drake meneó la cabeza.

—En todo caso, no con un neumático pinchado.

—¿Cómo lo sabes?

—Ante todo, tenemos el resultado negativo de nuestras indagaciones. Hemos preguntado en todos los garajes, en todos los clubs automovilísticos, en todas las estaciones de servicio que hay en el sector. Nadie ha enviado un auto-grúa o de reparaciones a ese sitio. He hecho que mis hombres investigaran en la estación de servicio que me indicaste, y no hay duda de que una joven cuya descripción corresponde a la de tu cliente, estuvo allí anoche hacia las nueve y media. El individuo recuerda la hora porque a las diez terminaba el servicio y eso ocurrió una media hora antes.

»La mujer conducía el coche. El hombre se apeó, hizo alguna pregunta, se dirigió hacia la parte posterior de la estación de servicio y, en apariencia, se desvaneció.

—¿Descripción del hombre?

—Aquí la tengo. Estatura uno setenta o uno setenta y tres, unos veinticinco años, peso alrededor de los setenta y ocho kilos. Tenía cabello muy oscuro y rizado, pero el empleado de la estación de servicio no ha podido describirnos el color de sus ojos. Llevaba un traje castaño oscuro.

»Y ahora, fíjate bien en la hora, Perry. La hemos fijado con bastante exactitud en las nueve y media. A las diez, el guardián de la finca de George Belding Baxter cerró la cancela y la aseguró con una cadena. A aquella hora no había ningún auto detenido junto a la puerta.

—¿Quién es ese guardián? —preguntó Mason.

—Un individuo llamado Corley L. Ketchum. Tiene una casita en la parte posterior de la finca y se encarga de que la cancela se abra a las siete de la mañana y se cierre a las diez de la noche.

—¿Quién cuida de la casa? —preguntó Mason—. Porque no permitirán que cualquiera entre paseando hasta ella, ¿verdad?

—No. Cuando George Belding Baxter está allí, tiene un par de

sirvientes que llegan a las ocho de la mañana y se van a las cinco de la tarde. Además, hay una cocinera que llega a mediodía y trabaja hasta las ocho de la noche, y un ama de llaves que vive en el sector reservado para la servidumbre. El ama de llaves debe permanecer allí casi continuamente, pero hoy es su día libre y ha explicado a la policía que George Belding Baxter la había autorizado para marcharse la noche antes. Se fue hacia las nueve.

—¿Y Baxter? —preguntó Mason—. ¿Dónde está?

—Baxter había ido a San Francisco en viaje de negocios. Regresaba en coche. Llegó hasta Bakersfield, se detuvo en un hotel, pasó la noche allí y ha llegado esta mañana. Ha ido directamente a su despacho. La primera noticia que ha tenido de que algo había ocurrido en su finca, ha sido cuando la policía le ha ido a ver a este mismo despacho.

—¿Ha visto fotografías del cadáver? —dijo Mason.

—Ha visto el propio cadáver —contestó Drake—. Dice que el hombre le es completamente desconocido. Mañana coge el avión hacia Honolulú. Ha ordenado a sus empleados que presten la máxima colaboración a la policía, y tengo entendido que ha entregado las llaves al teniente Tragg.

»La policía se siente ahora bastante segura de que Gwynn Elston sabía que Frankline Gillett y Felting Grimes era una misma persona, por lo menos desde que vio una fotografía de Frankline Gillett durante su visita al apartamento de éste.

»La policía opina que Grimes la alcanzó después de su visita a Mrs. Gillett, que la chica subió al auto con él, que probablemente lo acusó de bígamo, lo que debió dar lugar a una escena violenta. Entonces ella le apuntó con un revólver, le obligó a dirigirse a la finca de George Belding Baxter y allí le mató…

—¿Y cómo regresó luego a su casa? —preguntó Mason.

—Anduvo hasta donde había dejado su coche —dijo Drake—. En todo caso, ésta es la teoría de la policía; ella aparcó su automóvil en algún sitio, Grimes la alcanzó, ella subió en el auto de él y le obligó a conducir hasta la finca de Baxter. Allí tuvo lugar el asesinato. Entonces tu cliente echó el cadáver al suelo, aparcó el coche de Grimes y regresó andando hasta donde había dejado el suyo. Todo esto tuvo que hacerse antes de que se cerraran las puertas de la finca de Baxter.

—¿Y qué hay del hombre, que estaba con ella en la estación de servicio, Paul?

—Era su amigo, un cómplice. Tan pronto como la policía le localice, tendrán un caso que no ofrecerá resquicios.

—Ya lo creo que los ofrecerá —dijo Mason—. No podrán evitarlo.

—No te engañes —dijo Drake—. Y si no, fíjate como van atando todos los cabos.

Mason se quedó pensativo por un momento. Después dijo:

—Creo que es una vergüenza que mi primo Gorman Gillett, no tenga un entierro decente. Siento mucho que haya muerto, Paul. Creo que tengo que encargarme de que le hagan unos funerales adecuados.

El rostro de Drake mostró preocupación.

—Eh, espera un momento, Perry. No te metas en esa trampa.

—¿Por qué?

—Es ilegal. No puedes… No te atreverás a afirmar que ese hombre era pariente tuyo.

—No existe ninguna ley que lo impida —dijo Mason—. Ciertamente, puedo hacerme cargo de los gastos del entierro.

—Pero no puedes decirles que eres un pariente y reclamar el cuerpo.

—¿Quién quiere el cuerpo? —preguntó Mason—. Vayamos a echarle una ojeada.

—Es tiempo perdido —dijo Drake—. Le llevas cierta delantera a la policía porque sabes dónde está el padre de Gillett, pero Frankline le había perdido la pista desde hacía muchos años; en realidad, desde que era un niño.

—¿Cómo lo sabes?

—Bueno, esto es lo que él había contado a todos.

—Gillett contaba muchas cosas —dijo Mason—. Contaba a su mujer que se marchaba en viaje de negocios y en realidad se limitaba a trasladarse a casa de Felting Grimes. Luego, cuando se cansaba de estar allí, contaba a Nell Grimes que se marchaba de viaje y regresaba junto a los encantos de Mrs. Gillett… Pobre viejo Gorman; desde luego, tiene derecho a un entierro decente, y tengo la impresión de que si esta noche permanezco en un sitio donde la policía no pueda freírme a preguntas, todo esto habré ganado.

Drake dijo:

—Esta será una de las pocas ocasiones en que me alegrará permanecer en mi oficina trabajando sobre el asunto, tomándome el café frío y los bocadillos correosos que suele enviarme ese cochambroso restaurante de allí abajo.

Mason se volvió hacia Della Street.

—¿Quieres dar un paseo, Della?

—Me encantaría.

—Coge una libreta y lápices —dijo Mason. Y al cabo de un rato añadió—: Será mejor que utilices un carmín tan vivo como sea posible. Bueno, en marcha. Es probable que en Pine Haven a las ocho ya todo el mundo esté en su casa… ¿Qué ha averiguado la policía sobre el revólver, Paul?

—Sea lo que sea lo averiguado, se lo han guardado para ellos. Aunque no hay duda de que están investigando. Supongo que habrán averiguado algo de interés que de momento no quieren que se sepa… Oye, Perry; supongamos que Gorman Gillett fuese el padre de Frankline Gillett… ¿Y qué?

—En tal caso —dijo Mason—, tendrás que reconocer que la mortalidad de esa familia se ha acentuado mucho de repente. Si dos miembros de la familia fallecen en un periodo de veinticuatro a treinta y seis horas, tendrás que admitir que es una coincidencia bastante curiosa.

—Caramba, Perry, no había pensado en ello mirándolo desde ese ángulo —dijo Drake.

—Tal vez no sea un ángulo —dijo Mason—. Puede ser una curva. —Volvióse e hizo un ademán a Della—. Vamos, Della no perdamos más tiempo.

# Capítulo 10

Pine Haven estaba lo suficiente elevada como para disfrutar de una atmósfera pura en tanto que las tierras bajas quedaban cubiertas por una bruma pegajosa. Las estrellas refulgían en un cielo límpido, mientras los elevados pinos y abetos alzaban sus negras siluetas hacia el firmamento.

Una luz de color iluminaba la entrada de las Pompas Fúnebres Bolton. En la parte delantera había una capillita y un despacho, y entre ambos, un edificio enorme y destartalado que en tiempos pasados debió ser una lujosa residencia.

Una estación de gasolina y un puesto de helados estaban abiertos. El colmado de la esquina estaba cerrado. Unos cuantos espectadores salieron del cinematógrafo. Aparte de estos signos de vida, la pequeña población montañosa ofrecía un aspecto desierto.

Mason detuvo el coche ante las Pompas Fúnebres Bolton. Se dirigió hacia el despacho en cuya puerta se leía en letras doradas: ayudante del forense y administrador público.

Mason apretó el timbre.

A los pocos segundos abrió la puerta un individuo de aspecto caprichoso. Rondaba la sesentena, llevaba gafas con montura de acero y tenía el cabello tieso, el bigote grisáceo y caído y los hombros encorvados.

—Estoy buscando a Mr. Bolton —dijo Mason.

—Pues ya lo ha encontrado.

Mason alargó la mano.

—Me llamo Mason —dijo—. Le presento a miss Street. Tengo entendido que tiene aquí un cadáver y que no se ha presentado ningún pariente a reclamarlo.

—¿Gorman Gillett? —preguntó Bolton.

—Eso es.

—¿Es usted pariente suyo?

—No lo sé. Existe la posibilidad. Sin embargo, para ser perfectamente sincero he de decirle que se trata de una posibilidad bastante remota. No obstante, he venido a ver el cadáver. Si es el hombre que creo, y no se presenta ningún pariente más, quisiera por lo menos encargarme de los gastos del entierro.

Bolton miró a Mason por encima de sus gafas.

—Bueno, ¡esto está muy bien! —exclamó—. Pase.

El interior olía a incienso, a flores y a líquido de embalsamar.

—Estaba trabajando en mis libros —explicó Bolton—, y me disponía a marcharme. Por las noches refresca bastante y no he encendido la calefacción central, de modo que tal vez noten algo de frío. Y ahora, Mr. Mason, dígame: ¿Tiene alguna idea preconcebida?

—Quisiera algo sencillo y poco costoso, pero no exactamente barato.

—¿Querrá llevarse el cadáver?

—Preferiría no hacerlo —dijo Mason—. Mi único objetivo es realizar la aportación económica suficiente para que se le pueda hacer un entierro modesto, pero decente.

—Bueno, eso está muy bien —dijo Bolton—. ¿Quiere que le enseñe los modelos de ataúdes?

Mason contestó:

—Prefiero dejar esto en sus manos. Sin embargo, el único indicio que tengo, de momento, es un nombre. ¿No podría ver el cadáver?

—Desde luego —dijo Bolton—. Ahora bien, tal vez el espectáculo no resulte agradable, Mr. Mason, no creo que a esta señorita le agrade. No es como cuando tenemos parientes, un bonito ataúd y todo muy bien arreglado en el gran salón. En realidad, aquí las cosas están bastante descuidadas. Hace cuatro días que no ha habido ningún entierro y, ya se sabe… Tendría que… ¿Me hacen el favor de esperar un par de minutos? Después ya podrán entrar.

—Desde luego —dijo Mason.

Bolton se levantó y se deslizó por la puerta.

Mason dijo:

—Quédate aquí, Della. Le diré que tú le extenderás el cheque. Llegaremos hasta unos trescientos cincuenta… Dame ese carmín de color vivo que traes.

—¿Qué te propones? —preguntó Della Street.

—No lo sé. Tendrás que seguir mis indicaciones.

Ella dijo:

—Cobraste un anticipo de cinco dólares para ocuparte de un caso. Has contraído deudas superiores a doscientos cincuenta con la agencia de detectives Drake, y ahora vienes y te juegas trescientos cincuenta en un funeral para un cadáver desconocido.

—Resulta excitante, ¿verdad?

—Es un desastre completo desde el punto de vista comercial —contestó ella.

—¿Qué opina el Departamento de Impuestos sobre la práctica de la abogacía con pérdidas?

—La consideran con bastante escepticismo. Los gastos deben ser ordinarios, necesarios y creo que razonables.

—Las monedas se hicieron redondas para que pudieran circular con facilidad. ¿Has pensado alguna vez, Della, en que si cobro un dólar y lo pago a Paul Drake y Drake lo entrega a su patrona y ésta paga con él al tendero, ese dólar realiza un trabajo importantísimo en la economía nacional? En tanto que si me meto el dólar en el bolsillo y no lo suelto…

Della Street le interrumpió:

—Si alguna vez te metes un dólar en el bolsillo y no lo sueltas, te haré un agujero en los pantalones. De modo que puedas seguir gastando como hasta ahora. Será mejor para tus pantalones y tu anatomía.

—Gracias —dijo Mason—. Sólo quería que te dieses cuenta de mi contribución a la economía nacional.

—Por lo que veo, virtualmente la sostienes tú solo.

Se abrió la puerta y compareció Bolton.

—¿Desea echarle una ojeada, Mr. Mason? —preguntó—. Por aquí.

Bolton indicó un pasillo y se detuvo ante una puerta en la que había escrito: salón de reposo.

El salón estaba iluminado con suaves luces rosadas. La atmósfera era densa y perfumada y una música suave surgía de unos altavoces ocultos.

Bolton sonrió a Mason en son de disculpa.

—No he hecho más que poner en marcha el gramófono —dijo—. No lo le he dado el volumen adecuado… El aparato está frío y

cuando se calienta se oye mejor.

»No he tenido tiempo para trasladarle al salón de reposo. Está en el sitio que reservo para los casos oficiales. Pero supongo que no le importará.

—En absoluto —dijo Mason—. Sólo deseo verlo.

Bolton se dirigió hacia una losa de mármol y levantó una sábana.

—Este es el viejo Gorman Gillett —dijo—. Tenía algo de filósofo… Desde luego, lo he adecentado un poco y lo he afeitado. Era un tipo peculiar: siempre estaba dispuesto a hablar de filosofía y de cosas así… Tenía una cabaña por ahí cerca en la que guardaba toda clase de chatarra. Que yo sepa, nunca trabajó en nada productivo. Por otra parte, supongo que nunca gastó mucho dinero. De vez en cuando compraba un saco de harina, y cuando llegaba la temporada de caza salía, atrapaba un venado y lo convertía en tasajo. Siempre parecía tener reserva de tasajo. Un venado le duraba todo el año.

Y Bolton cerró lentamente el ojo derecho, guiñándolo maliciosamente.

Mason quedóse contemplando el cadáver, sereno ya con la tranquilidad de la muerte.

—¿Es el hombre que buscaba? —preguntó Bolton.

Mason asintió con lentitud.

—No puedo estar seguro, desde luego, pero estoy dispuesto a arriesgarme… ¿Qué clase de funeral podría obtener por trescientos cincuenta dólares?

—Por esa suma podríamos hacerle algo muy bonito, Mr. Mason. Muy bonito. Incluiría un sacerdote, un cantante, un transporte hasta el cementerio para usted y para miss Street.

Mason permaneció contemplando el cadáver.

—¿Le importaría ir a preguntar a miss Street si ha traído su talonario de cheques? —dijo—. Si lo ha traído, pídale que le extienda un cheque por trescientos cincuenta dólares.

—Desde luego —dijo Bolton—. Ahora mismo voy.

Bolton se dirigió con pasos apresurados hacia la puerta, como un niño asustado en busca de refugio.

Tan pronto como se hubo cerrado la puerta, Mason sacó el carmín retiró la sábana, cogió una mano del cadáver, le frotó con el

carmín las puntas de los dedos y después apretó éstos contra un pedazo doblado de papel que sacó del bolsillo.

Terminada esta operación con la mano derecha, la repitió con la izquierda, asegurándose de que obtenía huellas identificables y prestando especial atención a los pulgares, que oprimió con cuidado contra el papel.

Después de lanzar una ojeada hacia la puerta, sacó otro papel del bolsillo, obtuvo otra colección de huellas y después de limpiar los dedos del cadáver con un pañuelo, volvió a cubrirlo con la sábana.

Seguidamente, Mason se dirigió hacia la puerta que comunicaba con el despacho.

Della Street, en un esfuerzo evidente por dar a Mason el máximo de tiempo, dijo:

—Lo siento, me he equivocado al extender el cheque y he tenido que romperlo y empezar de nuevo.

—No importa —dijo Mason—. Pon una nota en la matriz.

—Ya lo he hecho.

Della Street alargó el cheque a Bolton.

Bolton lo examinó, hizo ademán de guardárselo en un bolsillo, pero de repente volvió a mirarlo. Luego dijo:

—Usted es Perry Mason.

—En efecto.

—¿El abogado?

—Sí.

—Bueno, Mr. Mason, no sabía que ese hombre fuese pariente suyo.

—No he dicho que lo fuera —contestó Mason—. He dicho que podría ser pariente mío.

—Bueno, ahora que lo ha visto, ¿qué opina?

Mason dijo:

—Le he dado un cheque, ¿no?

Bolton meditó por un momento, después dobló con lentitud el cheque y se lo guardó en un bolsillo.

—Siempre me ha gustado tratar con gente que resuelve los asuntos desde un punto de vista comercial —dijo—. ¿Qué quería en realidad, Mr. Mason?

—¿Dónde vivía Gillett? ¿Ha dicho que tenía una cabaña por

estos alrededores?

—En efecto, a unos tres kilómetros, una pequeña cabaña… ¿Le gustaría examinarla?

—Ya lo creo.

—He hecho que mi mujer fuera a arreglarla un poco —dijo Bolton—. Espere un momento, iré a decírselo y después le acompañaré.

—¿Tiene llave? —preguntó Mason.

—Claro. Soy administrador público y hasta ahora no se ha presentado ningún pariente.

—¿No tenía ningún capital? —preguntó Mason.

—Ni lo suficiente para pagarle el entierro —contestó Bolton—. Creo que le gustaría echar una ojeada por ahí, ¿verdad?

—Bueno —dijo Mason—, tengo muchas ganas de establecer la verdadera identidad del cadáver.

—Claro, claro —dijo Bolton—. Ha hecho usted una inversión de trescientos cincuenta dólares y quiere algo a cambio. No nací ayer, Mr. Mason, y no voy a morirme mañana. Le ruego que espere aquí un momento e iré a decirle a la costilla que se encargue de esto. No es que espere nada. Un individuo llamado Jones está bastante enfermo, pero creo que se curará. La vieja abuela Harper tampoco anda muy fina, pero resiste muy bien. Aunque hay una mujer en el sanatorio que puede morirse en cualquier momento… Le sorprendería saber qué ocasiones escoge la gente para morirse, Mr. Mason. Entre las dos y las tres de la madrugada, hay muchas posibilidades de recibir varias llamadas… Bueno, supongo que esto no le interesa. Quiere examinar esa cabaña. Muy bien, voy a decírselo a mi mujer y podremos marcharnos.

Bolton se encaminó de nuevo hacia la puerta y desapareció.

—¿Has conseguido lo que querías? —preguntó Della Street.

Mason le mostró las huellas dactilares.

—¿Qué demuestran? —preguntó ella.

—No tengo ni la menor idea.

—¿Crees que la policía llegará hasta aquí?

—La policía es obstinada y meticulosa, paciente y lista. Pero hay muchas probabilidades de que le llevemos una buena delantera con respecto a Gorman Gillett.

—¿Y cómo esperas averiguar lo que quieres saber?

—Vamos a exprimir a fondo las fuentes locales de información —dijo Mason.

—¿Te refieres a Bolton?

—Me refiero a Bolton.

Se abrió la puerta. Bolton entró forcejeando para ponerse el abrigo y balanceando una llave unida a una cadena, que a su vez iba sujeta a un círculo de metal en el que había grabado un número.

—En realidad, no he hecho aún el inventario —dijo Bolton—. Sólo he echado una ojeada. Pero vengan ustedes conmigo y veremos si encontramos algo que les convenza de quién era en realidad ese individuo.

—Podemos ir en el coche —dijo Mason—. Lo tengo a punto ahí delante.

—Estupendo —contestó Bolton—. Baje por la calle principal hasta la cuarta travesía y entonces tuerza a la derecha… Tendremos que subir una pendiente bastante resbaladiza. Últimamente ha llovido un poco y los caminos no están muy seguros. ¿No se pondrá nerviosa miss Street?

—Miss Street no es nerviosa —repuso Mason con sequedad.

—Bueno, estupendo. Algunas mujeres lo son.

Bolton se dirigió hacia el asiento posterior. Mason dijo:

—Nos podemos sentar los tres delante. Será mejor. Encenderé la calefacción y estaremos muy a gusto.

Della Street subió al coche con movimiento gracioso, situándose en el centro del asiento delantero.

Bolton se colocó a su lado y la miró por encima de sus gafas con montura de acero, dando evidentes muestras de aprobación.

Mason puso el motor en marcha, condujo calle abajo hasta la cuarta travesía y entonces preguntó a Bolton:

—¿Doblo a la derecha por aquí?

—Eso es. Tuerza a la derecha, atraviese el puente y después empezaremos a trepar. No trate de comerse el terreno y todo irá bien. Limítese a mantener las ruedas en movimiento y tómelo con calma.

—Gracias —dijo Mason.

El coche avanzó por un camino fangoso, cruzó un puente de madera y después empezó a trepar lenta y seguramente.

Al cabo de un minuto, Bolton lanzó un suspiro mientras se

recostaba en el asiento.

—Veo que ya ha conducido otras veces por caminos montañosos, Mr. Mason. Me he referido a miss Street, pero en realidad soy yo quien me pongo nervioso cuando he de ir por estos caminos con un conductor de la ciudad.

—¿Se siente ahora bien?

—Estupendamente. Veo que ha conducido usted mucho por terreno montañoso.

—¿Cómo murió Gillett? —preguntó Mason—. ¿Cuál fue la causa de la muerte?

—Oclusión coronaria, según el certificado del doctor.

—¿Conoce al médico que le atendió?

—Claro, claro —dijo Bolton—. Es el viejo doctor Carver… Ewald P. Carver.

Volvió la cabeza hacia un lado con un brusco movimiento que le hizo parecerse a un pájaro, miró a Della Street, después a Mason y continuó:

—Desde luego, Mr. Mason, puesto que es usted un cliente que paga, tratamos de complacerle. ¿Entiende lo que queremos decir con el médico que le atendió?

—El que atendió al difunto en el momento de la muerte, ¿no? —preguntó Mason.

—Bueno, en realidad no hemos de apurar la cosa tanto —dijo Bolton—. Ha de saber que aquí las investigaciones resultan muy complicadas, y las palabras «el médico que le atendió» pueden significar muchas cosas. Por ejemplo, si usted va a ver a un doctor, o éste le visita, y tiene usted una enfermedad del corazón y él lo medica, y después va usted y se muere, no es necesario abrirle en canal y revolverle todas las entrañas. Lo que además resulta una molestia enorme para nosotros. No sabe lo difícil que es embalsamar un cuerpo al que se ha hecho la autopsia.

»Algunos forenses son bastante cuidadosos. Te dejan algo con que trabajar, pero otros entran a saco, cortan arterias por aquí y por allá y después el embalsamiento resulta dificilísimo.

—En plan confidencial —dijo Mason—, ¿cuánto tiempo antes de la muerte vio a Gillett el doctor Carver?

—Oh, tal vez veinticuatro horas.

—¿Y le trató su lesión cardíaca?

—Bueno, pregunta usted mucho —dijo Bolton—. En realidad, Carver debió ver a Gillett en la calle, tal vez en Correos o en algún otro lugar por el estilo. Le vio, se fijó en él y… se sorprendería usted si supiese lo mucho que puede adivinar un médico con solo mirar a un individuo y ver lo que hace.

—Entiendo —dijo Mason—. ¿De modo que el doctor Carver vio a Gillett en Correos y comprendió que probablemente moriría dentro de veinticuatro horas de una oclusión coronaria?

—Bueno, ésta es una manera de plantear el asunto —dijo Bolton —. ¿Quiere que sea planteado así?

—Sólo quisiera que se planteara de acuerdo con la realidad — contestó Mason.

—¿Quiere la verdad desnuda?

—Eso es.

—¿Sin aderezos?

—Sin aderezos.

—Bueno —dijo Bolton—, usted es un cliente de pago, Mr. Mason. Tiene usted derecho a que se le atienda. He aquí lo que ocurrió en realidad. Gillett tenía un amigo llamado Ezra Honcutt, y él y Ezra andaban por ahí, merodeando un poco… Ezra no me ha explicado lo que buscaban, pero tengo la impresión de que había salido en busca de algún venado.

»El caso es que Ezra subió a la cabaña para desayunar con Gorman. Al parecer Gorman no se había levantado. No había signo de actividad en la casa, ni fuego, ni olor a café, ni nada. De modo que Ezra entró, tal como se suele hacer por aquí, y encontró a Gorman tendido en la cama. Entonces Ezra le dijo unas cuantas cosas acerca de la pereza, hasta que viendo que Gorman no se movía, se le acercó, le pegó un golpe en las costillas y entonces notó que Gorman estaba muerto.

»Bueno, vino a buscarme y yo me llegué a la cabaña, examiné el asunto y… Bien, ya sabe lo que ocurre. Sabía que el viejo doctor le había visto por ahí, de modo que fui a su encuentro y le dije: «Doctor, convendría que fuera a echarle una mirada». Así es que el doctor fue, echó una mirada y dijo: «¿Todo está bien?». A lo que yo contesté: «A mí me parece que sí». Conque apartamos las mantas y le quitamos la ropa a Gorman. No vimos ninguna señal de balas ni nada por el estilo, de modo que el doctor dijo: «¿Oclusión

coronaria?». Y yo contesté: «Oclusión coronaria». De modo que dijo: «Muy bien, yo soy el médico que le ha atendido. Redactaré el certificado de defunción. Oclusión coronaria».

»De modo que me llevé a Gorman a la tienda. Bueno, éste es el resumen y la esencia del asunto. No es así como se lo cuento a los demás, pero usted es cliente de pago, Mr. Mason, y tiene derecho a esta información.

—Gracias —contestó el abogado—. Ese hombre, Gorman, no tenía parientes, pero ¿y amigos? Me refiero a algún amigo de fuera de la ciudad.

—Bueno, he estado pensando en esto —dijo Bolton—. Él no era muy sociable. Lo comprenderá cuando vea el lugar donde vivía.

»Aquí tenía dos o tres amigos con los que a veces salía a cazar, a pescar… bueno, ya sabe, a dar vueltas por ahí. Estamos en una región donde abundan los venados y no nos interesa gastarnos todo el dinero en la carnicería. Tratamos de cumplir con la ley, pero tampoco queremos ser unos primos.

—Entiendo —dijo Mason.

—El viejo Gorman tenía un par de viejos camaradas, de un carácter parecido al de él, pero últimamente, es decir, durante los dos últimos años, alguien venía a verle en coche de vez en cuando, un individuo bien parecido que nunca se detenía en la población ni saludaba a nadie. Se limitaba a cruzar el poblado dirigiéndose a la cabaña de Gorman Gillett, donde se quedaba un rato. Después volvía a subir en su coche y se largaba a toda prisa.

—¿Ha habido algún comentario sobre quién podía ser esa persona? —preguntó Mason.

—Claro que lo ha habido. En las poblaciones pequeñas a la gente le queda mucho tiempo para hablar. No es posible evitarlo. La gente habla de cualquier cosa que resulte nueva o desacostumbrada.

—¿Y dice que ese hombre venía de vez en cuando durante los dos últimos años?

—Bueno, tal vez no fuesen dos años justos, puede que haga algo más. Nadie sabe exactamente cuándo empezó a venir, porque al principio nadie se fijó. Pero al cabo de un tiempo la gente comenzó a fijarse en el coche que aparcaba frente a la cabaña de Gorman, y, una vez, el individuo cargó gasolina aquí.

El rostro de Mason mostró interés.

—¿Dónde fue eso?

—En la estación de servicio que hay en la esquina, un poco más abajo de mi establecimiento.

—¿Cree usted que utilizaba una tarjeta de crédito? —preguntó Mason—. En tal caso, sería posible conseguir el número de matrícula, o…

—No. Ya he pensado en esto —dijo Bolton—. Se me ocurrió cuando buscaba a alguien que pagara los gastos del entierro. Pero no había ninguna nota del número de matrícula.

»Ahora atraviese ese viaducto que se ve allí, tuerza a la izquierda y métase por un caminito que hay —prosiguió Bolton—. Vaya despacio… Es aquí. Tuerza a la izquierda.

Mason obedeció, ascendiendo lentamente por un camino bastante empinado.

—Me ha parecido entender que Gorman Gillett no tenía automóvil —dijo Mason.

—¿Automóvil? Diablo, si ni siquiera tenía cepillo para los dientes.

Los faros iluminaron una humilde cabaña.

—No sé si miss Street querrá entrar —dijo Bolton—. Gillett era más bien descuidado. Lo que verá ahí dentro no es la clase de vivienda a la que ella debe estar acostumbrada.

—Podrá soportarlo —dijo Mason—. Queremos examinar el lugar. ¿Qué sistema de iluminación hay? ¿Electricidad?

—Nada de electricidad. Él tenía una linterna de gasolina, y yo he traído cerillas —contesto Bolton.

Se apearon del auto y hollaron la mullida alfombra formada por las agujas de pino, Bolton indicó el camino hasta la puerta, metió la llave en la cerradura, le dio vuelta, entró, y encendió una cerilla.

—Será mejor que esperen hasta que consiga encender esa maldita linterna —dijo.

Della Street hizo una mueca ante el desagradable olor que surgía por la puerta.

—Será prudente que cojas un cigarrillo, Della —dijo Mason.

—Sí, Mason.

Mason sacó un paquete de cigarrillos del bolsillo.

—Noto a faltar mi pitillera de plata —dijo.

—¿Crees que la recuperaras algún día?

—Oh, desde luego —dijo Mason—, a su debido tiempo. Tragg le habrá arañado sus iniciales por todas partes. Será un buen recuerdo.

Mason acercó una cerilla al pitillo de su secretaria y después encendió el suyo. En el interior de la cabaña se oía a Bolton que accionaba la bomba de la linterna para darle presión. Después encendió una cerilla. La linterna de gasolina parpadeó un momento, después el parpadeo se convirtió en un sonido sibilante y el interior de la cabaña quedó iluminado por una brillante luz blanca.

—Entren, amigos —invitó Bolton.

La cabaña consistía en una sola habitación, en uno de cuyos extremos había una linterna, al otro una mesa, y una estufa entre ambos objetos.

En una estantería se veían varias latas de comida. Había un fregadero con dos grifos, uno para agua fría y otro para caliente, tres sillas y una caja de madera que había sido reforzada a fin de poderla utilizar tambien como silla. En los estantes abiertos había media docena de platos. Una caja de cigarros contenía unos cuantos cuchillos muy gastados, tenedores y unas cucharas deslucidas. En un estante situado encima de la estufa había una vieja cafetera y una tetera. Un barreño para lavar colgaba de un clavo que había en la pared.

—Vivía una vida muy sencilla —explicó Bolton.

—Ya lo veo —dijo Mason.

El abogado se acercó a un rincón del cuarto donde varias cajas habían sido clavadas juntas hasta formar una especie de receptáculo en el que había amontonadas varias docenas de viejas revistas.

—¿Algún documento? —preguntó Mason.

—Ninguno. Ni ningún escrito. Ni siquiera creo que tuviese una pluma con que escribir. En algún rincón tenía un pedacito de lápiz.

Las revistas estaban colocadas en las cajas sin ningún orden.

Mason acercó una silla y empezó a examinarlas.

—Antes tenía un amigo que se las traía de alguna tienda donde las compraba al peso —explicó Bolton.

Mason siguió hojeando el montón. Todas las revistas relataban el aspecto íntimo de crímenes ocurridos. Los asesinatos estaban a la orden del día.

Bolton, adivinaba los pensamientos de Mason, dijo:

—Era lo único que le interesaba. A mí me gustan las novelas de

detectives, a mi esposa los viajes. Esto es lo que ocurre. Cada uno tiene su gusto. A Gillett le gustaban los asesinatos.

Mason dijo:

—Aquí hay una que es diferente.

El abogado sacó un ejemplar del *Saturday Evening Post* con fecha de dos años y medio antes.

—En efecto —dijo Bolton—. Lo vi cuando subí a hacer el inventario. Es la única de estas características.

Mason pasó las páginas de la revista, se detuvo de repente, mas luego, al notar que los ojos de Bolton estaban fijos en él, siguió pasando páginas hasta el final y echó la revista a un lado.

—¿Qué más hay? —preguntó—. ¿Ha dicho que vivía principalmente de tasajo?

—En efecto.

—¿Con qué mataba los animales?

Bolton dijo:

—Muchos se han preguntado lo mismo.

—¿Tenía un rifle? —inquirió Mason.

Bolton contestó:

—Sí. Un rifle estupendo, que conservaba engrasado y reluciente. No se le veía ni una mota de herrumbre.

—¿Dónde está? —preguntó Mason.

—Me lo llevé al establecimiento, para tenerlo en lugar seguro —dijo Bolton—. Es un rifle muy bueno. Nunca se sabe lo que puede ocurrir… Había decidido que lo utilizaría para cobrarme los gastos del entierro, si no había otro remedio.

—Bueno —dijo Mason—, si no aparece ningún heredero, usted debería conservarlo, ¿verdad?

—¿Sabe, Mr. Mason? —dijo Bolton—. Es usted un abogado muy bueno. Piensa siempre lo más oportuno. Desde luego, tiene lo que se llama una mente legal. Apuesto a que podría comprarse una casita aquí y congeniar estupendamente con los que aquí vivimos.

—Es una idea interesante —dijo Mason—. Cuando disponga de algo más de tiempo, me gustará tener una casita en un sitio donde pueda pasar los fines de semana y las vacaciones.

—Esta es la mejor región del mundo —dijo Bolton—. La gente viene aquí con un pie en la tumba y vive años y más años… Maldita sea, ¡si lo sabré yo! No tiene idea de la de entierros que me pierdo…

¿Desea ver algo más de por aquí?

—No lo creo —dijo Mason—. Supongo que usted ya lo habrá examinado todo.

—En efecto. Cuando hay un cadáver y no aparece dinero para pagar el entierro, suelo examinarlo todo con mucho detenimiento.

—¿No tenía ningún dinero? —preguntó Mason.

—Unos diecisiete dólares en efectivo en esa vieja cafetera, y nada más.

—¿Ninguna carta, ninguna postal, nada que indicara que alguien le escribía o se interesaba por él?

—Nada en absoluto.

Mason dijo:

—Quisiera llegar hasta mi coche a fin de coger mi cartera antes de que nos marchemos. Hay algo que me gustaría enseñarle.

—Muy bien —dijo Bolton—, podríamos salir todos hasta el auto…

—No —le interrumpió Mason—. Esta linterna de gasolina da muy buena luz y tal vez nos haga falta.

—Iré a buscar la cartera —dijo Della Street. Y se apresuró a salir de la cabaña regresando al momento con la cartera de Mason.

—Ha dicho usted que un joven venía de vez en cuando a ver a Gorman Gillett —prosiguió Mason—. ¿Le había visto bien?

—¡Claro que le había visto!

—¿Cree que lo reconocería si volviera a verlo?

—Me parece que sí.

—¿Podría reconocer su fotografía?

—Bueno, esto es diferente. Depende mucho de la fotografía. He visto fotografías de personas que uno reconocía en el acto, mientras que las de otras, no. Tal vez sea por la persona, o tal vez por la fotografía. No lo sé.

Mason sacó de la cartera la fotografía de Frankline Gillett y se la alargó a Bolton.

Este la contempló pensativamente, después se acercó a la linterna de gasolina y la sostuvo de manera que la luz cayera directamente sobre ella.

—Es difícil de decir, porque aquí no hay color, y, en mi opinión, los colores tienen mucha importancia en la identificación. Pero, en fin, Mr. Mason, tengo la idea de que éste es el individuo.

—Bueno —dijo Mason—, quisiera estar seguro, pero…

—Oh, desde luego que se le parece —dijo Bolton—. Escuche: Hy Lovell está en la estación de servicio. No se marchará hasta las once y media. El vio muy bien al individuo, es bastante curioso, y después está Ezra Honcutt, el que descubrió el cadáver. Vive a menos de dos kilómetros de aquí, por este mismo camino.

—¿Podríamos visitarle? —preguntó Mason.

—Caramba, ahora ya estará durmiendo —dijo Bolton—, pero si desea verle, podemos ir.

—Deseo verle.

—Pues vamos —dijo Bolton.

Apagaron la linterna de gasolina. Bolton cerró la puerta de la cabaña y Mason siguió avanzando por el camino hasta la cabaña que le indicó Bolton.

Este dijo:

—Será mejor que vaya yo a despertarlo. La gente de por aquí recela bastante de los desconocidos, sobre todo cuando se presentan de noche.

Bolton se apeó del auto, avanzó unos pasos y, alzando la voz, llamó:

—¡Eh, Ezra!

Casi al instante, una voz seca y cascada surgió de la cabaña.

—¿Eres tú, Manny?

—Soy yo —dijo Bolton.

—¿Qué quieres?

—Hablar contigo.

—¿Quién te acompaña?

—Un hombre y una joven.

—¿Quiénes son?

—Gente de la ciudad.

—No quiero hablar.

—Con este individuo sí querrás. Es muy simpático. Y la mujer que le acompaña es estupenda.

—Voy ya en pijama —dijo Ezra.

—Bueno, pues ponte los pantalones encima —replicó Bolton—. Además suelta esa escopeta que empuñas y enciende la luz de la cabaña.

—¿Quién te ha dicho que tenía la escopeta?

Bolton lanzó un resoplido.

—No nací ayer, ni voy a morir mañana. Apuesto a que te has levantado del camastro y has cogido el arma antes de haber transcurrido medio segundo de nuestra aparición por la curva y de que nuestros faros iluminaron tu ventana. Bueno, déjate de desconfianzas, ponte la ropa y abre la puerta.

—Está bien, está bien —contestó la voz cascada—. Dame un poco de tiempo, ¿quieres?

Mason y Della Street permanecieron en el automóvil mientras Bolton aguardaba impaciente ante la cabaña, hasta que en su interior se encendió una luz. Entonces Bolton se acercó y empujó la puerta.

—Les llamaré dentro de un momento —dijo.

Bolton permaneció dentro de la cabaña durante cerca de un minuto, después se acercó a la puerta y dijo:

—Bueno ahora ya está decente: se ha puesto los pantalones.

Mason y Della Street se apearon del coche y entraron en la vivienda. También estaba formada por una sola pieza, pero algo más aseada que la de Gillett.

Ezra Honcutt resultó ser un individuo alto y de aspecto cadavérico, cubierto con un equipo completo de ropa interior de lana roja. La parte superior de la misma, que originalmente había sido de un color rojo cereza, se había descolorido con el uso hasta adquirir una tonalidad sucia. Los enormes pies de nudosos dedos estaban descalzos.

También había allí, en un extremo de la habitación, una litera cuyas mantas habían sido apartadas apresuradamente. En la cama no había sábanas; la almohada tenía por funda una toalla de dudoso color.

Junto a la cama se veía una escopeta, y, colgado de un tocón de madera que sobresalía de la pared, había un revólver y un cinturón lleno de cartuchos.

—Ahí tienen Ezra Honcutt —dijo Bolton—. Este es Perry Mason y la joven que va con él se llama Street.

Ezra Honcutt miró furtivamente a los visitantes. Tendría sesenta y tantos años, un cuerpo huesudo, un cuello largo y delgado, una nuez sobresaliente y un cabello espeso y descuidado.

Alargó una mano por encima de la mesa cogiendo la de Mason.

—Encantado de conocerle —dijo.

Miró a Della Street y se inclinó torpemente.

—Por ahí tengo una americana —dijo a Della Street—. No sabía que fuese usted tan guapa, si no me la habría puesto.

—No te preocupes —dijo Bolton—. Estás decente y con esto basta… Este hombre tiene una foto que quiere que mires.

—¿Qué clase de foto? —quiso saber Ezra Honcutt.

—La de un individuo —dijo Bolton.

—Está bien, la miraré.

Mason sacó la fotografía de su cartera y la entregó a Honcutt.

—¿Has visto alguna vez a este individuo, Ezra? —preguntó Bolton.

Ezra examinó la foto, después la devolvió lentamente, quedóse pensativo, sacó una pastilla de tabaco de un bolsillo, cortó un pedazo y se lo metió en la boca.

—¿Lo conoces? —preguntó Bolton.

—No estoy seguro.

—¿Qué te parece?

—Creo que sí.

—¿Quién es?

—El tipo que vino un par de veces a ver a Gorman.

—Es lo que me figuraba —dijo Bolton—. ¿Sabes cómo se llama?

—No.

—¿No llegaste a hablarle?

—No.

—Es todo lo que queríamos saber —dijo Bolton—. Nos vamos. Siento haberte sacado de la cama, pero este amigo tiene prisa. Ha de regresar ahora mismo a la ciudad.

Los claros ojos de Ezra examinaron el rostro de Mason.

Bolton se rio entre dientes.

—¿Qué sucede? —preguntó Ezra.

—¿Crees reconocerlo?

—Tiene algo que me resulta familiar —dijo Honcutt.

Bolton volvió a reír.

—Bueno, ¿no vas a decírmelo?

—¿Decirte qué?

—Lo que tiene de familiar.

—Si te lo he de decir yo, entonces no tiene nada de familiar.

—Está bien, pues no.
—Volverás a verle —dijo Bolton—. Bueno, adiós.
Ezra Honcutt le dirigió una mirada ofendida.
—¿No vas a decírmelo?
—No te voy a decir nada. Nos marchamos.
Ezra se levantó de su crujiente silla de madera y se irguió cuan alto era. Medía bastante más de un metro ochenta. Alargó un brazo huesudo y estrechó de nuevo la mano de Mason.
—Mucho gusto —dijo.
—El gusto ha sido mío —contestó Mason—. Muchas gracias por su ayuda.
Ezra Honcutt desvió la mirada hacia Della Street, pero en seguida la dirigió hacia el suelo.
—Buenas noches, señora —dijo.
—Buenas noches —dijo Della Street—. Me he alegrado mucho de conocerle y le doy las gracias por su ayuda.
La muchacha se adelantó impulsivamente, alargándole la mano.
La nuez de Honcutt subió y bajó por dos veces a lo largo del cuello antes de que su propietario pudiera decir:
—Gracias, señora, muchas gracias.
Por un momento, tocó la mano de ella, pero en seguida retiró la suya.
—Hasta la vista —dijo Bolton, y salió de la cabaña.
—¿Quiere hablar con Hy Lovell en la estación de servicio? —preguntó Bolton.
Mason asintió.
—Muy bien, vamos hacia allá.
Recorrieron el resbaladizo camino, esquivando los numerosos charcos de agua fangosa, hasta que llegaron a Pine Haven.
Mason metió el coche en la estación de servicio.
—Lléneme el depósito —dijo.
El joven miró con curiosidad a Mason, a Della Street con insistencia, y no contestó.
Bolton dijo:
—Hy, este hombre quiere hacerte un par de preguntas.
—Está bien.
—Quiere que examines una fotografía.
—Está bien.

Mason se apeó del coche y los otros le siguieron.

El abogado abrió la cartera, sacó la fotografía y se la mostró a Lovell.

—¿Has visto alguna vez a este tipo? —preguntó Bolton.

Lovell, con la manga de gasolina en una mano, no hizo ningún esfuerzo para coger la foto, pero se inclinó para examinarla. El examen duró cerca de cinco segundos. Después se enderezó y concentró su atención en el chorro de gasolina que fluía en el depósito del auto.

—¿Bueno? —preguntó Bolton.

—Sí —dijo Lovell.

—¿Dónde?

—Es el tipo que cargó gasolina aquí. El que visitó un par de veces a Gorman Gillett.

—Gracias —dijo Bolton.

Mason guardó la fotografía en su cartera. Lovell colocó el tapón del depósito, comprobó el nivel del agua y del aceite, limpió el parabrisas y dijo a Mason:

—Tres ochenta y cinco.

El abogado le alargó un billete de cinco dólares.

—No tengo tiempo para esperar el cambio. Tengo bastante prisa. Muchas gracias.

Mason subió al auto, Della Street se instaló en el centro del asiento delantero. Bolton se acomodó al lado.

Emprendieron la marcha.

—Bueno, supongo que es él —dijo Bolton.

—Eso parece.

—Puede dejarme frente a mi establecimiento.

Mason detuvo el automóvil ante las Pompas Fúnebres Bolton.

—Buenas noches —dijo Bolton.

—Muchísimas gracias —manifestó Mason.

—Soy yo quien ha de dárselas —replicó Bolton.

Mason dijo:

—No me ha preguntado quién es el joven de la fotografía.

—En efecto, no se lo he preguntado. He supuesto que si quería decírmelo, me lo diría, de lo contrario se callaría. Usted es un cliente de pago.

Mason dijo:

—Creo que mañana verá esta cara en los diarios. Confidencialmente, tengo motivos para suponer que era el hijo de Gorman Gillett, pero no quisiera que dijese nada acerca de ello hasta estar seguro.

Bolton meneó la cabeza.

—Si no desea que diga nada acerca de algo, no me lo cuente —dijo—. Si me lo explica, hablaré.

—Muy bien —contestó Mason, sonriendo—. Ya se lo he dicho.

—Pues hablaré. Por aquí, el que primero cuenta una cosa así es importante.

—Muy bien —dijo Mason—; pues mañana puede ser importante.

—¿Mañana? ¡Ni hablar! Ahora mismo regreso a la estación de servicio.

El empresario de pompas fúnebres les saludó con la mano cuando el coche se alejó por la carretera.

—¿Bueno? —preguntó Della Street.

—Desde luego, parece que la muerte no ha perdido el tiempo con la familia Gillett —dijo Mason.

—¿Supones que el nieto estará bien, Perry?

—No lo sé —dijo Mason. Y añadió—: Trataremos de averiguarlo.

—¿Por qué se lo has contado, Perry?

—¿Qué?

—Lo de que Frankline Gillett era el hijo de Gorman Gillett.

—Él ha sido sincero conmigo y he creído que debía corresponderle. Especialmente si tenemos en cuenta que reconocerá la fotografía cuando la vea en la prensa de la ciudad… Ya habrás observado que en su despacho la tenía.

—Está bien —dijo Della—, deja de hacerte el misterioso. ¿Qué había en el *Saturday Evening Post*?

—¿Qué te hace pensar que había algo?

—Lo has examinado, te has detenido, has apartado la vista, has observado que Bolton te estaba mirando, y después has seguido pasando páginas con aire tan indiferente que en seguida he comprendido que habías encontrado algo.

—¿Tan mal he disimulado? —preguntó Mason.

—Para mí, sí. ¿Qué artículo había?

—El artículo era sobre un hombre de negocios que ha hecho una fortuna comprando viejas casas de adobe, arreglándolas a fin de que

conserven la atmósfera antigua pero gozando de todas las comodidades modernas y vendiéndolas con enormes beneficios. Por si te interesa, su nombre es…

Della Street se puso a hablar, de modo que su voz se mezcló con la de Mason.

—George Belding Baxter —dijeron ambos al unísono.

Mason sonrió. Della Street lanzó una carcajada.

—Seguimos llevando cierta delantera a la policía —dijo Mason —. Ahora entregaremos a Paul Drake estas huellas dactilares, a ver qué descubre.

# Capítulo 11

Mason abrió la puerta de su despacho y echó sobre la mesa el diario matutino.

—Hola, Della. ¿Hace mucho que has llegado?

—Quince o veinte minutos.

—¿Tienes noticias de Paul Drake?

—Dice que tiene una cantidad enorme de material y que le llames tan pronto llegues.

—¿Cómo se encuentra?

—De muy mal humor. Se pasó en pie la mayor parte de la noche, ha tenido una indigestión de tanto beber café y dice que los bocadillos sabían a diablos. También dice que ha tomado tanto bicarbonato que se siente como un bizcocho.

—El bueno de Paul —dijo Mason—. Vuelve a la normalidad. Dile que estoy aquí, Della. Pídele que venga y veremos lo que tiene.

Della Street telefoneó a Paul y a los pocos segundos el detective golpeaba con su llamada característica la puerta del despacho de Mason.

Della Street abrió la puerta.

Drake fijó en el abogado sus ojos inyectados en sangre.

—Desde luego, has armado un jaleo de mil diablos en Pine Haven.

—¿Qué ha ocurrido?

—El teniente Tragg se ha presentado como un cohete.

—¿Tratando de encontrar una pista?

—Tratando de averiguar lo que habías ido a hacer.

Mason sonrió.

—Mientras pueda mantenerle ocupado siguiendo mis pasos, la cosa marcha. ¿Qué has conseguido con las huellas que te dejé anoche en tu oficina?

—¿A quién pertenecían? —preguntó Drake.

Mason meneó la cabeza.

—Malo, malo, Paul. No debes hacer preguntas cuyas respuestas podrían suponer un compromiso para ti en caso de conocerlas.

—Bueno, llamé a un experto en huellas dactilares, le hice que las clasificara y conseguí que un jefe de policía amigo telegrafiara al F. B. I. para obtener datos.

—¿Ha habido respuesta?

—Aún no, pero debe llegar en cualquier momento. Bueno, suponiendo que lo tengan en los registros… Dime, Perry, no serían esas huellas…

La voz de Drake se fue apagando hasta que guardó silencio.

—¿Sí? —dijo Mason.

—Creo que prefiero no saber la respuesta —contestó Drake—. Bueno, tengo algo más que te interesa saber. La policía ha seguido la pista del revólver. En realidad, les ha sido muy fácil. Fue comprado por George Belding Baxter y entregado a su ama de llaves hace unas dos semanas.

—¿Quién es el ama de llaves?

—Minnie Crowder.

—¿Y cuándo se cometió el crimen era su noche libre?

—Eso es.

—Bueno, ¿qué hizo ella con el revólver?

Drake dijo:

—Baxter le dio el arma hace unas dos semanas. Hace ocho o nueve días la perdió al caérsele del bolsillo. Temía decírselo a Baxter porque éste se había resistido a darle un arma asegurando que ella no llevaría cuidado y la perdería, que alguien la encontraría y cometería un crimen con ella, y como estaba registrada a su nombre…

—Está bien, ¿y qué ocurrió?

—Nadie lo sabe. El revólver se le cayó del bolsillo de su abrigo mientras ella daba un paseo y lo llevaba colgado del brazo.

—¿Se trata del arma del crimen?

—Sobre esto no han hecho ninguna declaración, pero hay cien probabilidades contra una, de que sí. George Belding Baxter ha declarado que sólo compró ese revólver y que se lo entregó al ama de llaves para su protección.

Mason dijo:

—Paul, quiero llevar rápidamente el caso ante la audiencia. Voy a repartir una serie de citaciones. Quiero que entregues una a George Belding Baxter para que comparezca como testigo de la defensa.

—No puedes hacer esto.

—¿Por qué?

—¡Por Dios, Perry, sé comprensivo! George Belding Baxter es un multimillonario que tiene negocios en todo el país y se dispone a salir hacia Honolulú.

—Cuando haya recibido mi citación, se quedará.

—Removerá cielo y tierra —advirtió Drake.

—Pon un hombre tras su pista —dijo Mason—. Quiero que desde ahora se le vigile a fin de que cuando llegue el momento de entregar la citación sepamos dónde está. Que él no se entere de que se le vigila, pero mantente informado de dónde podemos entregarle la citación. También quiero que se le entregue otra a Minnie Crowder, el ama de llaves. ¿Cómo se llama el portero de la finca?

—Corley Ketchum.

—Bueno —dijo Mason—, pues vamos a entregarles citaciones a todos ellos. ¿Qué teoría tiene la policía, Paul?

—Cualquiera lo sabe en este momento —dijo Drake—. Tenían la idea de que Gillett y Elston se habían reunido a fin de tener una explicación, que por algún motivo se metieron en la finca de Baxter y que ella le mató. Piensan que probablemente había alguien más con ella.

—Esa era la teoría original —dijo Mason—. ¿Siguen pensando lo mismo?

—No lo sé. Si Gwynn Elston les hubiera hecho un relato convincente, supongo que a estas horas la habrían soltado ya.

—Sólo para llevarla después ante el jurado —dijo Mason.

—Su rotunda negativa a contestar cualquier pregunta, la ha hecho impopular, Perry. Todo el mundo piensa que es culpable, pues de lo contrario no guardaría ese obstinado silencio.

—Me importa un comino lo que piense todo el mundo —dijo Mason—. Lo que cuenta es lo que opinará el jurado. ¿Sabes algo del hombre que aparcó el auto a las puertas de la finca de Baxter…?

Drake le interrumpió meneando la cabeza.

—Ya te he dicho, Perry, que no existe tal hombre. Había un hombre que acompañaba a Gwynn Elston cuando esta se detuvo en la estación de servicio. El hombre preguntó algo al encargado relacionado con la sala de descanso y después dio vuelta a la estación por el lado contrario. El encargado no trató de detenerlo. A veces la gente se confunde, pero siempre acaba por encontrar el sitio que busca; pero el caso es que ese individuo rodeó la estación y tan pronto como estuvo en una zona oscura se largó.

—Dejando a Gwynn Elston con un arma comprometedora —dijo Mason.

—Esto es lo que ella dice. ¿La crees, en vista de todas las otras pruebas?

—No lo sé.

—Bueno, pues si la crees, supongo que serás el único —contestó Drake.

—En tal caso, me corresponde cuidar el asunto de las relaciones públicas a fin de que ciertas personas la crean también.

—¿Qué personas?

—Los posibles miembros del jurado.

—¿Cómo te propones conseguirlo?

—Tú facilítame hechos, Paul, que yo aderezaré con ellos una teoría y tal vez podamos conseguir algo.

—Lleva cuidado de no quemarte los dedos.

—Recordaré tu advertencia.

—Yo voy a llevar mucho cuidado con los míos.

—Bueno —dijo Mason—, empieza a trabajar. Pon a tus hombres tras la pista de Baxter para que en cualquier momento sepamos dónde está…

El timbre del teléfono interrumpió al abogado.

Della Street descolgó el aparato e hizo un ademán a Paul.

—Es de tu despacho, Paul.

Drake se puso a la escucha:

—¿Diga…? Sí… Repítamelo… Bueno, ¿qué nombre es? Della, ¿quieres escribirlo? Deletreémelo… Oh, diablo, ya estamos enterados de eso —dijo Drake.

Permaneció silencioso por un momento y después dijo:

—¿Estás seguro? Bueno, esto es curioso. ¿Quién era el otro…? ¿Collington Halsey?

»¿Se escribe H-a-l-s-e-y? Bien… ¿Cómo es el nombre de pila…? ¿C-o-l-l-i-n-g-t-o-n? ¿Collington…? Bien.

»¿Y dónde fue eso…? ¿Cuándo…? Está bien. Sí, ya lo he entendido… Adiós.

Drake colgó el teléfono y dijo a Mason:

—Esas huellas eran de Gorman Gillett. Cumplió condena en Fort Madison, Iowa, por robo a mano armada. Siete años.

—¿Cuánto tiempo hace?

—Veinte años.

—¿Cuál era ese otro nombre? —preguntó Mason.

—Es el del cómplice que estaba con él, un individuo llamado Collington Halsey. Éste y Gillett huyeron. La policía atrapó a Gillett, pero nunca consiguió encontrar a Halsey… El F. B. I. ha mostrado mucho interés cuando el jefe de policía ha enviado las huellas de Gillett. Quieren conocer su paradero porque piensan que tal vez sepa dónde está Halsey. Quieren interrogarlo acerca de un asesinato.

—Suponiendo que supiera donde está Halsey —dijo Mason—, no será fácil que pueda decírnoslo. El…

—Prosigue —dijo Drake—. ¿Qué te ocurre, Perry?

—He tenido una idea.

—Me lo figuraba. ¿Es algo que puedas decirnos?

Mason contestó:

—No es más que una corazonada, una idea absurda.

—¿Quieres contármela?

Mason meneó la cabeza.

—Ve a ordenar a tus hombres que mantengan a Baxter bajo vigilancia hasta que puedan entregarle una citación. En marcha.

—El F. B. I. está muy interesado por Gorman Gillett —dijo Drake.

—Diles que envíen una corona al entierro, Paul.

—El policía que ha enviado las huellas de parte mía dice que el F. B. I. le ha pedido le facilite toda la información que tenga.

Mason dijo:

—La tendrá antes de mediodía. Lo primero que hará Tragg en aquel pueblo será tomar las huellas dactilares al cadáver de Gillett, por si acaso.

—¿Y por qué las tomaste tú?

—Por si acaso —dijo Mason—. En marcha, Paul.

Una vez Drake se hubo ido del despacho, Della Street dijo a Perry Mason:

—¿Quieres que trate de adivinar la idea que has tenido?

—Bueno.

—¿George Belding Baxter? —preguntó ella.

Mason asintió.

—Es una idea absurda, pero repasemos los acontecimientos y veamos a que conclusión llegamos. Gorman Gillett y Collington Halsey eran camaradas. Realizaron un atraco. Gillett cumplió condena y Halsey huyó. Nunca más encontraron su pista. ¿Qué significa esto?

—Explícamelo.

Mason prosiguió:

—Significa que Halsey emprendió una nueva vida y desde entonces se apartó por entero del mundo del hampa. Alcanzó una posición en la que nadie se atrevería a sospechar de él.

—¿Cómo deduces tal cosa?

—Porque tenían sus huellas dactilares y nunca más han vuelto a verlas. La policía siempre acaba por tropezarse de nuevo con las huellas de cualquiera que viva al margen de la ley.

—Las mías no las tienen. Por lo menos recientes.

—Tú no vives al margen de la ley. E incluso así, alguna que otra vez te han tomado las huellas dactilares. Pero el que vive en ambientes criminales, siempre corre el riesgo de ser detenido como sospechoso de algún delito, y nunca dejan de tomarle las huellas. Estas son examinadas periódicamente por el F. B. I. Ahora bien, Halsey se esfumó en el aire.

—Prosigue —dijo Della.

—Gillett cumplió condena, decidió abandonar la vida delictiva, se fue a una pequeña ciudad, construyó una cabaña, se dedicó a la caza, a la pesca, y llevó una vida sencilla hasta que un día, hace dos años y medio, hojeando un *Saturday Evening Post*, vio las fotografías de George Belding Baxter, el multimillonario.

»Y ahora, supongamos que reconociese en las fotografías a Collington Halsey. ¿Qué crees tú que pudo ocurrir después?

—¿Supones que Gillett se puso en contacto con George Belding Baxter?

—¿Por qué no?

—Pues no parecía que su situación hubiera mejorado gran cosa.

—Él no quería mejorarla —repuso Mason—. Lo único que le interesaba por entonces era un saco de harina, un poco de tocino, café y sal. Era feliz.

—¿Entonces?

—Entonces —dijo Mason—, su hijo le encontró. Este no se sentía especialmente orgulloso de su padre, pero de todos modos, le visitó. Después empezó a preguntarse de qué vivía papá y se convirtió en un hijo solícito, tratando de averiguar de dónde salía el dinero.

—Prosigue —dijo Della Street—. Me fascinas.

—Es una situación fascinadora. El hijo averiguó que Baxter era Collington Halsey y empezó a llevar una doble vida. Cometió bigamia; se desplazaba de un sitio al otro; tenía negocios misteriosos; nadie sabe nada sobre ellos; no hacía declaraciones de renta conjuntas; empezó a vivir del cordero.

—¿Y entonces?

—Entonces, de repente, intervino la muerte. Padre e hijo murieron con una diferencia de cuarenta y ocho horas. Y Baxter muestra gran prisa por marcharse del país por si acaso a alguien se le ocurre tomar las huellas dactilares de todas las personas que frecuentan su finca no correr el riesgo de que le digan: «Y ahora, Mr. Baxter, si no le importa, nos gustaría tomarle sus huellas sólo con el propósito de compararlas».

—¿Y sólo por eso te dispones a entregar una citación a George Belding Baxter? —preguntó Della Street.

Mason sonrió.

—En buen lío te has metido —dijo la secretaria—. Baxter… Jefe, ¿no crees que corres el riesgo de…?

—¿De qué?

—¿De sufrir una oclusión coronaria?

Mason se puso a reír.

—Me mantendré lejos del doctor Ewald Carver, y, si desaparezco, asegúrate de que me hacen la autopsia, Della… Maldita sea, ¿por qué no tendría la presencia de ánimo de llevarme aquel *Saturday Evening Post* de la cabaña de Gillett?

Della Street dijo:

—¿Crees que Tragg estará ya allí?

—Si no está, llegará de un momento a otro. Tan pronto como vea aquel *Saturday Evening Post* en medio de todas las revistas de crímenes, el teniente Tragg llegará a la misma conclusión que nosotros.

—¿Y esto es malo?

—Perderemos la ventaja que teníamos. Siento mucho que aquel *Post* se quedara allí.

—¿Te atreverías a cogerlo ahora?

—Diablos, no. Eso sería sustraer pruebas. No podríamos hacerlo.

—Bueno, ¿qué hacemos, pues?

—Tendríamos que idear algo menos comprometedor —dijo Mason, frunciendo el ceño, pensativo.

—Bueno, recuerda que eres un cliente de pago —observó Della.

Una lenta sonrisa apareció en el rostro de Mason.

—Telefonea a Manny G. Bolton, Della.

La secretaria puso la conferencia. Al cabo de unos segundos, hizo un ademán a Perry Mason.

Mason cogió el aparato y dijo:

—Buenos días, Mr. Bolton. ¿Cómo van las cosas por ahí?

—Estupendas —contestó Bolton—, magníficas.

—¿Alguna noticia nueva?

—Ninguna. Todo está como anoche.

Mason dijo:

—¿Sabe? He estado pensando en el pobre viejo Gorman.

—Sí. ¿Qué ocurre?

Mason dijo:

—Usted y yo nos hacemos cargo de esas cosas, Bolton. Nos damos cuenta de que cuando una persona vive sola y empieza a leer puede aficionarse a cierto tipo de lectura.

—Sí, prosiga —dijo Bolton—. ¿Qué ha pensado?

—No quisiera que la gente creyese que mi pariente no leía más que revistas de crímenes, aunque sólo se trate de un pariente lejano.

—¿Y qué? —preguntó Bolton—. Dígame exactamente lo que desea, Mr. Mason. Usted es cliente de pago.

—Oh, he pensado que no resultaría bien que corriese la voz de que allí en la cabaña no había más que aquellas revistas y…

—¿Quiere que vaya a buscarlas y las queme? —preguntó Bolton.

—Oh, eso no —dijo Mason—. Pero… Usted debe tener en su

casa un montón de revistas viejas, ¿verdad? ¿No dijo que a su esposa le interesaban los viajes?

—En efecto, compra revistas a montones. Tengo toda una estantería llena.

—¿Y si cogiese tres o cuatro docenas de revistas diferentes y las pusiera junto con las de crímenes?

—Pero, ¿sin quitar ninguna de las que allí hay?

—Oh, no —dijo Mason—. No creo que haya ninguna necesidad de llevarse nada de allí. Tendríamos que procurar que pareciese que el tío Gorman tenía unos gustos más variados en cuanto a lectura.

—¿El tío Gorman, eh?

—Era así como le llamaba —dijo Mason.

—Entiendo, Mr. Mason. Voy a llevarlas en seguida.

—¿Ahora mismo?

—En seguida.

—Y… desde luego —dijo Mason—, no es necesario que recuerde qué revistas lleva usted allí.

—Oh, no se preocupe —dijo Bolton—. Ha de saber, Mr. Mason, que en esta región se desenvolvería usted muy bien. Le caería simpático a la gente.

—Es una idea fascinadora —dijo Mason.

—Bueno —prosiguió Bolton—, sólo quiero que sepa que aquí siempre hemos apreciado a las personas comprensivas.

—Magnífico —dijo Mason—. Bien, hasta uno de estos días.

Y colgó.

Della Street le miró con ojos aprensivos.

—¿Constituye esto un delito?

—¿Qué?

—Sembrar pruebas.

—¿Pruebas de qué?

—Pruebas que… Bueno, ya sabes.

Mason dijo:

—No estoy enterado de ninguna ley que considere un delito el dejar viejas revistas en la cabaña de un hombre fallecido de oclusión coronaria. Recuerda que hay un certificado médico que establece la causa de la muerte. Aquí no existe ninguna trampa.

—Pero, ¿qué me dices de dejar pruebas falsas? ¿No hay en ello…?

—¿Pruebas de qué? ¿Qué tienen de falsas?

—Bueno, de esta manera consigues que un ejemplar del *Saturday Evening Post* que había en la cabaña, no destaque de manera tan acusada.

—¿Y esto es un crimen?

—No lo sé —contestó Della—. Sólo lo pregunto.

Mason le hizo un guiño.

—Seguimos estando un paso delante de la policía, Della, lo que proporciona una sensación estupenda. Por lo general, siempre vamos un paso detrás y con la lengua fuera.

—Pero supón que Bolton les explica que, a petición tuya, ha llevado a la cabaña un montón de revistas.

—Porque yo no quería que pareciese que allí sólo había revistas de crímenes —dijo Mason—. Ahora bien, si Bolton recuerda todas y cada una de las revistas que lleva, es distinto. Pero si afirma que allí sólo había revistas de crímenes y que él ha llevado un montón de publicaciones de tipo familiar, Tragg supondrá que todas las revistas que no son de crímenes, han sido colocadas allí para despistar, y leerá una y otra vez, sin darse cuenta, el ejemplar del número que yo intento disimular.

Della Street suspiró y dijo:

—Bueno, tú eres el cliente de pago.

—En efecto —dijo Mason—. Y lo que ahora tenemos que hacer es conseguir las huellas dactilares de Collington Halsey, tras de lo cual deberemos buscar un pretexto razonable para obtener al menos una huella de George Belding Baxter.

—¿Como por ejemplo simular un accidente de automóvil y examinar su permiso de conducción? —preguntó Della Street.

—Esto podría servir, pero tal vez experimentara algún recelo. Preferiría obtener sus huellas sin que él se diera cuenta.

—¿Y cómo te las vas a arreglar?

Mason dijo:

—Ojalá me hubieran devuelto mi pitillera. Della, ve a una joyería y compra varias pitilleras de plata bruñida y dos encendedores de sobremesa. Límpialo todo con una gamuza.

—¿Y luego? —preguntó ella.

—Luego lo pones por la sala de espera y también aquí en el despacho.

—¿Y crees tú que George Belding Baxter vendrá a verte?

—Ya lo creo que vendrá —dijo Mason—. Una vez le haya entregado esa citación, cosa que debería estar hecha hacia mediodía, George Belding Baxter vendrá tan aprisa que corremos el peligro de que arranque la puerta de sus goznes.

—¿Y cuando esté aquí dejará sus huellas?

Mason asintió con la cabeza.

Della Street dijo:

—Desde luego, sigues llevándole ventaja a la policía, pero cualquiera sabe en qué dirección. Espero que te des perfecta cuenta del terreno que pisas… ¿Hasta cuánto puedo gastar en la joyería?

—Invierte lo que sea necesario. Quiero que esos objetos resulten atractivos y tentadores. Después coge una gamuza y asegúrate de que cuando dejes esos objetos en la oficina, no haya en ellos ninguna huella… ¡Cuánto nos estamos divirtiendo!

—Algo es algo —dijo Della Street—, aunque sólo Dios sabe lo que puede ser. Esperemos que resulte divertido.

# Capítulo 12

Eran las tres y veinticinco de la tarde cuando la recepcionista dio tres timbrazos cortos, la señal convenida.

Perry Mason sonrió:

—Esto significa que la presa se ha metido en nuestra trampa —dijo a Della Street—. George Belding Baxter está en la antesala. Ve y dile que estoy ocupado momentáneamente, pero que trataré de recibirle. Pídele que espere unos minutos. Asegúrate de que le colocas en la butaca que queda más próxima a la pitillera y el encendedor. Dile a Gertie que llame por dos veces así que él haya cogido los objetos.

Della Street dijo:

—Puedes estar tranquilo. Lo hemos ensayado un par de veces. Cuenta con Gertie para una cosa así. Le encantan los misterios.

Della Street salió del despacho, estuvo ausente un par de minutos, regresó y dijo a Perry Mason:

—¡Chico, está furibundo! Me ha costado Dios y ayuda convencerle para que se siente. Quería seguir paseando de un lado a otro de la sala y por un momento he creído que iba a empujarme y a entrar aquí.

—¿Pero finalmente se ha sentado?

—Sí.

—¿Está nervioso?

—Nervioso, enfurecido y… como loco.

—Bueno —dijo Mason—, si está nervioso, no dejará de coger esos bonitos y brillantes objetos…

El teléfono dio dos timbrazos breves.

Mason sonrió.

—Significa que ya ha dejado sus huellas. Sal y hazle pasar, Della. Luego dile a Gertie que meta un papel grueso por debajo de

la pitillera y del encendedor, que los envuelva y que dé la señal a Paul Drake. Así Paul tendrá en qué ocuparse.

Della Street asintió, salió del despacho y al cabo de un momento regresó con un hombre corpulento, de cincuenta y tantos años; un hombre que pasó ante ella como un meteoro tan pronto hubo abierto la puerta, diciendo:

—Mason, soy George Belding Baxter. ¿Qué diablos se propone al entregarme este papel?

Baxter sacó el papel del bolsillo y lo dejó violentamente sobre el escritorio.

Mason se levantó de su sillón. Seguía sonriendo cuando dijo:

—Muy bien, Baxter, me llamo Mason. ¿Qué diablos se propone al entrar de esta manera en mi despacho?

—Es que estoy furioso.

—Muy bien —dijo Mason—. Si piensa seguir estando furioso, mejor será que se vaya tal como ha venido. Si quiere sentarse a hablar, hágalo en ese sillón y empiece.

Baxter dijo:

—¡Ya lo creo que hablaré!

—Entonces, siéntese.

—Puedo decirlo de pie.

—Muy bien —dijo Mason—. Yo también puedo escuchar de pie. Se le ha entregado una citación. Quiero presentarle como testigo de la defensa.

—No sé nada sobre ese caso.

Mason se sentó a su mesa, sacó unos documentos y empezó a leer. Por sus actos, parecía no haber oído la observación de Baxter.

Baxter permaneció indeciso un momento, después se acercó al escritorio.

—No se saldrá con la suya, ¿me oye?

Mason no alzó la vista.

Baxter manoseó nerviosamente el encendedor que había en la mesa cual si proyectara utilizarlo como arma.

Mason siguió leyendo.

Baxter dijo:

—Me marcho a Honolulú.

—Estupendo —contestó Mason.

—Esta noche.

—En tal caso, tendrá que regresar a tiempo para asistir a la audiencia preliminar.

—¿Qué diablos se propone? —preguntó Baxter—. No sé nada que pueda servirle a usted o a su cliente. No conozco a la encausada, Gwynn Elston. No conocía al hombre asesinado. No sé nada de nada. Estaba ausente cuando ocurrió el crimen. Lo único que sé es que éste tuvo lugar en mi finca. Y aún esto lo sé porque me lo han dicho.

—¿Y el revólver?

—Lo compré yo. Esto no admite duda.

—En tal caso, puede usted declarar sobre ese punto.

—No es necesario. Los papeles hablan por sí mismos. No hay dudas sobre quién compró el revólver. Yo mismo firmé en el registro del vendedor.

—Esto es muy interesante —dijo Mason.

Baxter manifestó:

—Oiga, he venido a decirle que no me es posible aplazar mi viaje a, Honolulú.

—Entonces, regrese para la audiencia.

—No puedo. No puedo pasarme la vida yendo y viniendo.

—Pues quédese aquí.

—Escuche, Mason —dijo Baxter—. He tratado de mostrarme amable con usted. He tratado de facilitarle las cosas. Ahora bien, si prefiere ir a las malas, iremos a las malas.

»Tengo un regimiento de abogados. Saben de leyes tanto como usted, tal vez un poco más. Por alguna razón que ignoro, ha utilizado usted la ley para entregarme una citación sólo con el fin de molestarme y no para obtener de mí alguna información. Esto constituye una especie de chantaje legal. Mis abogados me han aconsejado que le explique a usted las circunstancias y le pidiera que disculpase mi asistencia al juicio. He seguido sus instrucciones.

Mason dijo:

—Me ha explicado usted las circunstancias. Pero no le disculpo de asistir.

Baxter contestó:

—Muy bien, Mason. Mis abogados ya han previsto esto. He hecho lo que me habían pedido. Ahora haré que se ganen sus honorarios.

Dio media vuelta y salió furibundo.

Mason descolgó el teléfono.

—¿Ha llamado a Paul, Gertie?

—Sí, está aquí, junto con el experto en huellas dactilares.

—Dígales que pasen así que hayan terminado —dijo Mason—. Aquí tenemos más huellas.

Un momento después, Della Street y Drake, acompañados por un individuo delgado y nervioso, entraron en el despacho.

Drake dijo:

—Mason, te presento a Stan Doyle. Es uno de los mejores expertos que conozco. ¿Tienes más huellas por aquí?

Mason estrechó la mano al experto, diciendo:

—Creo que habrá alguna bastante buena.

E indicó el encendedor que había en el escritorio.

Doyle inspeccionó el objeto, después sacó una botellita y un pincel. Seguidamente espolvoreó la brillante superficie.

Las huellas se hicieron visibles inmediatamente con sorprendente claridad.

—Ya lo creo. Estas son estupendas —dijo.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Mason.

—Nos llevamos estos objetos al despacho de Drake y los fotografiamos.

—¿Y luego?

—Tenemos una reproducción de las huellas de Mr. X. que guarda el F. B. I. —dijo Drake—. En un plazo de diez minutos podremos decirte si tu hombre es o no Mr. X.

—Eso es lo que quiero saber. Deseo estar seguro. Quiero pruebas —dijo Mason.

—Probablemente podremos hacer algo mejor aún —manifestó Doyle—. Creo que tenemos huellas suficientes para, combinándolas con las que hemos conseguido ahí fuera, obtener una clasificación.

—Muy bien —dijo Mason—. Lo que nos interesa es rapidez, porque tengo la impresión de que el hombre que acaba de visitarme no va a perder ni un minuto.

Doyle metió una cartulina debajo el encendedor y la pitillera y dijo:

—Bueno, Paul, vámonos a tu oficina y pongámonos a trabajar… Ahorraríamos tiempo si pudiéramos trasladar estas huellas, Mr.

Mason, en vez de fotografiarlas.

—No —dijo el abogado—, entonces perderíamos la ventaja de tener las huellas en su sitio. Revele las fotografías y compárelas con las huellas de Mr. X. que tiene Paul Drake. Después comuníquenme el resultado.

Cuando los dos hombres se hubieron marchado de la oficina, Della Street preguntó:

—¿Qué ocurriría si todo fuese un error, Perry?

—Muchas cosas —contestó Mason, sonriendo—. Es una apuesta, pero creo que apostamos sobre seguro. Sólo así encajan todas las piezas del asunto.

—Esto es cierto —dijo Della Street—. Pero… sólo se tratan de pruebas circunstanciales.

—Son pruebas circunstanciales que a menudo resultan ser las mejores… aunque no siempre hablamos así ante el jurado.

Mason estaba de muy buen humor.

Sonó el teléfono y Della Street lo descolgó.

—¿Sí, Gertie? —Después se volvió hacia Mason—. Ese Baxter trabaja aprisa. Ahí fuera está un alguacil que desea entregarte unos documentos.

—Dile que pase —dijo Mason—. Siempre nos gusta recibir documentos.

Della Street salió e hizo pasar al mensajero.

—Gracias por recibirme, Mr. Mason —dijo el hombre—. Hay personas que siempre tratan de eludirnos. Al fin y al cabo, a mí me pagan para que le entregue unos documentos.

—Pues adelante, entréguemelos —dijo Mason—. ¿De qué se trata?

—De una petición de George Belding Baxter a fin de que se anule una citación y una demanda contra usted de daños y perjuicios por valor de cien mil dólares, afirmando que ha abusado usted de sus derechos con el fin de entorpecer sus negocios y causarle muchas molestias.

—Bueno —dijo Mason—, cuando Baxter hace algo, lo hace en serio. Supongo que le tenía a usted esperando a la puerta del edificio, ¿verdad?

—Bueno —dijo el alguacil—, supongo que me tenía en reserva, por si acaso. Esperaba junto a los ascensores.

Mason dijo:

—Muy bien, ya me ha hecho entrega de los documentos. Gracias.

El alguacil se retiró y Mason examinó los papeles.

—Cuando Baxter lucha, lucha de veras —comentó—. Esta demanda de cien mil dólares tiene por objeto asustarme y ponerme a la defensiva. Espera a que le cantemos las cuarenta.

Diez minutos después, sonó el teléfono confidencial.

—Debe de ser Paul —dijo Mason—. Ha ido más aprisa de lo previsto.

El propio Mason descolgó el aparato.

—¿Sí, Paul?

La voz del detective, llena de preocupación, sonó en el auricular:

—Oye, Perry, antes de fotografiar estas huellas, las hemos examinado un poco con una lupa y desde ahora puedo asegurarte que andas desencaminado. George Belding Baxter no es Collington Halsey.

Mason se quedó inmóvil, asimilando la información.

—¿Me has oído? —preguntó Drake.

—Te he oído, ya lo creo que sí. Que tu hombre se ponga a trabajar en la clasificación de las huellas. Si no es Halsey averigüemos quién diablos es en realidad.

Mason colgó el teléfono.

Della Street preguntó con voz alarmada:

—¿No ha resultado?

Mason meneó la cabeza.

—Todavía no.

—¿En qué situación te deja esto, jefe?

—Pues mucho más lejos de la solución. ¡Maldita sea, Della! ¡No puedo estar equivocado! Hay demasiadas cosas que apuntan hacia eso. Sin embargo… sin embargo parece que estoy equivocado, a menos que el hombre consiguiera hacerse con unas huellas dactilares nuevas y todos dicen que esto es imposible.

—Cuando se piensa bien en ello —dijo Della Street—, da la impresión de que se ha metido con demasiada facilidad en nuestra trampa. ¡Se ha dado tanta prisa en tocar esos objetos!

Mason frunció el ceño.

—Me pregunto si… ¡Caramba, Della! ¿Le crees lo bastante listo

para adivinar lo que yo me proponía? En tal caso, debe haberse estado riendo interiormente pensando en la hermosa demanda que nos iba a presentar.

—No me atrevo a hacer ninguna conjetura —dijo Della Street.

Mason sonrió astutamente.

—Parece como si ya hubiésemos agotado nuestra ración diaria de ideas extravagantes, ¿verdad?

# Capítulo 13

Mason y Della Street, cuando regresaron de cenar, se detuvieron en la oficina de Paul Drake.

—Bueno, ¿qué malas noticias hay ahora? —preguntó Mason.

—Las hay a montones —dijo Drake—. Hemos conseguido las huellas suficientes para hacer una clasificación completa. Las hemos telegrafiado al F. B. I. y hemos obtenido contestación. George Belding Baxter está completamente limpio. Nunca le habían tomado las huellas. Es George Belding Baxter y nada más.

Mason asimiló esta información con gesto pensativo.

—Además —prosiguió Drake— los diarios han dado gran importancia a la demanda que ha presentado contra ti. Baxter ha concedido un par de entrevistas afirmando que gastará un millón de dólares si es necesario para demostrarte que no puedes utilizar la citación de un tribunal con el fin de obtener ventajas personales; que tratas de causarle molestias; que él no sabe nada que pueda resultar de valor en la acusación presentada contra tu cliente, y que, al tener que retrasar su viaje de negocios, ha sufrido grandes prejuicios. Ha tenido que anular entrevistas y te hace responsable de ello.

—Suena bien —dijo Mason.

—Tal como él se explica, sí. ¿Puede hacerlo?

—¿Qué?

—Hacerte personalmente responsable.

—Depende.

—¿De qué?

—De una serie de cosas… Lo que no puedo entender, Paul, es cómo piensa sostener el caso contra Gwynn Elston. No tienen ninguna base.

—Oh, espera un momento —dijo Drake—, ésta es la segunda

noticia que iba a darte. Y es peor que la primera.

—Está bien —dijo Mason—. ¿De qué se trata?

—Tienen el informe del laboratorio de balística. Frankline Gillett fue muerto por un disparo del revólver que encontraron entre los arbustos. No hay duda de que la bala fatal procedía de esa arma.

—Sigue sin haber ninguna relación con Gwynn Elston —dijo Mason.

—Sí la hay. Tu cliente ha hablado.

—¿Qué ha dicho?

—Ha contado toda la historia.

Mason entornó los ojos.

—¿Acerca del hombre con el coche averiado, de la placa que le enseñó y del revólver?

—En efecto.

—Esperaba que supiese resistir —dijo Mason con voz que denotaba su desencanto.

—Han utilizado la estratagema acostumbrada —explicó Drake —. Ella empezaba a cansarse de permanecer encerrada y le han dicho que el único motivo de que la retuvieran era porque no quería hablar, que si les decía la verdad de lo ocurrido y ellos investigaban su relato y descubrían que era cierto, la soltarían.

—De modo que ella les ha contado su historia y le han contestado que no se la creían, ¿verdad?

—Esto es lo curioso del asunto, Perry. No han publicado nada acerca del relato de ella, pero han sacado moldes de las huellas de neumáticos y de pies que había en las proximidades del cadáver. Dichas huellas de neumáticos concuerdan con las del auto de Gwynn Elston. Y las huellas de pies también concuerdan con las de ella. No han encontrado ninguna otra señal de neumáticos o de pies que pueda ser identificada.

Mason dijo:

—Está bien, Paul. Tendremos que encontrar al hombre que le dio el revólver.

—Esto ya lo han hecho ellos —dijo Drake.

—¿Han encontrado al policía, Paul?

—¿Policía? ¡Narices! Quien le dio el revólver fue Frankline Gillett.

—¿Cómo han llegado a esta conclusión, Paul?

—Mrs. Gillett encontró el revólver en la cartera de su marido hace aproximadamente una semana. Quedó preocupada. Gillett le explicó que había encontrado el revólver en la calle, a unas cuatro manzanas de la casa. Quería guardarlo. Ella no deseaba que hubiese un arma al alcance del pequeño.

—¿Puede identificar el arma?

—Sí. Se anotó el número, por si acaso. Luego, cuando Gillett dijo que se iba de viaje y que estaría ausente una semana, le pidió que se llevara el revólver. No quería que lo dejara en casa. De modo que él se lo llevó.

—Prosigue —dijo Mason.

—El día en que Gillett se marchaba de su casa coincidía con aquel en que Felting Grimes regresaba de un viaje de negocios. En aquellos momentos debía llevar el revólver en su maleta. Transcurrió menos de una hora desde el momento en que Gillett se marchó y el que Grimes compareció en la casa donde vivía tu cliente.

Mason meditó largamente aquella información.

—¿Qué dice Nell Grimes sobre el revólver, Paul?

—Nunca lo había visto —dijo Drake—. La primera noticia que tuvo fue cuando Gwynn compareció con él y contó la historia de que un policía se lo había dado.

»Y aún hay más, Perry. La policía no realiza el menor esfuerzo a fin de localizar algún automovilista que se hubiese detenido junto a las puertas de la finca de Baxter. No han visitado ninguna estación de servicio para saber si habían enviado un coche de reparaciones. Mis hombres son los únicos que han seguido estas pistas.

»No puedo entenderlo. Normalmente, estarían indagando en todos los garajes y estaciones de servicio aunque sólo fuese para demostrar que el relato de Gwynn Elston era falso y que no existía ningún auto con un neumático pinchado.

Mason frunció el ceño.

—Eso demuestra —terminó Drake— que dan tan poca importancia al relato de ella que no quieren perder el tiempo tratando de desvirtuarlo.

Mason se puso en pie de un salto.

—¡Que te crees tú eso! —exclamó—. Significa que han

encontrado al individuo. Por eso no les preocupa este detalle.

—Si le hubieran encontrado —dijo Drake—, y su relato corroborara el de ella, la habrían soltado. No, Perry, esta vez te equivocas. Permitirán que tu cliente relate su historia y entonces demostrarán que es falsa por completo.

—¿Y cómo van a demostrarlo?

—No lo sé. No soy adivino, pero en este caso hay algo que crucificará a tu cliente, Perry.

Mason dijo:

—Te repito, Paul, que han encontrado al individuo. En su relato hay algo que proporciona armas a la acusación. Pero te prometo una cosa: si sacan a un testigo que jure haber ido en el auto de Gwynn Elston, aunque sin haberle dado ningún revólver, lo destrozaré. Ahora que han encontrado a ese sujeto, Paul, quiero que tú le encuentres también. Hemos de saber quién es.

Drake meneó la cabeza.

—No había nadie. La policía está dispuesta a demostrarlo. Recuerda, Perry, que sólo existe el relato de tu cliente.

—Y ellos tendrán sólo el de ese testigo. Si quieren basar su caso en éste, resultará muy divertido.

—No te olvides del elemento tiempo, Perry. Las puertas se cerraron a las diez. Gillett no pudo haber entrado después de esa hora. Y su coche tuvo que entrar obligatoriamente por aquellas puertas.

»Eso nos deja un período de cuarenta y cinco minutos en el que tuvo que cometerse el asesinato. Durante ese tiempo tu cliente tuvo que apoderarse del revólver. No puede justificar sus acciones durante ese período y por eso se ha inventado la historia del misterioso policía que le dio el revólver.

»Ella se marchó de la casa de Gillett a las nueve y quince. Mrs. Gillett está segura de esto. Se encontró con Gillett. Probablemente él la estaría esperando. Es posible que le hablara con toda franqueza. Ella acababa de descubrir que él era bígamo: ¿qué se proponía hacer al respecto?

»Si hubiera contado la verdad y dicho que lo había matado en defensa propia, tendría una probabilidad. Pero recuerda que era Gillett quien tenía el revólver. Recuerda que miss Gwynn Elston me telefoneó algo más tarde de las nueve y media y que seguidamente

te llamó a ti.

»No es difícil adivinar lo que ocurrió. Gillett la detuvo. Quería hablar con ella. El llevaba el revólver. Quiso ir a algún sitio donde no fuesen molestados, por eso se detuvieron junto a la finca de Baxter. Ella le tranquilizó de un modo u otro, tal vez permitió que la cortejara. Entonces se apoderó del revólver, disparó contra él, se metió en la finca de Baxter el tiempo justo para deshacerse del cadáver y después ideó esa historia sobre el policía.

Mason permaneció pensativo.

—Hubiese ideado una mentira más convincente, Paul. Nunca habría mostrado el revólver. Lo primero que habría hecho hubiese sido tirarlo.

—Esto no puede decirse —repuso Drake—, hasta que se sepa exactamente en qué situación estaba ella. Pudo ocurrir algo que la obligara a conservar el arma, de modo que tuvo que idear una historia que justificara el tenerla en su poder.

Mason dijo:

—No olvides que a Hamilton Burger, el fiscal, tal vez se le haya escapado un detalle. Quizá él no se dé cuenta, pero no tiene ningún medio de demostrar que ese revólver estaba en poder de mi cliente. Ella tenía un revólver Smith & Wesson de calibre 38. Pero hay millares de revólveres Smith & Wesson de calibre 38.

—Y, desde luego, está tu acción de tirar una pitillera y un encendedor por encima de la verja.

—Desde luego —dijo Mason—. No se trataba más que de un anzuelo. Quería que la policía registrase bien todo aquello, así es que hice algo que los pusiera en movimiento. Tenía la sospecha de que el asesino podía haber dejado el revólver allí.

—¿Cómo se te ocurrió tal idea?

—Por pura intuición. Deseaba que registrasen el área. Y te apostaré una cosa, Paul. Ahora han registrado minuciosamente cada centímetro cuadrado de la finca. Esto es algo que tendrán que agradecerme.

—Sí, supongo que así es —dijo Drake. Añadiendo—: Por lo menos ahora.

—Es lo único que deseaba —contestó Mason—. Ve mañana a la sala de juicios, Paul. Tal vez no resulte una lucha tan desigual como tú y Hamilton Burger os figuráis. También quiero que hagas otra

cosa.

—¿Qué?

—Comprueba el paradero de George Belding Baxter la noche del asesinato.

—Estaba en Bakersfield —dijo Drake.

—Dice que estaba en Bakersfield.

—Lo estaba —insistió Drake—. Mis hombres han comprobado su relato. Estuvo en el motel que hay allí. Al fin y al cabo, Perry, no podemos ignorar lo evidente.

—¿Qué quieres decir con que habéis comprobado su relato?

—Bueno: se registró a las seis y media de la tarde, dijo que estaba cansado y que iba a cenar y a acostarse. El motel tiene un restaurante adjunto. Baxter cenó allí y firmó la nota. Es uno de esos moteles de lujo con características de hotel. Hay teléfono en las habitaciones y todos los detalles.

Mason entornó los ojos.

—Nadie le estuvo vigilando mientras permaneció en la cama —dijo—. ¿Qué podía impedirle que se marchara del motel a las siete, fuera a su casa para asesinar a Frankline Gillett, y que regresara después al motel, donde permaneció hasta la mañana siguiente?

Drake meditó aquello.

—Nada —dijo.

Mason sonrió:

Al cabo de un momento, Drake añadió:

—¿Tienes alguna prueba de que hiciera esto?

—¿Tienes alguna prueba de que no lo hiciera? —replicó Mason.

# Capítulo 14

El juez Harlan Laporte, ocupando su sillón, anunció:

—Esta es la hora previamente fijada para la audiencia preliminar en el caso del Estado de California contra miss Gwynn Elston.

—La acusación está dispuesta —anunció Farley Nelson, uno de los ayudantes del fiscal.

—La defensa está lista —dijo Mason.

El juez Laporte miró a Hamilton Burger, quien se sentaba junto a su ayudante.

—¿He de entender que el fiscal va a participar personalmente en el caso? —preguntó.

—El fiscal piensa participar personalmente en el caso —dijo Hamilton Burger.

—Muy bien. Llame a su primer testigo.

Hamilton Burger se levantó y dijo:

—Con la venia de la sala, hay un asunto que considero deberíamos examinar antes: se trata de la petición de los abogados de George Belding Baxter para que se derogue la citación que se le ha entregado a fin de que comparezca como testigo de la defensa.

—¿Con qué fundamento? —preguntó el juez Laporte.

—Los abogados de Mr. Baxter están aquí en la sala. Anticiparé que el fundamento estriba en que la entrega de la citación constituye un abuso de autoridad y un intento deliberado de molestar a Mr. Baxter, que es un hombre muy ocupado y que la encausada espera obtener ciertas ventajas de esto.

El juez Laporte miró a Mason.

—¿Es Mr. Baxter un testigo necesario, Mr. Mason?

—Así lo considero, Señoría. Por lo menos, creo que existen muchas probabilidades de que sea un testigo importante y

necesario.

Hamilton Burger dijo:

—Con la venia de la sala, éste es un caso claro y sin complicaciones. La encausada no podrá presentar ningún testigo. Consideramos que si hay alguna razón que justifique la presencia de Mr. Baxter, la defensa debería manifestar al Tribunal cuál es este motivo.

—Ya lo he manifestado —dijo Mason—. Quiero a Mr. Baxter como testigo.

—¿Testigo de qué?

—Lo revelaré en el momento oportuno.

—Con la venia de la sala —dijo Hamilton Burger—, la acusación ofrece aceptar cualquier testimonio que la defensa espere obtener de Mr. Baxter.

Mason se volvió hacia el juez.

—Con la venia de la sala —dijo—, suponemos que esta oferta de la acusación se hace únicamente con el fin de colocar a la defensa en una situación embarazosa: primero, al obligarla a descubrir anticipadamente sus planes; segundo, porque Mr. George Belding Baxter ha presentado contra mí una demanda de cien mil dólares de daños y perjuicios por abuso de autoridad al entregarle una citación para este caso.

—¿Existe tal demanda? —preguntó el juez Laporte a Hamilton Burger.

—Eso creo, Señoría.

—En tal caso —dijo el juez Laporte—, Mr. Baxter ya ha elegido el remedio. No puede comerse el pastel y guardarlo al mismo tiempo. Si piensa demandar a míster Mason, no puede pedir que se le disculpe como testigo mediante una componenda entre ambas partes. En vista de estos hechos, sugiero que elija lo que prefiere: si solicitar la derogación de la citación o llevar adelante su demanda contra la defensa.

Hamilton Burger miró hacia donde George Belding Baxter estaba sentado.

—Me atengo a mis derechos —dijo Baxter con frialdad y encono —. Y también solicito ser disculpado.

—Denegada la petición —replicó secamente el juez Laporte—. Puede usted empezar, Mr. Burger.

Perry Mason se acercó a donde estaba Paul Drake y le susurró:

—Ahí está todo el secreto del asunto, Paul. Hamilton Burger manejará diestramente el caso con el fin de ayudar a Baxter a que su demanda contra mí prospere. Por eso ha venido.

—Pero no sabe que se va a llevar una sorpresa tremenda —replicó Drake con un murmullo.

Mason sonrió:

—Bueno, sigamos y ya veremos lo que ocurre.

Farley Nelson llamó como primer testigo a un individuo que presentó un mapa de la finca y la casa de Baxter dibujado a escala.

Mason renunció a su interrogatorio.

El testigo siguiente fue el teniente Tragg, quien declaró haber recibido una llamada telefónica de Perry Mason en la que le comunicaba que había un cadáver en la finca de Baxter; el testigo dio instrucciones a la policía para que fuese al lugar indicado y evitase que desapareciera cualquier prueba; el propio testigo se había dirigido tan aprisa como pudo al despacho de Perry Mason, con la esperanza de coger a la persona que había informado al abogado; Tragg declaró que habían llegado demasiado tarde. Sin embargo, se habían tomado todas las medidas necesarias para interceptar todos los taxis que habían recogido pasajeros en las proximidades del edificio donde estaban las oficinas de Mason; que, además, habían dado instrucciones a todos los aparcamientos próximos al edificio para que retrasaran la entrega de vehículos a aquellas personas que los hubiesen dejado menos de una hora antes; que, como resultado de tales instrucciones, habían conseguido encontrar a la encausada, Gwynn Elston; que, seguidamente, la llevaron al despacho de Mr. Mason; que éste le había recomendado que no dijera nada; que ella guardaba en su bolso un talonario de cheques en una de cuyas matrices aparecía un pago de cinco dólares hecho a Mason; que más tarde había conseguido del Banco que sacara una fotocopia del cheque cuando se hubiera hecho efectivo, y que tenía aquella fotocopia, demostrativa de que había sido cobrado por Perry Mason.

El teniente Tragg siguió declarando que, después de interrogar brevemente a miss Elston, había ido a la finca de Baxter para investigar personalmente el caso. Describió la posición del cadáver y de lo que había encontrado; más tarde, al ser avisado por el

policía de guardia en la puerta, de que Perry Mason había comparecido y realizado ciertos actos, Tragg había ordenado un registro del lugar y había encontrado un revólver. El revólver fue presentado como prueba: era un Smith & Wesson de calibre 38, con las señales de Tragg arañadas en la empuñadura.

—Contrainterrogatorio —dijo Mason—. ¿Cuáles fueron los actos que realicé?

—Sólo los conozco por mediación de terceras personas —manifestó Tragg.

—Dejémonos de tecnicismos —dijo Mason—. No perdamos el tiempo. ¿Qué actos realicé?

—Según el policía de guardia en la puerta, compareció usted y, cuando vio que el policía no le permitía pasar, sacó una pitillera de plata, cogió un cigarrillo y después tiró la pitillera por encima de la verja, a un sitio cercano al punto donde fue hallado el revólver. Después tiró un encendedor hacia el mismo lugar.

—¿Recuperó ambos objetos? —preguntó Mason.

—Sí.

—¿Los marcó con sus iniciales?

—Sí, marqué en ellos mis iniciales.

—¿Trae esos objetos?

—Sí.

—Muéstrelos, por favor.

Tragg obedeció.

—Solicito que sean marcados para su identificación —dijo Farley Nelson.

—No hay inconveniente —repuso Mason—. Preséntelos como prueba, si así lo desea.

—Ya los presentaremos a su debido tiempo. Ahora sólo deseamos que sean marcados.

—Que se haga así —ordenó el juez Laporte.

—No hay más preguntas —dijo Mason.

Nelson llamó a un fotógrafo que había tomado fotografías del cadáver. Este testigo fue seguido por el forense que había recuperado la bala fatal del cuerpo de la víctima, quien determinó la hora de la muerte entre las nueve y medianoche.

Mason no hizo uso de su derecho a interrogar a aquellos testigos.

Nelson dijo:

—Señoría, ahora se hace necesario presentar pruebas que demuestren la identidad del cadáver. Esto resultará bastante penoso, pero puesto que es necesario, solicito que comparezca Mrs. Frankline Gillett.

Mrs. Gillett, vestida de negro prestó juramento y declaró su nombre, que se había casado con Frankline Gillett ocho años antes, que se la había llevado al depósito para identificar al cadáver y que dicho cadáver pertenecía al hombre con quien se había casado.

—Contrainterrogatorio —dijo Mason.

Mason empezó:

—Lo siento, Mrs. Gillett. Trataré que esto resulte lo más breve y suave posible. ¿Afirma usted que se casaron hace aproximadamente ocho años?

—Sí.

—¿Cuál era en aquella época la ocupación de su marido?

—Vendedor.

—¿Cuáles eran sus ingresos?

—No muy elevados. Trabajaba con una garantía y comisiones.

—¿Trabajaba mucho?

—Muchísimo.

—¿Por cuánto tiempo siguió trabajando para la misma compañía?

—Por tres años.

—¿Y luego?

—Después estuvo un período sin trabajar, tras de lo cual obtuvo otro empleo de vendedor. Este no era tan bueno como el primero. Siguió en él durante un año, después dimitió y consiguió otro cargo que nos proporcionaba más dinero.

—¿Y después?

—Hace aproximadamente dos años y medio, me anunció que iba a dedicarse a negocios por su propia cuenta.

—Y desde entonces, ¿cómo les fueron los asuntos financieros?

—Nuestros asuntos financieros, desde entonces, mejoraron mucho. Aparentemente, ganaba bastante dinero.

—¿Sabe usted algo sobre la naturaleza de estos negocios?

—No.

—Desde la muerte de él, ¿ha podido descubrir la naturaleza de

dichos negocios?

—Nada en absoluto. Mi esposo era muy reservado en estas cuestiones. No quería hablar de ellas conmigo. Me dijo que él era quien se encargaba del sustento de la familia y que yo debía ocuparme del hogar. Después de su muerte, no he podido encontrar ningún libro de contabilidad o algo que indique el origen de sus ingresos. Teníamos una cuenta corriente conjunta en la que, cuando su muerte, había un saldo favorable aproximadamente de tres mil dólares. Con posterioridad me han informado de que todos los ingresos en dicha cuenta se hacían en metálico.

—¿Algún otro bien?

—Desde luego. Estábamos comprando una casa en Trilby Way. Teníamos pagados ya los dos tercios de su valor. También hay un automóvil familiar que utilizo yo casi siempre, y otro coche que conducía mi marido.

—¿Encontró usted un revólver en la maleta de su esposo? —preguntó Mason.

—Protestamos —exclamó Nelson—. La pregunta resulta inadecuada.

—Se rechaza la protesta —replicó el juez Laporte—. Se le ha preguntado acerca de los bienes que dejó su marido. Esta sala considera inaceptable que sé solicite a un testigo que comunique sólo parte de lo que sabe. Conteste a la pregunta.

Mrs. Gillett dijo con lentitud:

—Poco después de que mi marido regresara de su último viaje de negocios, descubrí un revólver en su maleta. Era un Smith & Wesson de calibre 38. Anoté su número. Era el C232721.

»Pregunté a mi marido qué significaba aquello… ¿Desea que le explique lo que me dijo?

—Hágalo —invitó Mason.

—Dijo que había encontrado el revólver en el suelo, junto a la carretera, a unas tres manzanas de casa. Dijo que lo había cogido y que al principio había pensado en entregarlo a la policía, pero que había cambiado de idea porque consideró que tal vez le atosigaran a preguntas.

»A mí no me hacía gracia tener un revólver en casa, y así se lo dije. Me prometió que lo guardaría en su maleta, fuera del alcance de su hijo. Cuando se marchó de casa en su último viaje, se llevó

con él el revólver.

—Gracias —dijo Mason—. Eso es todo.

—Señoría —manifestó Farley Nelson—, verdaderamente, éste es uno de los aspectos del caso que lo hace más espectacular y que le ha dado una gran notoriedad periodística. Sin embargo, creo que para explicar las circunstancias del caso será necesario convocar a Nell Arlington.

Nell Arlington se adelantó y prestó juramento.

—¿Dónde vive usted? —preguntó Nelson.

—En el 367 de Mandala Drive.

—¿Era usted conocida por el nombre de Nell Arlington?

—No, señor.

—¿Pues con qué nombre?

—Con el de Mrs. Felting Grimes:

—¿Consideraba que Mr. Felting Grimes era su esposo?

—Sí.

—¿Se casaron ustedes en Las Vegas, Nevada?

—Sí.

—¿Ocurrió eso hace unos dieciocho meses?

—Dieciocho meses y diez días.

—¿Ha visto el cadáver que fue identificado como el de Frankline Gillett?

—Sí.

—¿Era el cadáver del hombre con el que usted se casó, aquel a quien conocía como Felting Grimes?

—Sí.

—¿Conoce usted a la encausada?

—Sí. Durante muchos años fue mi mejor amiga.

—¿Dónde vivía el diez de este mes?

—Con nosotros, en el 367 de Mandala Drive.

—¿El diez de este mes?

—Sí.

—¿Quiere contarnos, por favor, lo que sucedió aquella noche, miss Arlington?

La testigo relató la historia de Gwynn acerca del policía que había insistido en utilizar el coche de ella y le había dado su revólver.

—¿Vio usted el cadáver del hombre asesinado? —preguntó

Nelson.

—Sí.

—Por la mañana del día 11, ¿recuerda cuándo se levantó la encausada y fue a la cocina a prepararse el desayuno?

—Muy bien.

—¿Sabía usted en aquel momento dónde estaba el hombre a quien conocía por Felting Grimes?

—No.

—¿Cuándo le había visto por última vez?

—El día anterior, cuando se marchó para uno de sus viajes.

Nelson dijo:

—¿Estaba usted familiarizada con las actividades comerciales de la encausada?

—¿A qué se refiere?

—A los nombres de las posibilidades que visitaba.

—Oh, sí. La ayudaba, bastante en estos asuntos. Actuaba como amiga y como secretaria.

—¿Puede explicarnos qué quiere decir con eso de que actuaba de secretaria?

—Ella obtenía listas, a veces por teléfono, otras por correo, de las posibilidades a quienes debía visitar. Yo tomaba nota de esas listas cuando las daban por teléfono en ausencia de ella, o cuidaba de que llegaran a su poder cuando venían por correo.

—¿Sabe usted cómo llegó a manos de la encausada el nombre de Mrs. Frankline Gillett?

—Sí, se recibió por correo. Después de que ella… Bueno, después de su detención, encontré en la salita la lista de posibilidades que incluía ese nombre. Aquí está. El de Mrs. Frankline Gillett, 671 Trilby Way, está al final. Hay once nombres en la lista.

—¿Estaba esa lista en un sitio donde el hombre a quien usted consideraba su marido podía verla?

—Cuando la encontré, estaba en la sala. Presumiblemente, la dejó allí la encausada.

—Solicitamos que esta lista sea admitida como prueba —dijo Nelson.

—No hay inconveniente —manifestó Mason.

—Ahora —prosiguió Nelson—, voy a preguntarle si, por la

mañana del miércoles, día 11 de este mes, la visitó Mr. Mason.
—Sí, señor.
—¿Quién le acompañaba?
—Su secretaria, miss Street.
—¿Trató Mr. Mason de que usted hiciera algo?
—¡Protesto! Es una pregunta inadecuada e inútil —dijo Mason —. No constituye ninguna diferencia lo que la defensa pudo intentar que hiciera la testigo. Además, la pregunta requiere que la testigo llegue a una conclusión.
—Con la venia de la sala —dijo Nelson—, Mr. Mason era el abogado defensor de la encausada.
—Claro que representaba a la encausada —dijo Mason—. Y también actuaba por mi propia cuenta. Mis clientes no me explican cómo he de manejar los casos. Hago lo que considero más conveniente. Si la acusación trata de demostrar que la encausada está comprometida por algo que yo hice, que demuestre que la encausada estaba enterada de ello y que tomó una parte activa.
—Creo que esto es correcto —dijo el juez Laporte—. Acepto la protesta.
—Puede contrainterrogar —manifestó Nelson.
—No hay preguntas —dijo Mason con indiferencia.
—¿No hay preguntas? —inquirió Nelson, sorprendido.
—Ninguna.
Nelson conferenció brevemente con Hamilton Burger y después dijo:
—Que se presente a declarar Peterson L. Marshall.
Marshall facilitó su nombre y dirección, declaró que era propietario de una tienda de artículos de deporte, que conocía bien a George Belding Baxter, que éste era su cliente desde hacía tiempo y que tenía cuenta abierta en su establecimiento.
—Voy a enseñarle un revólver Smith & Wesson, número C232721 y preguntarle si lo reconoce.
—Para estar seguro, desearía comprobar personalmente el número.
—Hágalo, por favor.
El testigo comprobó el número y dijo:
—Sí, reconozco este revólver.
—¿Quién lo vendió?

—Yo.
—¿Usted personalmente?
—Sí.
—¿A quién se lo vendió?
—A George Belding Baxter.
—¿Personalmente?
—Sí, señor. Mr. Baxter vino a la tienda y dijo que quería un arma que le sirviera de protección. Quería algo de confianza y no muy voluminoso. Le enseñé este revólver Smith & Wesson con cañón de cinco centímetros y hecho de una aleación que le convierte en un arma muy ligera y muy adecuada. Mr. Baxter dijo que se lo quedaba.
—¿Y qué hizo usted?
—Bueno —contestó el testigo, vacilante—, en general no se entregan las armas el mismo día de la compra. Pero… Bueno, dadas las circunstancias, me limité a fechar tres días antes el documento de compra y entregué el revólver a Mr. Baxter.
—¿Se lo entregó a Mr. Baxter personalmente?
—Sí, señor.
—¿Y éste es el mismo revólver?
—Sí, señor.
—Puede contrainterrogar —dijo Nelson.
—No hay preguntas —manifestó Mason.
—Llamaré a Mrs. Minnie Crowder —dijo Nelson.
Mrs. Crowder se identificó como ama de llaves de George Belding Baxter.
Nelson dijo:
—Veamos, cuéntenos por favor lo que hizo usted a última hora de la tarde del día 10 de este mes.
—Terminé mi trabajo a las nueve. El día 11 me tocaba fiesta. Se me había informado de que no era necesario que me quedara la noche del 10, de modo que me marché de la casa a esa hora, o tal vez unos minutos antes. Tenía proyectado regresar a primera horas de la mañana del 12, sin embargo, la policía me localizó y estorbó mis proyectos.
—¿Cuándo la localizó la policía?
—Hacia las dos de la tarde del día 11.
—Le voy a enseñar este revólver que ha sido marcado para su

identificación y preguntarle si lo había visto ya.

La testigo cogió el arma, la examinó y dijo:

—Sí, señor.

—¿Tuvo alguna vez en su poder este revólver?

—Sí, señor.

—¿Quién se lo entregó?

—Mr. George Belding Baxter.

—¿Y qué sucedió?

—Lo guarde en mi dormitorio y lo cogía cuando debía salir de noche. El día 3, mientras daba un paseo, se me cayó del bolsillo del abrigo. Cuando lo noté a faltar, retrocedí para buscarlo, pero no pude hallarlo, de modo que no dije nada a nadie.

—¿Por qué se lo había dado Mr. Baxter?

—Me opongo a esa pregunta porque requiere una conclusión por parte de la testigo —dijo Mason—. También por ser inadecuada e innecesaria.

—Se admite la protesta —dijo el juez Laporte.

Nelson prosiguió:

—Y a partir del 3 de este mes, o aproximadamente el 3 de este mes, ¿hasta cuándo no volvió a ver el arma?

—Hasta que me la enseñó la policía.

Mason dijo:

—Me desagrada interrumpir a la acusación, pero creo que tengo derecho a examinar a la testigo sobre *voir dire*.

—Puede usted hacerlo —invitó Nelson—. Sin embargo, ya casi he terminado con esta testigo y tal vez prefiera hacerlo durante el contrainterrogatorio.

—No hay inconveniente —dijo Mason.

—Bien, sólo le haré una pregunta más. ¿Vio de nuevo este revólver el día 11 del corriente?

—Sí.

—¿Dónde?

—Estaba en poder del teniente Tragg. El me lo enseñó.

—Contrainterrogatorio —dijo Nelson.

—¿Cómo sabe que es el mismo revólver que le dio Mr. Baxter? —preguntó Mr. Mason.

—Bueno, bueno… Puedo asegurar que es el mismo revólver. Mr. Gillett lo encontró donde yo lo perdí.

—¿Sabe dónde se le cayó a usted, el sitio exacto?

—El sitio exacto, no. Lo perdí mientras daba un paseo. Entonces lo encontró. Mr. Gillett.

—¿Sabe *cuándo* se le cayó?

—Sí. Fue la noche del día 3, hacia las nueve y media. Estaba paseando. Llevaba el revólver en el bolsillo de mi abrigo. Después de caminar un rato tuve calor y me quité el abrigo. Cuando regresé, el revólver no estaba.

—Piense usted detenidamente —dijo Mason—. Durante algún momento de ese paseo, ¿se aproximó a los arbustos bajo los cuales la policía encontró el revólver?

—No.

—¿No se acercó para nada a estos arbustos?

—Pasé ante ellos, pero no abandoné el camino.

—Pero, ¿pudo haber perdido el revólver cerca de los arbustos?

—No lo creo. Tuve que perderlo cuando me quité el abrigo y lo doblé. Recuerdo que hice esto a un centenar de metros de la puerta, mientras andaba ya por la carretera.

—¿Anotó usted el número del revólver que le dio Mr. Baxter?

—Desde luego que no.

—¿Era un arma nueva?

—Me la entregó el mismo día que la compró.

—¿No tenía ninguna señal característica, ningún arañazo, ninguna desconchadura?

—Ciertamente, no. Era un revólver completamente nuevo.

—¿Hay ahora arañazos o desconchaduras en el revólver?

—Observo que hay arañazos en la empuñadura. Tengo entendido que es una señal hecha por el teniente Tragg.

—¿Cuándo observó por primera vez esa señal?

—Cuando el teniente Tragg me hizo fijar en ella.

—¿Y no recuerda usted ninguna señal distintiva en el revólver que le entregó Mr. Baxter?

—Bueno… no.

—¿No sabe usted si éste es el revólver que le entregó Mr. Baxter, o si es sencillamente uno de los millares de revólveres manufacturados por la compañía Smith & Wesson y vendidos en todo el país?

—Bueno, si quiere exponerlo de esta manera, lo único que

puedo decir es que se parece al revólver que me dio Mr. Baxter.

—Gracias —dijo Mason—. Quiero exponerlo de esta manera. Nada más.

Nelson convocó a Alexander Redfield, experto en armas de fuego y en balística, y le preguntó si había examinado la bala fatal y había hecho pruebas para determinar si dicha bala había sido disparada con aquella arma.

Redfield declaró que había efectuado tales pruebas.

—¿Qué puede manifestar en relación con la bala fatal y esta arma?

—La bala fatal fue disparada con este revólver que tengo en las manos, este Smith & Wesson número C232721 —dijo Redfield.

—Ahora, con la venia de la sala —manifestó Nelson—, solicito que se admita esta arma como prueba.

—Protesto. Es una petición inadecuada, impertinente, inconsciente e injustificada —dijo Mason.

—¿Cuál es su punto de vista? —preguntó el juez Laporte.

—Este, Señoría: en el asunto falta un eslabón. Creo que Belding Baxter entró en posesión de este revólver el día que fue comprado. Que él demuestre que entregó al ama de llaves el revólver que compró.

—Con la venia de la sala, esto no representa ninguna diferencia —dijo Hamilton Burger—. Este revólver fue hallado en el terreno donde evidentemente lo tiró el asesino. Es el arma del crimen. Fue comprado por George Belding Baxter, y un revólver, semejante en todo a éste, fue entregado al ama de llaves, quien más tarde notó su desaparición. No necesitamos más. En realidad, no necesitamos demostrar nada, excepto que el revólver fue hallado en aquel terreno y que es el arma del crimen. Es lo único que necesitamos para que pueda presentarse como prueba. Todo lo demás, tiene por único objeto exponer los antecedentes del revólver.

—La sala se siente inclinada a compartir la opinión del fiscal —dijo el juez Laporte—, pero, ¿por qué no llamar sencillamente a Mr. Baxter para que declare que el revólver que compró fue el que entregó al ama de llaves? Entonces habrá relacionado esta arma como su número de serie específico.

—Porque no es necesario —dijo Hamilton Burger.

Mason habló secamente:

—Porque George Belding Baxter me ha demandado cien mil dólares de daños y perjuicios por haberle entregado una citación para que se presentara a declarar en favor de la encausada. Si fuese llamado a declarar por el fiscal, entonces resultaría evidente que su presencia aquí era necesaria y yo no le habría causado ningún perjuicio al exigir que no se marchara y declarase por la defensa. Este es el único motivo de que Hamilton Burger esté presente en la sala: llevar el caso de manera que no sea necesaria la presencia de George Belding Baxter como testigo.

El juez Laporte sonrió débilmente y después se quedó pensativo.

—Desde luego —manifestó a continuación—, el procedimiento normal sería aclarar la procedencia del arma, pero… dadas las circunstancias, me siento inclinado a convenir con el fiscal que lo único que es realmente necesario a fin de presentar el revólver como prueba, es demostrar que ha sido utilizado para cometer el crimen y que ha sido encontrado en cierto sitio.

»Esta es base suficiente para la admisión del arma. Ahora bien, si hemos de profundizar más y tratar de relacionar el revolver con la encausada, desde luego aquí existe una cierta laguna.

—Comprendemos bien esto, Señoría. Ya colmaremos la laguna —dijo Hamilton Burger con tono confiado—. De hecho, creo que tenemos un testigo que aclarará este asunto.

—Bueno —dijo el juez Laporte—. El Tribunal está de acuerdo con usted en que hay base suficiente para que el arma sea presentada como prueba. Será admitida con un número adecuado.

Hamilton Burger no disimuló su expresión de triunfo.

—Gracias, Señoría.

Nelson convocó a Corley L. Ketchum.

Ketchum, ataviado con un traje oscuro que evidentemente llevaba años de utilización como «traje de ceremonias», parecía extrañamente incómodo. Declaró que era portero y jardinero de la finca de George Belding Baxter; que el ama de llaves tenía por costumbre permanecer levantada hasta las diez; que su deber consistía en cerrar y asegurar las puertas a esa hora; que la noche del día 10 él ignoraba que el ama de llaves se hubiese marchado antes, de conformidad con el permiso que le dio Mr. Baxter; y que dos o tres minutos antes de las diez de aquella noche, había cerrado y asegurado las puertas; que en tal momento no vio ningún

automóvil en las cercanías de las puertas; que había realizado el acto sencillo y rutinario de cerrarlas cerciorándose de que quedaban bien aseguradas; que después había regresado a su casa y se había ido a la cama; que antes de las diez no había oído que ningún coche entrara en la finca, pero que, por otra parte, aquello hubiera podido ocurrir sin que él lo oyese.

—¿Contrainterrogatorio? —preguntó Nelson.

Mason meneó la cabeza.

Un experto en huellas declaró que siguiendo las instrucciones del teniente Tragg, había sacado moldes de los neumáticos del coche de la encausada, así como de las huellas dejadas por unas ruedas en las proximidades del cadáver; que había comparado ambos moldes; que también había obtenido moldes de unas pisadas próximas el cadáver. Estos moldes fueron presentados como prueba junto con los de los neumáticos.

Mason, una vez más, no utilizó su derecho a interrogar al testigo.

—Observo que se aproxima la hora del aplazamiento para la comida —dijo el juez Laporte—. ¿Le quedan aún muchos testigos más, señor fiscal?

—Creo que con uno o dos más habrá suficiente —contestó Hamilton Burger.

—Muy bien. Se aplaza la vista hasta las dos de la tarde. La encausada permanecerá bajo custodia.

El juez Laporte abandonó su sitial. Paul Drake se adelantó hacia Mason y le dijo:

—Tienen un testigo misterioso, Perry. Está en el salón reservado para ellos. Está muy vigilado y nadie puede acercársele.

—¿Hombre o mujer?

—Hombre.

—¿Está seguro?

—Sólo he podido atisbar su cabeza, el cuello y los hombros cuando lo entraban apresuradamente. El sitio está rodeado por un cordón de policías. Por su manera de actuar, cualquiera pensaría que se trata de todo un personaje.

—¿Puedes describírmelo, Paul?

—Bueno, mide alrededor de… Oh, de estatura mediana, bastante corpulento. He observado que tenía el cabello negro y

rizado.

—Espera un momento —dijo Mason—. Espera un momento…

—¿Qué ocurre? —preguntó Della Street con aprensión.

—Ese es el hombre que dio el revólver a Gwynn Elston —contestó Mason—. Ya te dije que lo habían encontrado, Paul. Este es el motivo de que no indagaran en las estaciones de servicio, tratando de localizar a la persona que llamó para que fuera a cambiar el neumático averiado.

—No hubo ningún auto averiado —dijo Drake con obstinación—. No pudo haberlo. En eso, el elemento tiempo va contra ti. Lo he comprobado demasiado cuidadosamente. No había tiempo para enviar un coche de reparaciones y cambiar un neumático pinchado.

Mason frunció el ceño.

—Entonces, Paul, hay un elemento que desconocemos en este caso.

—Ya te he dicho que preparan una sorpresa grande. Se disponen a soltar la bomba. Tienen algo que reducirá tu defensa a añicos.

—Bueno —dijo Mason—, tomaremos un almuerzo ligero, volveremos a la sala de audiencia y nos sentaremos en nuestras sillas. Tal vez haya algún elemento que nosotros desconozcamos, pero una vez le pongamos la mano encima, quizá el sorprendido sea Burger.

Drake meneó la cabeza.

—Esta vez no, Perry. Puedes apostar hasta tu último dólar a que lo han comprobado todo una y otra vez. Se desprende de todos ellos una sensación tan triunfal que ni siquiera pueden disimularlo.

—Procuraremos adaptarnos a los acontecimientos —dijo Mason.

# Capítulo 15

Inmediatamente después de haberse constituido de nuevo la sala para la audiencia de la tarde, Hamilton Burger se puso en pie con la expresión triunfal de un prestidigitador que saca un conejo del sombrero.

—Deseo que se presente a declarar Carl Freeman Jasper —dijo.

Un guardia se acercó a la puerta que comunicaba con el salón de los testigos y la sostuvo abierta.

Mason, con rostro inexpresivo, susurró a Gwynn Elston:

—Ahora lleve cuidado. Va a recibir una sorpresa.

Por la puerta compareció un individuo de cerca de treinta años que avanzó rápidamente.

Los dedos de Gwynn Elston se clavaron en el brazo de Mason. Empezó a levantarse, pero Mason la hizo permanecer sentada.

—¡Es él! ¡Es él! —exclamó la joven.

—Cállese —susurró Mason.

—Es el hombre que me dio el revólver —murmuró ella.

Hamilton Burger, a quien no había pasado por alto aquella conmoción, dijo con tono satisfecho:

—Suba al estrado de los testigos, Mr. Jasper. Preste juramento, dé su nombre y dirección al secretario y siéntese.

Hamilton Burger se adelantó con aire de importancia.

—Mr. Jasper —dijo—, ¿a qué se dedica?

—Soy un investigador privado con licencia.

—¿Lo era ya durante la noche del 9 al 10 de este mes?

—Sí, señor.

—¿Desempeñaba alguna misión en aquella fecha?

—Sí, señor.

—¿Quién se la había encargado?

—Un hombre que dijo llamarse Felting Grimes.

—¿Y qué dirección le dio?

—El 367 de Mandala Drive.

—¿Le dio algún número de teléfono?

—En efecto.

Hamilton Burger se volvió hacia Mason e hizo una ligera inclinación.

—Con la venia de la sala y de la defensa —dijo—, me gustaría interrogar a este testigo de manera que muestre una relación cronológica de los hechos. De este modo, habrá menos confusiones. En justicia, me sería necesario demostrar ante todos su relación con el arma del crimen y con la encausada, y después retroceder, pero confío en que la sala y la defensa comprenderán lo aconsejable de que la narración siga cierto orden.

—No faltaría más —contestó Mason, correspondiendo a la suave cortesía de Hamilton Burger—. Nos interesa tanto como a la acusación. Puede usted proseguir, señor fiscal.

Hamilton Burger, que evidentemente había esperado alguna objeción y ansiaba la oportunidad de rebatirla, dijo:

—Gracias —con el tono de un hombre cuya primera bomba ha fallado, y se volvió hacia el testigo.

—¿Le había empleado Mr. Grimes?

—Sí, señor.

—¿Cuándo?

—La mañana del día 10.

—¿Y qué le pidió Mr. Grimes que hiciera?

—Con la venia de la sala —dijo Mason—, estoy dispuesto a consentirle ciertas cosas a la acusación a fin de terminar antes con todos los preliminares. Pero desde luego, no veo motivos para permitir que se aporten pruebas basadas en rumores.

—Esto forma parte del *res gestae* —dijo Hamilton Burger.

El juez Laporte meneó la cabeza.

—No, a menos que antes se demuestre que forma parte de la *res gestae* con alguna prueba más completa, señor fiscal. Se acepta la protesta.

—Muy bien —dijo Hamilton Burger—. ¿Qué hizo usted?

—Después de recibir instrucciones de Mr. Grimes, fui a la casa 671 de Trilby Way, cerca de Vista del Mesa, casa ocupada por el matrimonio Frankline Gillett.

—¿Sabía usted entonces que Frankline Gillett y Felting Grimes eran la misma persona?

—No, señor.

—¿Cuándo lo averiguó?

—Cuando se me llamó para que identificara el cadáver que habían encontrado en la finca de George Belding Baxter.

—¿Y cuándo ocurrió eso?

—Eso fue en la noche del día 11, después de haber sido trasladado el cadáver al depósito.

—Bueno, veamos; para cumplir la misión que se le había encomendado, ¿qué hizo usted?

—Fui a la residencia de los Gillett, dejé mi automóvil en un lugar donde no resultara muy visible y sometí aquella casa a vigilancia.

—¿Qué buscaba usted, si es que buscaba algo?

—Las matrículas de todos los coches que se detuvieran ante aquella casa; debía obtener, además, la descripción de cualquier mujer que entrara en la misma.

—¿Se le dio alguna descripción particular o alguna matrícula concreta en la que fijarse?

—No, señor. Sólo debía vigilar la casa a fin de poder describir las personas, en especial mujeres, que entraran en ella, y obtener las matrículas de los automóviles que se detuvieran frente al edificio o se metieran en él.

—¿Y qué tenía que hacer después?

—Tan pronto como obtuviera algún número de matrícula, o así que se produjera algún acontecimiento, debía telefonear a mi despacho, desde donde se comunicarían con Grimes.

—¿Cuándo hizo su primera llamada al despacho?

—A última hora de la tarde del día 10.

—¿Y de qué automóvil dio parte en aquella ocasión?

—Di cuenta del auto que más tarde he podido comprobar pertenece a la encausada, Gwynn Elston. Facilité su número de matrícula y di una descripción detallada de miss Elston. Es decir, una descripción tan minuciosa como me fue posible.

—¿Cuánto rato llevaba en la casa miss Elston cuando usted dio su informe?

—Unos tres minutos.

—¿Y lo dio telefónicamente?

—Sí, señor.

—¿Desde dónde dio el informe? Es decir, ¿dónde encontró el teléfono?

—Llevaba en mi automóvil un sistema de comunicación que me permitía enviar un mensaje a mi despacho para que desde allí lo transmitirán a Felting Grimes.

—¿Y cómo podía contestarle Felting Grimes?

—Sólo dando instrucciones a la persona que había en mi despacho, quien a su vez me las transmitiría mediante la radio de onda corta.

—Bueno, ¿qué ocurrió después?

—Seguí en mi puesto.

—¿Y qué sucedió?

—Mientras miss Elston estaba aún en la casa, aproximadamente a los veinte minutos de haber terminado de transmitir mi informe por la radio de onda corta, llegó Mr. Felting Grimes en coche; es decir, el hombre a quien había conocido como Felting Grimes. Desde luego, ahora sé que su verdadero nombre era Frankline Gillett y que Felting Grimes era el que utilizaba en relación con su otra casa, o tal vez debería decir con su otra identidad.

—Ahora —dijo Hamilton Burger—, creo que lo que sigue forma parte sin lugar a dudas de la *res gestae*. ¿Qué instrucciones le dio su cliente en aquella ocasión?

El juez Laporte miró a Perry Mason.

—¿Alguna objeción?

—Me parece que no —contestó Mason—. Con la venia de la sala, creo que conviene profundizar en este asunto. Está resultando extraordinariamente interesante.

—Sabía que lo encontraría muy interesante —replicó Hamilton Burger.

El testigo dijo:

—Mr. Grimes, según yo le conocía por entonces, y conforme seguiré refiriéndome a él en mi declaración, me dio instrucciones para que abandonara mi puesto y le siguiera.

—¿Su puesto estaba en Tribly Way?

—Sí, señor.

—¿A qué distancia quedaba de la finca de George Belding

Baxter?

—Bueno, eso depende. Si se refiere a…

—Me refiero a la entrada a la finca de George Belding Baxter, a las puertas de hierro.

—Cerca de medio kilómetro.

—¿Está en la carretera que la encausada siguió para ir y para volver?

—Está en la carretera que ella debió seguir. Yo no la vi hacerlo.

—Pero, ¿es la carretera que tenía que seguir forzosamente?

—Sí.

—¿Y la finca de Baxter, mejor dicho, las puertas de la finca de Baxter, están a una distancia fácilmente asequible a pie desde la casa de Tribly Way?

—Depende de lo que signifique fácilmente asequible —dijo el testigo.

—La sala toma nota de que medio kilómetro es medio kilómetro —dijo el juez Laporte—. Una distancia que se puede correr fácilmente en un período de cinco a siete minutos por un peatón que camine a un paso razonable. Prosigamos con el caso.

—Muy bien. ¿Qué hizo usted? —preguntó Hamilton Burger.

—Seguí el automóvil conducido por Felting Grimes hasta que llegamos a la finca de George Belding Baxter.

—¿Y qué?

—He de aclarar —dijo el testigo— que, ya en la entrada a la finca de George Belding Baxter, la carretera se ensancha al desembocar en ella el camino que sale de dicha finca, y ese fue el primer lugar donde pudimos aparcar nuestros coches sin correr el riesgo de ser alcanzados por los vehículos que pasaban.

—Muy bien, prosiga —dijo Hamilton Burger—. ¿Qué ocurrió?

—Detuvimos nuestros autos. Mi cliente me dijo que era completamente necesario que ideara algún pretexto para detener a la persona a quien había visto entrar en casa de los Gillett cuando pasara de regreso a la ciudad. Dijo que tenía que subir en el coche, junto con ella, y permanecer en su compañía hasta que la mujer utilizara un teléfono. Entonces debía enterarle del número al que llamaba. Dijo que ella era persona muy sociable y que tenía que ganarme su confianza. Dijo que, si era posible, tenía que pasar la noche con ella.

—¿Qué hizo usted?

—Protesté, afirmando que aquella misión era muy difícil. Mi cliente no hizo caso de mis quejas. Me preguntó si tenía un revólver. Le contesté que no. Entonces me entregó uno diciendo que, si era necesario, debía reventarle uno de los neumáticos posteriores del automóvil cuando pasara. Aseguró que ella no lo notaría, pues la detonación se confundiría con el estallido del neumático.

—¿Accedió usted a hacer tal cosa?

—Permití que me entregara el revólver. Tenía mis reservas mentales sobre lo que debía hacer, pero mi cliente estaba tan excitado que decidí no discutir con él.

—¿Qué hizo después?

—Aparqué mi coche a un lado de la carretera. Levanté la tapa del compartimiento para las maletas. Traté de fingir que tenía dificultades con un neumático. Decidí que si conseguía que la chica me llevara, le daría esa excusa.

—¿Qué hizo su cliente?

—Dijo que nos seguiría a distancia una vez hubiese yo conseguido que la mujer me llevara. A propósito, ahora sé que dicha mujer era miss Elston, la encausada aquí presente.

Hamilton Burger dijo:

—¿Su cliente le dio un revólver?

—Sí, señor.

—¿Y usted lo cogió?

—Sí, señor; aunque a regañadientes.

—¿Y se propuso ganar la confianza de la encausada?

—Sí, señor.

—¿Cogió usted el revólver que le daba su cliente?

—Sí, señor.

—¿Qué clase de arma era?

—Un revólver Smith & Wesson de calibre 38, con cañón de cinco centímetros de longitud.

—Este es el revólver que ha sido admitido como prueba de la acusación y marcado con la letra G. ¿Es éste el revólver al que usted alude?

—A ver, un momento —dijo Mason—. Supongo que esta pregunta requiere que el testigo llegue a una conclusión. Desearía

que se permitiera hacer preguntas basadas en *voir dire*.

—Puede usted hacerlas —dijo el juez Laporte.

—¿Anotó usted el número del revólver cuando Mr. Grimes se lo entregó? —inquirió Mason.

—No, señor.

—¿Examinó cuidadosamente el arma?

—La examiné cuidadosamente.

—¿Había en ella alguna señal distintiva que le permitiera jurar que este revólver, prueba G de la acusación, es el mismo que el que le dio su cliente?

—No observé ninguna señal distintiva.

—Entonces —dijo Mason—, usted no puede jurar que la prueba G de la acusación sea el revólver que él le dio.

—Sólo por su aspecto general.

—Como detective privado, ¿es usted experto en armas de fuego?

—Experto no, pero las conozco.

—¿Sabe que la compañía Smith & Wesson fabrica y vende millares de revólveres de un modelo idéntico?

—Lo supongo.

—¿Ha visto muchos de esos revólveres?

—Sí.

—¿Lleva usted armas en el ejercicio de su profesión?

—A veces.

—En la noche del día 10 de este mes, ¿llevaba alguna?

—No, señor. Por eso mi cliente me dio ese revólver.

—¿Y no puede usted asegurar rotundamente que este revólver, prueba G de la acusación, fuese el que Felting Grimes le dio?

—No, señor. No puedo jurarlo. Lo único que puedo afirmar es que era un revólver en apariencia idéntico.

—Esto termina mi interrogatorio basado en el *voir dire* —manifestó Perry Mason.

—Muy bien. Prosiga, señor fiscal —dijo el juez Laporte, inclinándose hasta apoyar los codos en el pupitre y mirando al testigo con extraordinario interés.

—Pero —dijo Hamilton Burger—, ¿no puede usted ver algo en el aspecto del revólver, prueba G de la acusación, que lo diferencia del que el hombre a quien usted conocía por Felting Grimes le dio aquella noche?

—No, señor.
—Muy bien. ¿Qué ocurrió luego?
—Tenía instrucciones de detener a la persona que iba en el auto, utilizar cualquier subterfugio para conseguir subir en él y permanecer en compañía de esta persona hasta que hiciese una llamada telefónica.
—¿Qué más?
—Mr. Grimes dijo que seguiría adelante hasta aparcar en un lugar donde pudiera pasar inadvertido. Miró carretera adelante y no vio ningún sitio adecuado. Le sugerí que tal vez pudiese meterse en la finca de George Belding Baxter, dar la vuelta con el coche y quedar en situación de salir rápidamente de la finca tan pronto como miss Elston hubiera empezado a alejarse.
—¿Y qué hizo Mr. Grimes?
—Aceptó mi sugerencia. Metió el auto en la finca de Baxter y esperó en las inmediaciones de las puertas.
—¿Qué sucedió después?
—Al cabo de pocos minutos vi unos faros que se acercaban. Yo salí al centro de la carretera, agité los brazos y enfoqué el haz de mi linterna hacia el parabrisas.
—Prosiga.
—La encausada conducía el coche. Lo detuvo, pero los cristales de las ventanillas estaban subidos y las puertas cerradas. Bajó unos pocos centímetros el cristal de la ventanilla derecha, mas no quiso acabar de bajarlo ni abrir la puerta del coche.
—¿Qué hizo usted entonces?
—Me acerqué al automóvil. Bajó la ventanilla un poquito más para poder oírme y me preguntó qué deseaba. Yo le mostré mi placa, le dije que era policía y que me ocupaba de un caso muy importante; que había tenido un pinchazo y la rueda de recambio también estaba deshinchada, de modo que no podía utilizarla; que carecía de gato y que era preciso que llegara a la estación de servicio más próxima a fin de conseguir ayuda. En fin, le pedí que me llevara con ella.
—¿Y qué ocurrió?
—Vaciló, por lo que yo le dije que no tenía nada que temer, pues no sólo era policía, sino que le entregaría mi revólver a fin de que pudiera defenderse si yo trataba de molestarla.

—¿Qué ocurrió entonces?

—Mis palabras la convencieron. Había hecho uso de toda mi persuasión y creo que quedó bastante complacida. Abrió la puerta y yo subí al auto poniendo el revólver en su regazo.

—¿Qué sucedió después?

—Pareció alegrarse de tenerme por compañero. Cuando llegó a la primera población, Vista del Mesa, fue vigilando las estaciones de servicio. Vi una que tenía cabina telefónica y le pedí que se detuviera allí. Dije que quería pedir al encargado que fuese a arreglar el neumático de mi coche.

—¿Y ella se detuvo?

—Sí, señor.

—¿Qué hizo usted?

—Me acerqué al encargado y le pregunté dónde estaba la sala de descanso. Después di la vuelta a la estación y me deslicé hasta colocarme detrás de la cabina telefónica llegando antes de que ella se apeara del automóvil.

—¿Qué hizo usted entonces?

—Me agazapé detrás de la cabina. Observé cómo ella marcaba un número que después he sabido pertenece a la agencia de detectives Drake preguntando por Perry Mason. Después observé cómo colgaba y marcaba otro número. Según he sabido después, pertenecía al Hollywood Brown Derby. De nuevo preguntó por Perry Mason.

—¿Sostuvieron una conversación?

—La sostuvieron.

—¿Escuchó usted las palabras de ella?

—Muy claramente.

—¿Qué le oyó decir?

—La oí decir que Felting Grimes era un granuja y que alguien debería matarlo. Guardó silencio mientras la persona que estaba al otro extremo de la línea decía algo. Después contestó que lo decía sinceramente, que si alguien lo mataba sería un bien para todos.

—¿Algo más?

—Concertó una cita por teléfono con la persona a la que hablaba. Quedaron en verse a las diez y media de la mañana siguiente.

—¿Qué sucedió después?

—Mi cliente nos había estado siguiendo. Aparcó su auto en una calle lateral. Vi que ella se disponía a colgar el teléfono y a salir de la cabina, de modo que me alejé. Corrí hasta el coche de mi cliente y ya estaba allí cuando ella salió de la cabina telefónica.

—¿Le repitió la conversación?

—Toda ella.

—¿Qué efecto le causó a su cliente?

—Le alteró mucho. Me dijo que subiera a su coche. Me condujo hasta la finca de Baxter, donde yo había dejado mi automóvil. Entonces dijo que la suerte estaba echada.

—¿Qué pasó después?

—Mi cliente me dijo que no tenía que hacer nada más, que por aquel día había terminado mi trabajo, que al siguiente me llamaría si volvía a necesitarme. Me pidió que le devolviera el revólver y le expliqué que lo había dejado en el coche de miss Elston, cosa que le preocupó. Me criticó por tal motivo, a lo que le contesté que era culpa de él. Que habría recuperado el revólver y probablemente concertado una cita con aquella mujer si no me hubiese ordenado que subiera a su auto y se me hubiera llevado de allí.

—¿Qué contestó él?

—Dijo que la mujer no bromeaba durante su conversación telefónica, que era capaz de matarle, y ahora que tenía un revólver…

—Solicito que se elimine esta frase por proceder de una tercera persona —dijo Mason.

—Muestra el estado de ánimo de la víctima —replicó Hamilton Burger.

El juez asintió.

—Voy a permitir que conste esta frase. Creo que todo está íntimamente relacionado. Es *res gestae*.

—¿Qué hizo usted después? —preguntó Burger al testigo.

—Cerré la puerta del portamaletas de mi automóvil, di el contacto, encendí las luces y me marché.

—¿Dónde estaba su cliente en aquel momento?

—Estaba bajo la lluvia, junto a su auto.

—¿Y dónde estaba su auto?

—Junto a las puertas de la finca de George Belding Baxter.

—Dichas puertas, ¿estaban cerradas o abiertas?

—Entonces estaban abiertas.
—¿Sabe qué hora era?
—Sí, señor.
—Díganoslo.
—Las diez menos diez minutos.
—¿Cómo sabe la hora?
—Miré mi reloj y tomé nota porque en aquel momento terminaba mi trabajo.
—Veamos, cuando dejó usted a la encausada en la estación de servicio, ¿la dejó en posesión del revólver que su cliente le había entregado?
—Sí, señor.
—Le haré una pregunta más —dijo Hamilton Burger—. En el momento en que su cliente le dio el revólver, ¿lo examinó usted?
—Sí, señor.
—¿Qué hizo? ¿Cómo realizó el examen?
—Pregunté a Mr. Grimes si el revólver estaba cargado. Me contestó que sí, desde luego. Sin embargo, según tengo por costumbre, abrí el cilindro y lo examiné.
—¿Quiere decir que miró su interior?
—Sí.
—¿Los cartuchos que había en el cilindro?
—Sí.
—¿Qué nos puede decir relacionado con la carga del revólver?
—Que en el cilindro había seis cartuchos cargados del calibre 38.
—¿En aquel momento no se había disparado ninguno de los cartuchos?
—En aquel momento, no.
—¿Está usted seguro?
—Sí.
Hamilton Burger se volvió hacia Perry Mason.
—Puede empezar el contrainterrogatorio —dijo, y por el tono de su voz parecía más un desafío que una invitación.
Mason se puso en pie. Por un momento contempló pensativamente al testigo.
—El revólver, prueba G de la acusación, es un arma bastante popular, especialmente entre los detectives privados, ¿verdad?

—En efecto. Es particularmente popular entre los policías que visten de paisano y cuantas personas necesitan tener a mano un arma que no les interesa sea pesada o voluminosa como la que llevan los policías de uniforme.

Mason se acercó a la mesita en que se exhibían las pruebas, cogió el revólver y se encaminó hacia donde estaba el testigo.

—Ahora —dijo—, ¿hay algún sistema para que identifique usted este revólver, lo diferenciaría de cualquier otro de la misma marca, excepto por el hecho de que la prueba G de la acusación tiene una etiqueta colgada del guardamonte?

El testigo estudió el revólver que Mason le mostraba.

—No —contestó.

Mason devolvió la prueba G a la mesita y volvió a enfrentarse con el testigo.

—¿No puede usted jurar que este revólver, prueba G de la acusación sea el que usted entregó a mi defendida?

—No, señor, no puedo jurarlo. Lo único que puedo jurar es que se trata de un revólver de aspecto similar.

—¿Se le alquiló para que tratara de ganarse la confianza de mi defendida?

—Para que tratara de averiguar a quién telefoneaba ella y cuáles eran sus planes.

—¿Hizo usted uso de toda su amabilidad cuando le habló?

—Traté de ganarme su confianza.

—¿A fin de poderla traicionar después?

—A fin de complacer a mi cliente.

—¿Estaba dispuesto a hacerle el amor a mi defendida, a mentirle o a cualquier cosa que fuese necesaria para cumplir su propósito?

—Tenía un trabajo que realizar. Es mi profesión, no siempre se pueden escoger los medios de que hemos de valernos para alcanzar nuestros fines.

—Conteste la pregunta: ¿estaba dispuesto a hacerle el amor a mi defendida?

—Sí.

—¿A mentirle?

—Sí.

—¿Considera usted que su trabajo requiere que diga mentiras de vez en cuando?

—Sí.

—¿Y está dispuesto a mentir por dinero?

—Por dinero, no.

—Entonces, ¿por qué?

—Para obtener la información que me interesa.

—¿Se gana la vida así?

—Tengo una profesión.

—¿Gana dinero con ella?

—Me gano la vida, sí.

—Conteste a la pregunta: ¿gana dinero con ella?

—Sí.

—¿Miente a fin de ganar ese dinero?

—Oh, está bien; si quiere puede decirlo así.

Mason manifestó:

—Esto es todo.

—Y esto termina el caso de la acusación —dijo Hamilton Burger —. Ahora resulta evidente lo que ocurrió, Señoría. La víctima estaba viva y gozaba de buena salud cuando este testigo se separó de ella a las diez menos diez. En aquel momento, el arma del crimen estaba en poder de la encausada. Sabemos que la muerte de Gillett tuvo que ocurrir antes de las diez, porque las puertas de la finca de George Belding Baxter se cerraron a esa hora. Sabemos que la encausada tenía el arma del crimen en su poder a la mañana siguiente. Sabemos que pasó toda la noche en la casa de Mandala Drive porque Nell Arlington, conocida como Nell Grimes, esposa de Felting Grimes, sabría si la encausada hubiese salido durante la noche. A la mañana siguiente, cuando la encausada enseñó el revólver a la testigo Nell Arlington, en el tambor había un cartucho disparado.

»Por lo tanto, éste es uno de los casos más perfectos de evidencia circunstancial con que nos hemos enfrentado. Las circunstancias hablan con mayor claridad que las palabras y con mayor énfasis que cualquier negativa. La encausada averiguó que la víctima le había seguido. Entonces ella le siguió a su vez hasta la finca de Baxter. En el momento en que el testigo Jasper se alejó en su coche, la encausada entró en la finca en pos de Gillett, le asesinó y se marchó en su auto, todo ello antes de las diez, hora en que se cerraron las puertas.

»Dichas puertas permanecieron cerradas toda la noche. El asesinato tuvo lugar durante la noche del día 10. Sólo un período de diez minutos para la comisión del crimen, y durante ese tiempo la encausada tenía en su poder el arma del crimen.

»Estos hechos no pueden ser puestos en duda o explicados de otra manera. Son hechos físicos que proclaman la culpabilidad de la encausada.

—¿Trata usted de debatir el caso ahora? —preguntó Mason.

—Llámelo debate, si lo desea —dijo Hamilton Burger—. Me limitaba a resumir los testimonios en beneficio de la sala.

—Bueno, procedamos según el orden descrito —dijo el juez Laporte—. Ya ha fundamentado usted su caso, señor fiscal. ¿Tiene alguna prueba la defensa?

»No hay que olvidar que, de momento, el tribunal sólo necesita que se le demuestre que se ha cometido un crimen, lo que en este caso no deja lugar a dudas, y que determine si hay motivos razonables para relacionar a la encausada con el crimen. No parece caber duda de que las pruebas lo atestiguan así.

Hamilton Burger, sonriendo triunfalmente, se sentó, dejando a Mason frente al juez.

—Con la venia de la sala —dijo Mason, mostrando en su expresión que pensaba aprisa y trataba de orientarse con las nuevas facetas que había revelado el caso—; la sala ha expuesto lo que es legal. Si el fiscal no hubiese llamado a declarar a este último testigo, desde luego tendría derecho a una orden de procesamiento de la encausada, pero el fiscal ha dado un paso de más. Ha presentado pruebas que establecen decisivamente la inocencia de la encausada. Ahora no puede pedir que se enjuicie a la encausada, pese al hecho de que hasta la declaración de este último testigo había pruebas que parecían relacionar a la encausada con la perpetración del crimen.

—¿Insinúa el abogado defensor que la declaración de este último testigo demuestra concluyentemente la inocencia de la encausada? —preguntó Burger con incredulidad.

—Así es —dijo Mason.

—Le agradeceré que se explique —dijo Burger con cortesía exagerada—. Me agradaría muchísimo escuchar cómo puede la defensa justificar una cosa tan absurda.

—La respuesta es muy sencilla —dijo Mason—. Resulta evidente

que el último testigo, Carl Freeman Jasper, tenía el arma del crimen en su poder, que fue la última persona que vio viva a la víctima, que aunque ha hecho un relato que trata de desvirtuar estos hechos, sigue siendo una realidad que este testigo tenía en su poder el arma del crimen y estuvo con la víctima pocos minutos antes de la hora del crimen.

»Dadas las pruebas, el dedo de la sospecha señala más acusadoramente a este último testigo que a mi defendida. El testigo ha admitido que el revólver estaba en su poder. Ha admitido que fue la última persona que vio viva a la víctima. Y la sala observará en especial que durante todo el interrogatorio del señor fiscal, mientras la acusación le hizo preguntas sobre el revólver, *ni una sola vez se atrevió preguntarle sencillamente: «¿Asesinó usted al hombre a quien conocía por Felting Grimes o tuvo algo que ver con su muerte?»*. El señor fiscal no se ha atrevido a hacerle esta pregunta.

Mason se sentó.

Hamilton Burger, con el rostro congestionado, se levantó de un salto.

—¡Pero, Señoría, ésta es la conclusión más absurda que he oído en toda mi vida! —gritó—. Esto es… Oh, esto es una tontería. En vista de lo cual, la acusación solicita permiso para proseguir con el caso, a fin de traer de nuevo al testigo y hacerle la pregunta que la defensa ha dicho que no nos hemos atrevido a hacerle. ¡Ya verá la defensa si nos atrevemos o no!

Mason sonrió.

—La defensa no tiene inconveniente, Señoría. Que la acusación prosiga el caso.

Hamilton Burger se enfrentó con la sala.

—¡Carl Jasper! —gritó—. Por favor, ocupe de nuevo el estrado de los testigos.

Jaspers se adelantó.

—¿Mató usted a Felting Grimes?

—No.

—Esto es todo —dijo Hamilton Burger—. Puede retirarse.

—Un momento —dijo Mason—. Desearía interrogar también al testigo. Mr. Jasper, ¿cuándo le empleó míster Grimes por primera vez?

—Protesto —dijo Hamilton Burger—. Esta pregunta ya ha sido

hecha y contestada.

El juez Laporte manifestó:

—Creo que esto es cierto, Mr. Mason. En la declaración ha quedado claro que fue empleado el día nueve.

—Mi pregunta se refiere a cuándo Mr. Grimes empleó *por primera vez* a Mr. Jasper.

—Y la pregunta ha sido hecha y contestada —dijo Hamilton Burger, elevando la voz.

—Creo que esto es correcto —dijo el juez Laporte.

Mason, que había estado observando el rostro del testigo, contestó:

—Muy bien. Plantearé mi pregunta de otro modo. ¿Había sido empleado por Mr. Grimes antes del día 9 de este mes?

—Protesto —dijo Hamilton Burger—. La pregunta es inadecuada, impertinente e impropia de un contrainterrogatorio. Mi pregunta durante el segundo interrogatorio, se ha limitado a si era o no culpable de asesinato.

—Y mi pregunta en este segundo contrainterrogatorio tiene por finalidad mostrar la mala fe por parte del testigo, su interés en el desenlace de este caso.

—Permitiré esta última pregunta —dijo el juez.

—Con la venia de la sala —insistió Hamilton Burger—, no me gusta seguir discutiendo con la sala, pero desde luego creo que nos estamos apartando del asunto y que el contrainterrogatorio resulta inadecuado.

—Considero que la defensa tiene derecho a investigar si existe mala fe o algún interés —dijo el juez Laporte—. La sala confiesa que se ha preguntado cómo podía Mr. Grimes haber llamado a ese testigo para utilizarle como detective privado sin, digámoslo así, ningún antecedente, cual si se lo hubiese sacado de la manga. Conteste la pregunta, señor testigo.

Jasper dijo:

—Fui empleado por primera vez por Mr. Grimes hace dos años y medio o tres.

—¡Cómo! —exclamó Hamilton Burger mostrando sorpresa en el rostro y en la voz.

—No tengo la fecha exacta —dijo Jasper—. Hace aproximadamente dos años y medio o tres.

Mason prosiguió:

—Mr. Grimes le empleó en relación con unas huellas dactilares, ¿verdad?

—Sí, señor. Me dio unas huellas latentes y una colección completa de diez huellas, preguntándome si podía determinar si las huellas latentes coincidían con la colección impresa.

—¿Coincidían?

—Sí, señor.

—¿Sabía a quién pertenecían aquellas huellas?

—No, señor.

—¿No tenían ninguna identificación?

—No, señor.

—¿Cómo le fueron entregadas las huellas impresas?

—Me las dio Mr. Grimes.

—Me refiero a si sabe de dónde procedían. ¿Lo sabe?

—No, señor.

—¿Eran huellas dactilares impresas?

—Sí.

—¿Qué quiere decir?

—Habían sido hechas en un pedazo de papel.

—En otras palabras, aquellas huellas, si le he entendido bien, eran del mismo tipo que las que utiliza la policía cuando trata de localizar a un criminal, ¿no?

—Sí, señor.

—¿Y aquellas huellas impresas habían sido recortadas de la circular a fin de eliminar todas las indicaciones?

—Sí, señor.

—¿Despertó esto su curiosidad?

—En cierto modo.

—¿Y clasificó usted aquellas huellas e hizo gestiones para averiguar a quién pertenecían?

—No, señor. En realidad pensé en ello, pero finalmente decidí no hacerlo.

—¿Devolvió todas las huellas a Mr. Grimes?

—Sí.

—¿Y desde aquel momento supo, o sospechó con buen fundamento, que Felting Grimes había localizado a una persona a quien buscaba la policía?

—Yo… Bueno, supongo que sí.

—¿Pero que no había entregado dicha persona a la policía?

—Bueno, sí.

—¿Y usted comprendió que era una situación perfecta para un chantaje?

—Esto no se me ocurrió.

—No seamos cándidos, Mr. Jasper. Usted sabía lo que pensaba la víctima, ¿verdad?

—Tal vez lo sospechara.

—Y como lo sospechaba, tuvo la habilidad de clasificar las huellas y buscar en los archivos del F. B. I. para ver a quién pertenecían, ¿verdad?

—Yo… Bueno… Sí.

—¿De modo que ha mentido cuando ha manifestado hace un momento que no siguió la pista de esas huellas?

—Sí.

—¿Y esas huellas no pertenecían a Collington Halsey, uno de los hombres más buscados por el F. B. I.?

—Sí.

—Y desde entonces, usted le hizo chantaje a Felting Grimes, del mismo modo que Grimes se lo hacía a Halsey…

—No he hecho tal cosa. Me ofende su insinuación. Es falsa.

—¿Cuánto dinero recibió usted de Felting Grimes los dos años y medio últimos?

—Ninguno, excepto por servicios prestados.

—¿Cuánto dinero?

—Lo que cobraba por varios servicios profesionales.

—¿Cuánto dinero? Recuerde que declara bajo juramento.

—Sólo lo que valían mis servicios.

—¿Cuánto dinero?

—No lo recuerdo.

—¿Cinco mil dólares?

—Posiblemente.

—¿Diez mil?

—Tal vez.

—¿Veinte mil?

—No lo recuerdo.

—¿Treinta mil?

—No, tanto no.

—Eso es todo —dijo Mason—. Como chantajista y perjuro, con el arma del crimen en su poder, la sala puede sacar sus propias conclusiones.

El juez Laporte miró pensativamente a Perry Mason.

—Mr. Mason, ¿le importaría explicar a la sala por que ha hecho al testigo esa pregunta sobre las huellas dactilares? Aparentemente, en este caso hay ciertos aspectos que ninguno de nosotros conoce, pero que usted ha deducido de la declaración de este testigo y… Bueno, la sala tiene la impresión de que tal vez en este caso haya algo que usted sospecha y que podría resultar interesante para la sala.

—No ha sido más que un disparo a ciegas —dijo el decepcionado Hamilton Burger—. Evidentemente, sólo se trata de eso.

—Si se trata de un disparo hecho a ciegas —dijo el juez Laporte —, la defensa parece tener muy buena puntería.

—Creo, con la venia de la sala —dijo Mason—, que si pudiera volver a llamar a un testigo para un nuevo contrainterrogatorio, podríamos aclarar el asunto.

—Protesto —dijo Hamilton Burger—. Si la defensa desea llamar a un testigo, que lo haga por su cuenta y riesgo. El caso ha sido cerrado ya por la acusación.

—La acusación ha vuelto a abrirlo al llamar otra vez a Mr. Jasper —dijo pensativamente el juez Laporte—. Un tribunal no es sólo un lugar en el que los abogados pueden entregarse a una gimnasia mental, sino el lugar donde se trata de descubrir la verdad o falsedad de las acusaciones que se han hecho y donde puede administrarse justicia.

Mason dijo:

—Con la venia de la sala, desearía ver la lista mecanografiada de las posibilidades que se le entregaron a mi defendida, entre las cuales había el nombre de mistress Frankline Gillett. Creo que después tal vez pueda contestar más explícitamente las preguntas de la sala.

Mason se acercó a la mesita de las pruebas, cogió la lista y regresó con ella junto a Della Street.

—Examina bien esto, Della —susurró—. Que te ayude Paul.

Comprueba si el último nombre de la lista fue escrito con la misma máquina que los demás. Si no lo fue, menea la cabeza cuando te mire; de lo contrario, asiente.

Perry Mason se situó ante el sitial del juez.

—Con la venia de la sala —dijo—, en este caso hay ciertos aspectos que considero que deberían tomarse en consideración. Creo que la sala debiera permitirme contrainterrogar de nuevo a uno de los testigos. Sin embargo, si…

—Nos negamos a reanudar el caso —dijo Hamilton Burger—. La defensa ha tenido ya su oportunidad. Enfrentémonos con los hechos. Dadas las circunstancias, la encausada es la única que puede ser culpable de este asesinato.

—Con la venia de la sala —dijo Mason—, hay varias posibilidades más. En primer lugar, Carl Jasper puede ser culpable del crimen. Pudo haber matado a la víctima antes de entregar el revólver a mi defendida.

Mason hizo una pausa y quedóse mirando a Della Street.

Ella levantó la vista y meneó la cabeza.

Hamilton Burger dijo:

—Con la venia de la sala, lo que la defensa trata de conseguir, resulta demasiado aparente.

»Como de costumbre, en estas audiencias preliminares, el abogado defensor no tiene la menor intención de hacer una defensa en toda regla ni de llamar a ningún testigo.

»Sin embargo, la defensa ha hecho uso abusivo de su autoridad para tratar de someter a chantaje a Mr. George Belding Baxter, utilizando una citación para molestarle hasta el punto de conseguir de él ciertas concesiones favorables a la encausada.

»Pero Mr. Baxter es todo un hombre. Se ha negado a aceptar el chantaje y dejarse intimidar. Ha presentado una demanda contra Mr. Mason por cien mil dólares.

»Si Mr. Mason no llama a declarar a Mr. Baxter, quedará demostrado que la queja de Mr. Baxter tiene fundamento. Si la sala le obliga a ello, es probable que Mr. Mason trate de llamar a Mr. Baxter, pero lo que ahora desea hacer es confundir los hechos de tal manera que, cuando el caso de Baxter llegue a juicio, pueda afirmar con ciertos aires de veracidad, que había citado a Mr. Baxter porque pensaba que, según y cómo evolucionara el caso, éste podía ser un

testigo necesario y que la entrega de la citación a Mr. Baxter fue hecha de buena fe.

»Esto es todo lo que hay en este caso. No puede haber duda de que las pruebas indican la culpabilidad de la encausada. Nadie más puede ser el culpable. Han aparecido ciertas pruebas de un chantaje. Mi oficina las examinará. Pero lo que la defensa trata ahora de hacer es confundir los hechos hasta el punto de convertir a la sala en cómplice involuntario de una defensa fingida que podrá utilizar cuando se vea la demanda presentada por Mr. Baxter.

El juez Laporte frunció el ceño.

—Desde luego —dijo—, la sala toma en consideración ciertos aspectos del caso al examinar una situación así. La sala aprecia bien la lógica de la posición del señor fiscal, así como la tentación que indudablemente existe por parte de la defensa para hacer una serie de preguntas que justifiquen aparentemente el haber convocado a Mr. Baxter como testigo.

Mason dijo:

—Con la venia de la sala, me propongo llamar a declarar a Mr. Baxter.

—¿Se propone plantear la defensa? —preguntó el juez Laporte.

—En efecto —dijo Mason.

—Muy bien —dijo el juez Laporte—. Adoptaré una determinación poco corriente. Permitiré que la defensa presente su caso. Si en el transcurso de dicha presentación aparece que existen buenos motivos para su petición de llamar de nuevo a uno de los testigos de la acusación, a fin de contrainterrogarlo otra vez, suspenderé la presentación del caso por la defensa y aceptaré su demanda de llamar al testigo de la acusación.

—Que llame a declarar a George Belding Baxter —dijo Hamilton Burger—. Que lo intente. Le desafío a que lo haga.

—No hay razón para tales exabruptos por parte de la acusación —dijo el juez Laporte—. Puede usted presentar su caso, Mr. Mason.

—Como primer testigo de la defensa —dijo Mason—, solicito la presencia de George Belding Baxter.

—Adelántese y preste juramento, Mr. Baxter —ordenó el juez Laporte.

Baxter dirigió una mirada significativa cuando avanzó, levantó la mano derecha y prestó juramento como testigo.

Cuando Baxter se hubo sentado, Hamilton Burger se puso en pie.

—Con la venia de la sala —dijo—, pienso protestar todas las preguntas que se hagan a este testigo que no guarden una relación directa e inequívoca con el caso. No permitiré que la defensa inicie una expedición de tanteo sin que tal propósito quede en evidencia.

—Dadas las circunstancias —dijo el juez Laporte—, considero que la sala debe cuidarse de proteger al testigo contra lo que puede llamarse una expedición de tanteo.

—Con la venia de la sala —dijo Mason—, y por el mismo motivo, habida cuenta de que se trata de un testigo hostil, consideró que tengo derecho a hacer preguntas importantes.

—La sala está de acuerdo con usted en esto, míster Mason. Empiece.

George Baxter se sentó en la silla de los testigos, mirando sombríamente a Perry Mason, preparado para atacar al abogado a la primera oportunidad.

—¿Cuánto tiempo hace que es usted propietario de esa finca? —preguntó Mason.

—Protesto —dijo Hamilton Burger—. La pregunta resulta inadecuada, impertinente e injustificada.

—Se rechaza la protesta —dijo el juez Laporte.

—Hace unos dieciséis años que la compré, Mr. Mason —contestó George Baxter—, y deseo declarar que no sólo considero que esto no tiene nada que ver con el caso, sino que desconozco todos los hechos del mismo. En la noche del día 10 yo estaba en Bakersfield, California. No supe nada del crimen hasta el día 11, cuando regresé de esta ciudad.

Baxter sonrió triunfalmente, arrellanándose en el sillón de los testigos.

Mason dijo:

—En tal caso, Mr. Baxter, le preguntaré cuánto tiempo hace que sabe que su empleado Corley L. Ketchum es en realidad Collington Halsey, buscado por la policía en relación con un atraco y un asesinato.

Hamilton Burger se levantó de un salto para protestar, pero quedó inmóvil cuando vio el rostro de Baxter.

La sonrisa triunfal había abandonado los labios de éste, pareciendo empequeñecer dentro de su ropa.

Hamilton Burger calló durante un segundo que fue decisivo antes de decir:

—Con la venia de la sala, protesto. Es una pregunta inadecuada, impertinente e injustificada.

La vacilación de Hamilton Burger había llamado la atención del juez Laporte lo suficiente como para que éste se volviera también a mirar al testigo. Y la contestación surgió con prontitud inesperada.

—Se rechaza la protesta. Que responda el testigo.

Baxter permaneció silencioso en su sillón.

—¿Ha entendido la pregunta? —inquirió Mason.

—La he entendido.

—¿Va a contestarla?

Baxter hizo una larga y profunda inspiración. Finalmente dijo:

—Hace años que lo sé.

—¿Qué relación existe entre Mr. Ketchum y usted?

—Es mi hermano.

—¿Y le ha amparado usted sabiendo que la policía le buscaba?

—Sí.

—¿Dos años y medio atrás aproximadamente, la víctima, Frankline Gillett, descubrió su secreto?

—Descubrió la identidad de mi hermano, sí.

—¿E inició un chantaje?

—Sí.

Hamilton Burger dijo:

—Con la venia de la sala, esto se aparta tanto de…

—Si se dispone a presentar una protesta, queda rechazada de antemano —dijo el Juez Laporte—. Creo que ahora empezamos a llegar al fondo del caso. Supongo, Mr. Mason, que ha deducido usted esto del hecho de que las huellas que fueron entregadas al detective Carl Freeman Jasper pertenecían a Collington Halsey, ¿no es así?

—Sí, Señoría.

El testigo dijo:

—Señoría, creo que será mejor hablar con entera franqueza. Mi hermano, que se ha ocultado con el nombre de Corley L. Ketchum, es en realidad Collington Halsey, y mi verdadero nombre es George Belding Halsey. Mi hermano llevó en cierta época una vida criminal, en colaboración con Gorman Gillett, padre de Frankline

Gillett.

»Gorman Gillett cumplió condena y fue puesto en libertad. Nunca he sabido cómo descubrió Gorman Gillett mi identidad, pero creo que fue debido a un artículo que apareció en el *Saturday Evening Post*. Tratamos de que mi hermano no apareciera en aquel artículo, pero sin saberlo nosotros, el fotógrafo tomó una instantánea de mi hermano y mía mientras contemplábamos unos planos. En el pie ponía: «George Belding Baxter y su jardinero, Corley L. Ketchum, estudian los planos de una edificación».

»Fue poco después de esto cuando Frankline Gillett visitó a mi hermano y le hizo ciertas peticiones. Desde entonces, hemos estado pagando el chantaje.

Hamilton Burger empezó a levantarse para decir algo, pero de repente se dejó caer en su sillón.

—Cuéntenos ahora lo que ocurrió la noche del 10 —dijo Mason.

—No podíamos hacer nada —prosiguió el testigo—. Éramos impotentes. Tuvimos que aceptar el chantaje. Las huellas de mi hermano estaban registradas y el F. B. I. le buscaba. Haciendo que viviera conmigo en calidad de empleado de humilde condición, pudimos mantener en secreto su identidad. Sin embargo, después de que su identidad fue descubierta por Gorman Gillett y la información llegó a su hijo Frankline, tuvimos que pagar, y pagar mucho. Sin embargo, a veces dudo de que Gorman supiese lo que su hijo hacía, o lo mucho que obtenía.

»Cuando el día 10 estaba en Bakersfield, en un diario local leí que Gorman Gillett había fallecido.

—¿Fue entonces cuando comprendió que si algo le ocurría a Frankline Gillett, el secreto de su hermano estaría a salvo?

—Nada de eso —contestó el testigo—. Gillett utilizó esa circunstancia para hacernos nuevas peticiones. Me enteré de ellas por teléfono. Quería que hiciese algo que yo no podía. Pero yo no le maté, ni mi hermano tampoco. De eso estoy seguro.

—Cuéntenos lo que sepa acerca de las nuevas peticiones —dijo Mason.

Baxter prosiguió:

—Telefoneé a mi hermano. Me dijo que debía regresar a casa de manera que pareciese que seguía en Bakersfield. Dijo que no podía explicarse, pero que todo dependía de eso. Me registré en un motel

de Bakersfield. Manifesté que cenaría y me iría a la cama temprano. Cené, firmé la nota, me metí en mi apartamento, desarreglé la cama, subí a mi auto y conduje hasta mi finca. Llegué poco después de las once.

»Allí encontré a Frankline Gillett en compañía de mi hermano. Gillett quería una cantidad completamente irrazonable por lo que él llamaba el pago final. Observó que, como su padre había muerto, estaba en situación de dejarnos por fin tranquilos. Arguyó que mientras su padre vivía, alguien podía obtener una confesión de él, incluso el padre podía traicionarnos involuntariamente. La explicación no me pareció muy lógica, aunque indudablemente la muerte del padre disminuía el peligro de que fuésemos descubiertos.

»Frankline nos dijo que estaba en un apuro serio, que necesitaba acallar a una mujer entrometida que le había estado espiando, y que no sólo necesitaría dinero, sino también mi ayuda; que yo tenía que proporcionarle una coartada.

—¿Y qué ocurrió? —preguntó Mason.

—Rehusé —dijo Baxter—. Le dije que no contara conmigo. Pagaría dinero, pero no me presentaría como testigo ni cometería perjurio con el fin de proporcionar una coartada a Frankline Gillett en un caso de asesinato.

—¿Sabe algo sobre los planes que él tenía? —preguntó Mason.

—Mencionó que tal vez tuviese que abandonar el país. Con franqueza, dudo de que tuviera un plan bien definido; quería cien mil dólares en efectivo, así como una coartada. Teníamos una cantidad de dinero bastante elevada, pero me negué rotundamente a proporcionarle la coartada. Dijo que tenía que averiguar lo que aquella mujer entremetida había contado ya a un abogado; que o bien tenía que impedirle que acudiera a una cita a la mañana siguiente o marcharse él del país. Estaba muy nervioso. A veces sus ideas no parecían lógicas ni meditadas. Temí que se estuviera desmoronando.

—¿Y qué más sucedió? —preguntó Mason.

—No lo sé —contestó Baxter—. Nos contó que tenía que averiguar lo mal que estaba cierta situación y que regresaría hacia la una de la madrugada. Después se encaminó hacia su automóvil.

—¿Dónde lo tenía?

—Lo tenía aparcado junto a la piscina. Luego de mi negativa, saliendo de la casa se encaminó hacia allí.

»Estábamos discutiendo mi hermano y yo el asunto, cuando oímos un sonido que igual pudo ser un disparo como el escape de un automóvil. Salimos corriendo de la casa, pero no vimos nada. Examinamos el terreno. Tampoco se veía ni oía nada. Entonces oímos un coche que salía por las puertas de la finca. Presumimos que Frankline Gillett se marchaba. Pensamos que el ruido procedía del escape de su automóvil.

—¿A qué hora fue eso?

—Pocos minutos antes de medianoche.

—¿Estaban abiertas las puertas?

—Las puertas se habían cerrado a las diez, pero mi hermano las volvió a abrir cuando Frankline Gillett telefoneó diciendo que venía a vernos para hablar de un asunto importante.

—¿Le dijo Frankline Gillett que se proponía cometer un asesinato?

—Sí. No dijo quién iba a ser la víctima, pero sí que esperaba verse mezclado en un asesinato siendo imprescindible que tuviese una coartada que la policía no pudiera invalidar. Quería que yo le facilitase dicha coartada. Sabía que, en apariencia, yo estaba en Bakersfield. Quería que jurase que habiéndose enterado de donde me hallaba, vino a Bakersfield, y que permanecimos juntos en el motel desde las once de la noche, para tratar de negocios.

»Lamento que esto se haya sabido. Siento que mi hermano haya sido desenmascarado. Hubiese hecho cualquier cosa para evitarlo, pero no se puede discutir con las huellas dactilares. En muchas ocasiones ya le he advertido que los errores que cometió debería pagarlos algún día.

—Creo que esto es todo —dijo Perry Mason—. No tengo más preguntas que hacer. ¿Desea el señor fiscal proceder al contrainterrogatorio?

Hamilton Burger frunció el ceño, volvióse hacia Nelson, con quien sostuvo una conversación susurrada, miró desvalidamente al juez Laporte y dijo:

—No tengo nada que preguntar.

—Ahora —dijo Perry Mason—, deseo llamar de nuevo a uno de los testigos de la acusación para un nuevo contrainterrogatorio.

—¿Quién es el testigo? —preguntó el juez Laporte.

—Nell Arlington —dijo Mason.

—Con la venia de la sala —dijo Hamilton Burger—, deseamos retirar nuestra objeción. Tal como lo entendemos, nuestro deber consiste en demostrar la culpabilidad de las personas acusadas de un crimen, pero cuando se hace evidente que intervienen otros factores, no olvidamos el hecho de que lo más importante es que se haga justicia.

El juez Laporte asintió.

—Gracias por esta declaración, señor fiscal. Creo que expone acertadamente los principios básicos de su cargo. Que se adelante miss Arlington.

Nell Arlington se levantó con expresión recelosa.

—Ya ha prestado usted juramento —dijo el juez Laporte—. Limítese a subir al estrado.

Nell Arlington obedeció.

Mason dijo:

—Ha declarado usted que a veces actuaba como secretaria de mi defendida y que abría las listas que recibía con los nombres de las posibilidades a fin de podérselos dar por teléfono si ella la llamaba. ¿No es cierto?

—Sí —contestó la testigo secamente.

—¿Y que cuando esas listas le eran telefoneadas, usted tomaba nota de ellas y transmitía los mensajes?

—Sí.

—Observo que en esta lista que contiene el nombre de Mrs. Frankline Gillett, del 671 de Tribly Way, aparecen once nombres en ella, en lugar de diez; que el nombre de Mrs. Gillett es el último de la lista y que el mecanografiado del mismo es distinto del de los otros diez nombres. Sospecho que usted, miss Arlington, añadió ese nombre a la lista después de haberla recibido por correo. Y ahora, antes de contestar esta pregunta, recuerde que declara bajo juramento, recuerde que los nombres que había en la lista pueden ser comprobados en la oficina central que la envió, y recuerde que la mecanografía es tan característica como la escritura manual, ya que un experto podrá decirnos si ese nombre fue escrito con su máquina de escribir.

Se produjo un largo silencio, al término del cual Nell Arlington

dijo:

—Muy bien, lo escribí yo.

—Y el motivo de que lo escribiera era porque empezaba a sentir sospechas. Usted quería saber quién vivía en esa dirección —dijo Mason.

Ella contestó:

—Examinando las pertenencias del hombre a quien consideraba mi marido, había encontrado un permiso de conducción a nombre de Frankline Gillett con la mencionada dirección. Las edades de los hombres y su descripción física eran exactas. No supe llegar a ninguna conclusión. Quise averiguar lo que había, de modo que mecanografié el nombre, sabiendo que mi amiga, Gwynn Elston, haría una visita a esta casa y entonces yo podría sonsacarla sin que ella sospechara mi interés personal.

—Pero —dijo Mason—, ¿ocurrió algo, algo que le hizo cambiar sus planes?

—Claro que ocurrió algo —contestó ella—. Usted sabe lo que fue. El hombre a quien consideraba mi marido era en realidad bígamo y yo no era más que la esposa bígama.

»Mi marido, o el hombre a quien consideraba mi marido, averiguó que Gwynn se enteraría de su bigamia y me lo contaría. Decidió matarla a fin de impedir que hablara. Preparó una bebida con ginebra y agua tónica y le añadió estricnina. No me di cuenta de eso hasta que Gwynn y él se marcharon de casa, al encontrar la botella con las tabletas de estricnina allí donde él la había dejado después de sacarla del botiquín. Me había parecido que Gwynn había tirado su bebida al lavabo. De momento pensé simplemente que mi marido había preparado la bebida demasiado fuerte.

»Cuando Gwynn regresó aquella noche con un revólver en su poder, comprendí que había llegado el momento de actuar. Traté de que ella se explicara, pero no quiso. Noté que estaba mintiendo. Eché un barbitúrico en la leche de Gwynn, y, una vez estuvo profundamente dormida, cogí el revólver y salí en busca de mi marido.

—¿Por dónde empezó a buscarlo? —preguntó Mason.

La testigo contestó:

—Hacía algún tiempo que sabía que vivía con el dinero que le sacaba a George Belding Baxter. Desconocía el motivo de tal renta,

pero decidí averiguarlo. Conduje hasta la finca de Baxter. Cogí el revólver que Gwynn había traído. Estaba segura de que Mr. Baxter tenía la llave del misterio… Bueno, tenía la idea de que allí encontraría a mi marido.

—¿Y le encontró?

—Cuando detenía el coche, mi marido salía de la casa. Le cogí, por así decirlo, con las manos en masa.

—¿Y qué? —preguntó Mason.

—El me vio. Quiso saber lo que yo hacía allí, y cuando le acusé… Bueno, entonces comprendí que había proyectado asesinarme. Trató de estrangularme. Apreté el gatillo del revólver. Cayó de espaldas en el césped. Me limité a dar la vuelta con el coche, saliendo por las puertas abiertas y a regresar a casa. Volví a dejar el revólver en el sitio que Gwynn lo había puesto.

Mason se volvió hacia Hamilton Burger e hizo una leve reverencia.

—Creo que con esto termina el caso de mi defendida —dijo.

# Capítulo 16

Mason, Della Street y Paul Drake estaban sentados en el despacho del abogado realizando un examen final del caso.

Mason dijo:

—Bueno, esto demuestra la importancia de luchar sin desfallecimiento. También demuestra los giros inesperados que el destino puede dar a un caso.

»El ama de llaves decía la verdad cuando afirmó que había perdido el revólver. Frankline Gillett, cuando regresaba a su residencia de Tribly Way después de haber realizado una visita a su segunda esposa en Mandala Drive, encontró el revólver en la carretera. Era un arma nueva y atractiva. Sin duda detuvo el auto, la recogió y se la llevó a casa.

»Con este sencillo acto complicaba en el caso a George Belding Baxter. Desde luego, por entonces no tenía ni la menor idea de donde procedía aquel revólver. Para él, no era más que un maná caído del cielo, un revólver perdido en la carretera. Lo recogió y se lo llevó.

»Gillett tenía un sistema de chantaje sin el menor fallo. No tenía más que abrir la boca para conseguir lo que deseaba. George Belding Baxter era corredor de bienes raíces cuando su hermano cometió el atraco. Un policía fue asesinado, pero probablemente el hermano es inocente y conseguirá demostrarlo. George se cambió el apellido, acogió a su hermano bajo el nombre de Corley L. Ketchum, y juntos emprendieron unos negocios.

»Baxter fue prosperando. Al hacerse famoso, quisieron publicar su fotografía en la prensa. Naturalmente, si su hermano hubiese sido un socio, también les hubiera interesado publicar su fotografía, lo que hubiese ocasionado complicaciones. Por tal motivo, el hermano se veía obligado a mantenerse en una posición

insignificante. Tuvo que vivir fingiendo que era un jardinero y un portero. En esto hay un toque de justicia poética. Gorman Gillett fue a presidio, pagó su deuda con la sociedad y pudo vivir su propia vida, incluso aunque fuese bastante frugal. Pero, era una vida independiente.

»Collington Halsey tuvo que vivir una vida fingida. Siempre con miedo de ser descubierto, y las cualidades naturales del hombre se vieron forzadas a permanecer latentes bajo la máscara que tuvo que asumir.

»Después, ambos hermanos tuvieron que pagar un chantaje.

»Dieciocho meses antes, Gillett se había encaprichado de Nell Arlington. Empezaba a cansarse de su vida hogareña con su esposa legítima. De modo que cometió bigamia, considerando que, mientras no tuviera que ganarse la vida con algún trabajo concreto, las probabilidades de ser descubierto eran insignificantes.

»Entonces, debido a que él estaba siempre tanto tiempo ausente, Nell quiso que su amiga, Gwynn Elston, fuera a vivir con ella, y Gillett tuvo que consentirlo.

»Lenta, inexorablemente, el hombre se vio atrapado en la red de su propia falsedad. Su desesperación queda demostrada por el hecho de que estaba dispuesto a dar estricnina a Gwynn Elston, con la esperanza de que ella sufriera convulsiones y muriese y que él y Nell pudieran encontrar un pretexto que evitara una investigación.

»En otras palabras, Gillett era un tipo raro; un hombre que no piensa mucho, pero que proyecta escapar de cualquier apuro así que se presenta sin examinar cuidadosamente la situación completa.

—Todo lo cual demuestra —dijo Paul Drake— que un abogado debe ser siempre leal con sus clientes. De todos modos no creo que hubiese tenido valor suficiente para enfrentarme con una persona tan influyente como George Belding Baxter, Perry.

—Es algo más que ser leal al cliente —dijo Mason pensativamente—. Es ser leal a los principios básicos de la justicia. Y cuando se trata de hacer eso, tiene que estarse dispuesto a recibir algún golpe duro de vez en cuando; estar dispuesto a recibirlo…

—Dispuesto, capaz y preparado es la expresión legal —dijo Della Street, y, cuando miró a Perry Mason, sus ojos mostraron lo profundo de sus sentimientos.